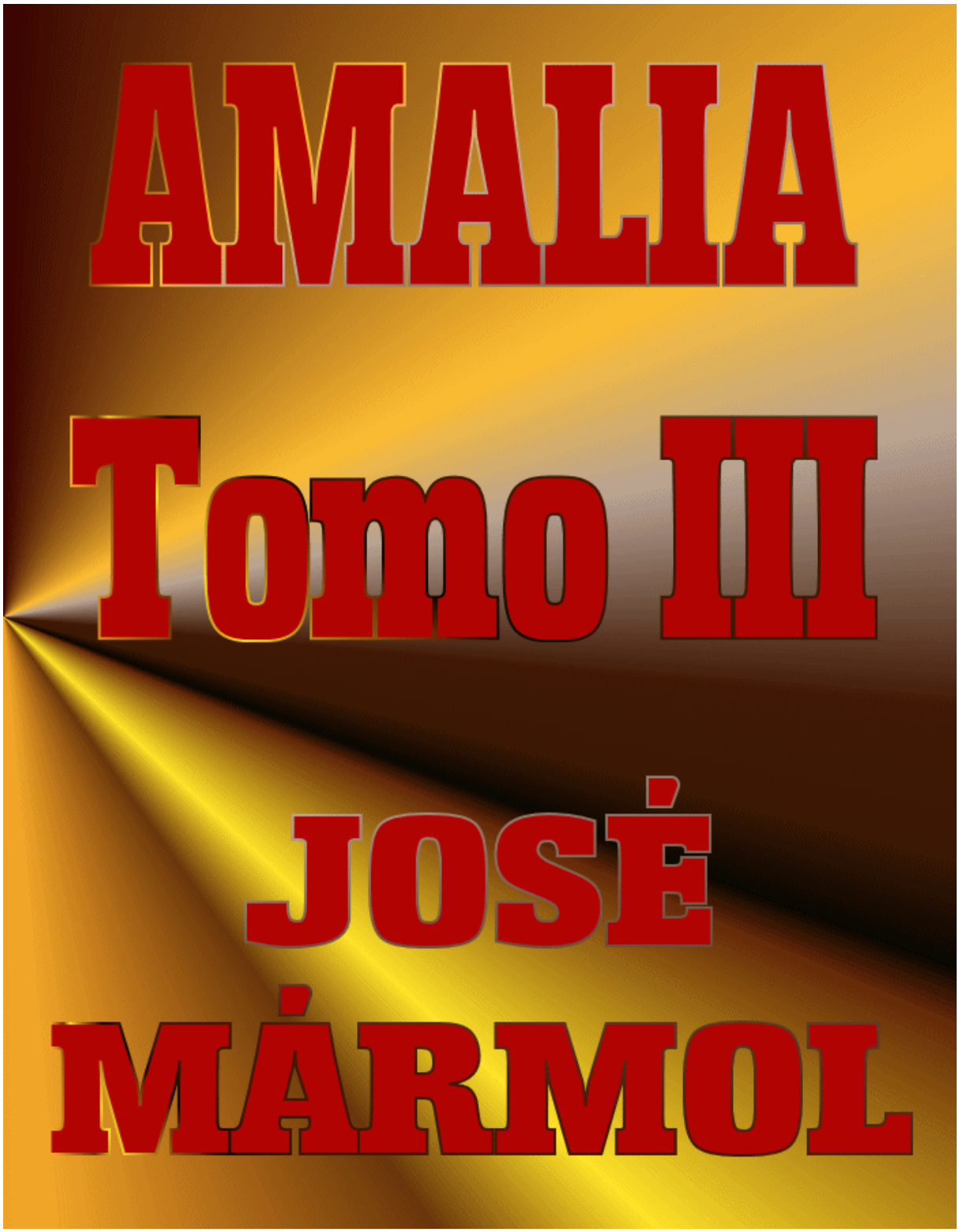
LIBROdot.com



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I. En Montevideo

El lector tendrá que acompañarnos esta vez a un paseo de pocas horas a la parte septentrional del Plata, siguiendo con nosotros a uno de los actores principales de nuestra historia; y después volveremos a tomar el hilo de los acontecimientos históricos.

Era una noche de los últimos días del mes de julio.

El cielo del Plata estaba argentado con toda su magnífica pedrería; y la luna, como una perla entre un círculo de diamantes, alumbraba con su luz de plata las olas alborotadas del gran río, sacudido pocas horas antes por las alas poderosas del pampero.

Doscientos bajeles se balanceaban dentro del ancho puerto de Montevideo, imitando a un vasto y espeso bosque de palmeras, sacudidas en una noche del otoño por vientos que las azotan y despojan.

El Cerro, ese cíclope que vigila a la más joven de las hijas de América, parecía esa noche, a la claridad de la luna, levantar más alta que nunca su cabeza, jugando con los eclipses de su inmensa farola.

Como saliendo del pie de esa inmensa montaña, desde las siete de la noche se divisaba allá en el horizonte una cosa parecida a esas palomas del Mar del Sur que, arrebatadas por el viento de las costas de la Patagonia, vuelan sobre las ondas de esos mares, las mayores del mundo, rozando las aguas con sus alas, inclinándose ora sobre una, ora sobre otra, mostrándose y perdiéndose a la vez entre las montañas flotantes, hasta encontrar el mástil de algún buque, o las escarpadas rocas de Malvinas.

Como una blanca pluma del ala del pampero, el pequeño bajel que tenía la audacia de surcar las ondas de ese río que desafía al mar en los días que da curso libre a sus enojos, se deslizaba rápidamente sobre ellas, y por instantes se aproximaba al puerto. Los buques de guerra distinguieron pronto que era una ballenera de Buenos Aires; embarcaciones que hacían diariamente el contrabando durante el bloqueo francés sobre aquel puerto

. Esta pequeña embarcación descubierta, sólo traía cuatro hombres. Dos de ellos, sentados en el medio, prontos a cazar la gran vela tiriana que la hacía volar sobre las ondas; de los otros dos, el uno estaba al timón, cubierto con un capote de barragán y un gran sombrero de hule; el otro reclinado sobre la pequeña borda, envuelto en una capa de goma, teniendo en su cabeza una gorra de paño con visera. El primero sólo movía sus ojos de la vela a la onda, y de la onda a la vela; el segundo no los separaba de un solo punto: hacía media hora que estaba contemplando la ciudad, plateada con los clarísimos rayos de la luna, y que se presentaba a sus ojos en forma de anfiteatro, descendiendo sus edificios de una leve colina, como se ven las piedras cristalizadas del hielo desde las orillas del mar Pacífico, sobre la Cordillera de los Andes.

Pero no era simplemente la bella perspectiva de la ciudad lo que absorbía la atención de ese hombre, sino los recuerdos que en 1840 despertaba en todo corazón argentino la presencia de la ciudad de Montevideo: contraste vivo y palpitante de la ciudad de Buenos Aires, en su libertad y en su progreso; y más que esto todavía, Montevideo despertaba en todo corazón argentino que llegaba a sus playas el recuerdo de una emigración refugiada en él por el espacio de once años, y la perspectiva de todas las esperanzas sobre la libertad argentina, que de allí surgían, fomentadas por la acción incansable de los emigrados, y por los acontecimientos que fermentaban continuamente en ese laboratorio vasto y prolijo de oposición a Rosas, en ese Montevideo en donde sólo con dejar hacer, la población se había triplicado en pocos años, desenvuéltose un espíritu de comercio y de empresa sorprendente, y amontonádose cuanto elemento parecía suficiente para dar en tierra con la vecina dictadura.

Pero la imaginación humana abulta siempre el tamaño de las cosas y de los hombres a medida que los ve de lejos, y aquellos hechos verdaderos eran hiperbolizados, sin embargo, en la fantasía de aquel hombre que contemplaba la ciudad desde la popa del pequeño bajel.

"Se han hecho fuertes, porque se han asociado -decía entre sí mismo-. Nueva Tiro, allí no se pregunta al hombre de dónde es, sino qué es lo que sabe, y el hombre de cualquier punto del mundo llega allí, las instituciones lo protegen, y el comercio o la industria le abren sus copiosos canales al momento: y es así como se han hecho fuertes y ricos. La dictadura argentina les es fatal a su paz, a su libertad y a su comercio, y todos se han unido y marchan juntos contra el obstáculo común: y es así como conseguirán pronto derrocar ese coloso formado con el barro y la sangre de nuestras pasadas disensiones."

Y pensando así, los vivísimos ojos de ese hombre, cuya fisonomía joven e inteligente, estaba alumbrada en ese momento por el argentino rayo de la luna, parecían querer penetrar al través de los edificios de la ciudad cercana ya, para confirmarse en el examen de los hombres, de las virtudes que en aquel momento les atribuía su imaginación, bien distante, sin embargo, de la triste realidad de las cosas.

-¿Falta mucho, Douglas, para llegar al puerto? -preguntó al hombre de capote de barragán, mirando su reloj, que apuntaba las nueve y media de la noche.

-No, señor don Daniel -contestó con una franca acentuación inglesa el hombre a quien se había llamado Douglas-. Vamos a desembarcar un poco a la derecha de aquella fortaleza.

-¿Qué fortaleza es ésta?

-El fuerte de San José.

-¿Hay próximo a ella algún muelle?

-No, señor, pero hay un desembarcadero que se llama Baño de los Padres, donde atracan los botes de las estaciones de guerra, y donde podremos desembarcar sin mojarnos, porque la marea está muy alta.

Cinco minutos después, Daniel Bello pisaba las piedras del Baño de los Padres, y, sacudiendo su capa de goma, rociada a menudo por las aguas del río, seguía a míster Douglas quien, después de haber dado algunas órdenes a los marineros, dijo a Daniel:

-Por aquí, señor, tomando al sur, doblando luego para San Francisco, y tomando en seguida por la calle de San Benito.

A dos minutos de marcha, en la segunda cuadra de esa calle, se paró míster Douglas en la primera puerta, a la mano derecha, y dijo a Daniel:

-Esta es la casa, señor.

-Bien, irá usted a esperarme a la fonda... ¿cómo me dijo usted?

-La Fonda del Vapor.

-Bien; me esperará usted en la Fonda del Vapor. Tome usted una habitación para mí, por si tenemos que pasar la noche.

-Pero ¿cómo se irá usted solo? Usted no sabe las calles.

-De aquí me conducirán.

-¿No será bueno preguntar si está la persona a quien usted viene a ver, antes de retirarme yo?

-No hay necesidad, si no está, esperaré; puede usted retirarse.

Míster Douglas se retiró en efecto; Daniel dio dos fuertes aldabazos y preguntó al criado que salió a abrir:

-¿Está en casa el señor Buchet de Martigny?

-Está, señor -contestó el criado, mirando a Daniel de pies a cabeza.

-Entonces, entréguele usted esto ahora mismo -dijo, dándole al criado la mitad de una tarjeta de visita, cosa que el criado tomó con cierto embarazo, no sabiendo si cerrar o dejar abierta la puerta de la calle, porque Daniel, al abrir su levitón y sacar del chaleco la media tarjeta que iba a servir de seña, había puesto de manifiesto a los ojos del criado un par de hermosas pistolas de dos tiros que traía en su cintura, pasaporte con que quince horas antes se había embarcado en Buenos Aires.

El criado no tuvo, sin embargo, la impertinencia de cerrar la puerta, y algunos segundos después volvió, con mucha atención, a decir a Daniel que pasara adelante.

II. Conferencias

Daniel dejó su capa, su sobretodo y sus pistolas en una pequeña antesala, arregló un poco su cabello, y pasó a la sala donde el señor Martigny, al lado de la chimenea, leía algunos periódicos.

Los ojos del agente francés, joven aún y de una fisonomía distinguida, estudiaron por algunos segundos la inteligente y expresiva de Daniel, pálida y ojerosa entonces, y no pudo menos de revelar cierta sorpresa que no pasó inapercibida de Daniel: éste quiso entonces dar su primer golpe sobre el espíritu del señor Martigny, y al cambiarse con él un apretón de mano, le dijo en perfecto francés, sonriéndose, mostrando bajo sus labios gruesos y rosados sus hermosos y blanquísimos dientes:

-Os sorprendéis, señor, de hallar tan joven a vuestro viejo corresponsal, ¿no es así?

-Pero esa sorpresa cede el lugar a la que me causa vuestra penetración, señor... Perdonad que no os dé vuestro nombre: pues que para mí es un misterio aún.

-Que dejará de serlo en el momento, señor: las cartas podían comprometerme; las palabras fiadas a vuestra circunspección de ningún modo; mi nombre es Daniel Bello.

El señor Martigny hizo un elegante saludo, y él y Daniel sentáronse junto a la chimenea.

-Os esperaba con impaciencia, señor Bello, después de vuestra carta del 20, que he recibido el 21.

-El 20 os pedía una conferencia para el 23, y hoy estamos a 23 de julio, señor Martigny.

-Guardáis en todo una exactitud admirable.

-Los relojes políticos deben estar siempre perfectamente arreglados, señor; porque, de lo contrario, suelen perderse las mejores oportunidades que marca el tiempo, siempre tan fugaz en los acontecimientos públicos: os prometí estar el 23 en Montevideo y heme aquí; debo estar en Buenos Aires el 25 a las doce de la noche, y estaré.

-¿Y bien, señor Bello?

-Y bien, señor Martigny: la batalla se ha perdido.

-¡Oh, no!

-¿Lo dudáis? -preguntó Daniel un poco admirado.

-No tenemos todavía detalles oficiales, pero, según algunas cartas, tengo motivos para creer que la batalla no ha sido perdida.

-¿Entonces creéis que ha sido ganada por el genetal Lavalle?

-Tampoco; creo que se ha derramado sangre inútilmente para los combatientes.

-Os equivocáis, señor -dijo Daniel con una entonación de voz tan grave y tan segura que no pudo menos que intrigar vivamente el espíritu del señor de Martigny.

-Pero vos, señor, no podéis tener otros datos que los rumores de Buenos Aires, donde todos los sucesos se repiten siempre bajo un carácter próspero al gobierno del general Rosas.

-Olvidáis, señor Martigny, que hace un año os suministro a vos, y, como debéis saberlo, a la comisión argentina y a la prensa, todo cuanto es necesario para ilustraros, no sólo sobre la situación de Buenos Aires, sino sobre los actos más reservados del gabinete de Rosas. Olvidáis esto, señor, cuando creéis, que yo haya recogido en los rumores públicos la certidumbre de un suceso tan grave como el que nos ocupa. No lo dudéis, la batalla del Sauce Grande, el 16 del corriente, ha sido perdida por el Ejército libertador. El parte del general Echagüe, que traigo conmigo, me está ratificado por cartas particulares de persona adicta que tengo a mi servicio en el ejército de Rosas.

-¿Traéis el parte, señor? -preguntó el señor Martigny algo perplejo.

-Helo aquí, señor -y Daniel le entregó un papel, que el agente francés desdobló sin precipitación, y que leyó, parado junto a la chimenea.

"¡Viva la Federación!

"El general en jefe del ejército unido de operaciones de la Confederación Argentina

"Cuartel general en las Puntas del Sauce Grande, julio 16 de 1840. Año 31 de la Libertad, 26 de la Federación Entrerriana, 25 de la Independencia y 11 de la Confederación Argentina.

"Al Excmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier General don Juan Manuel de Rosas, encargado de los negocios nacionales de la República.

"Dueños del campo de batalla por segunda vez, después de un combate de dos horas, en que los bravos defensores de la independencia nacional han rivalizado en valor y esfuerzo contra los infames esclavos del oro extranjero, tengo la satisfacción de comunicar a Vuestra Excelencia tan plausible acontecimiento, y congratularle por los inmensos resultados que debe producir.

"Habiendo empleado el enemigo el día de ayer un furioso pero inútil cañoneo, que fue vigorosamente contestado, se resolvió al fin hoy, a la una de la tarde, a traernos el ataque. Para este fin marchó sobre nuestro flanco derecho casi toda su caballería, mientras que su artillería asestaba sus fuegos, pero no impunemente, al centro de la línea, por cuyo motivo el choque de nuestros escuadrones tuvo lugar a retaguardia de la posición que ocupábamos. Allí fueron acuchilladas esas ponderadas legiones de los traidores: quedando tendidos más de seiscientos, entre ellos dos coroneles y varios oficiales, y se les hicieron veintiséis prisioneros, incluso un capitán. Se dispersaron unos hacia el norte buscando la selva de Montiel, y otros en varias direcciones, hasta donde permitía perseguirlos el estado de nuestros caballos.

"Entretanto, nuestra artillería no estaba ociosa, repeliendo con éxito los tiros de la enemiga, y nuestros batallones aguardaban con imperturbable serenidad la aproximación de los contrarios, que venían haciendo fuego, para descargar sus armas, como lo hicieron con tal acierto, que, acobardados los infames correntinos que escaparon con vida, se entregaron a la fuga antes de llegar a la bayoneta, arrojando las armas. Ya se me fueron presentado más de cien fusiles.

"Nuestra pérdida es corta, y creo que no pasan de sesenta individuos fuera de combate, muertos y heridos. Sólo me resta asegurar a Vuestra Excelencia que los señores generales, jefes, oficiales y tropa se han conducido con bizarría, y espero completar en breve la destrucción de los restos del enemigo, para recomendarlos como merecen al aprecio de sus compatriotas y de todos los amigos de la independencia americana.

"Dios guarde a V. E. muchos años. - Pascual Echagüe. "

"Adición.-En la batalla nos presentó el enemigo una fuerza de extranjeros, que acompañó a los traidores correntinos a la ignominiosa fuga en que se pusieron. - Echagüe. - José Francisco Benitez, secretario militar."

-En ese parte -dijo Daniel, luego que el señor Martigny hubo acabado su lectura-, hay todas las exageraciones, y toda la insolencia que caracterizan los documentos del gobierno de Rosas, pero en el fondo de él hay una verdad: que la batalla ha sido perdida por el general Lavalle.

-Sin embargo, las cartas recibidas...

-Perdón, señor Martigny, yo no he hecho el viaje de Buenos Aires a Montevideo para discurrir sobre la verdad de este documento, pues que estoy perfectamente convencido de la desgracia que han sufrido las armas libertadoras: he venido en la persuasión de encontrar aquí la misma certidumbre, y poder, entonces, sobre ese hecho establecido, discurrir y combinar lo que podría hacerse aún.

-Y bien, ¿qué podría hacerse, señor Bello? -contestó el señor Martigny, no encontrando dificultad en ponerse en el caso de que efectivamente hubiese sido perdida la batalla.

-¿Qué podría hacerse? Os lo diré, señor, pero tened entendido que no es de la pobre cabeza de un joven de donde salen las ideas que vais a oír, sino de la situación misma, de los hechos que hablan siempre con más elocuencia que los hombres.

-Hablad, señor, hablad -dijo el agente francés, seducido por la palabra firme y por la fisonomía de aquel joven, radiante de inteligencia.

-Se conoce aquí el estado de las provincias interiores; las más fuertes de ellas pertenecen a la revolución. En el litoral, Corrientes y Entre Ríos levantan también las armas de la libertad. El Estado Oriental se armó igualmente contra el gobierno de Rosas. La Francia extendió una poderosa escuadra sobre los puertos y costas de Buenos Aires. Todos estos acontecimientos, señor Martigny, unos cuentan dos años ya, otros uno, otros seis meses. Bien: ¿en todo ese tiempo se ha progresado, o se ha retrogradado en el camino del triunfo sobre Rosas, camino común a la República, al Estado Oriental y a la Francia? En los puertos y costas de la provincia, el bloqueo francés se ha limitado a lo que queda en el Plata dentro de su embocadura en el Océano. En las provincias del interior la revolución no ha marchado adelante, y toda revolución que se detien en su marcha instantánea, tiene todas las probabilidades en su contra. Las armas orientales se enmohecen en el territorio de la República, y pierden un tiempo que aprovecha Rosas. Teníamos a Corrientes y Entre Ríos, hoy no tenemos sino a la primera en peligro de ser dominada más tarde por las armas vencedoras en la segunda. Se retrocede, pues, lejos de adelantar. El porqué de este mal es muy sencillo: porque el esfuerzo de los contrarios de Rosas no ha sido dirigido aún sobre Buenos Aires; es allí, señor Martigny, donde está la resistencia, y es allí donde se debe dar el golpe. Una batalla se ha perdido, pero no el ejército. En el estado de entusiasmo de los libertadores una retirada no es una derrota. Y si el general Lavalle pasase el Paraná, marchase inmediatamente sobre Buenos Aires, y en día y hora convenidos atacase la ciudad por la parte del campo, al mismo tiempo que una división por oriental, en que entrase toda la emigración argentina que hay en esta ciudad, desembarcase y atacase la ciudad por el Retiro, Rosas entonces, o tendría que embarcarse o entregarse a los invasores, porque la ciudad no podría ofrecer sino una débil resistencia en el estado actual. Tomada la ciudad, ya no hay que pensar en Echagüe, en López y en Aldao: el poder de Rosas es Rosas mismo: la República es Buenos Aires: deshagámonos de Rosas; tomemos posesión de la ciudad, y no hay guerra, señor Martigny, o si la hay, será insignificante y por corto tiempo.

-Bien, señor, raciocináis admirablemente, y me complazco en anunciaros que el general Lavalle tiene la misma opinión que vos, sobre la invasión a Buenos Aires.

-¿Ya?

-Desde antes de la batalla.

Los ojos de Daniel vertieron relámpagos de alegría.

El señor Martigny se aproximó a una mesa, y de una papelera de tafilete verde tomó un papel, volvió al lado de Daniel, y le dijo:

-Ved aquí, señor, un extracto de carta del general Lavalle comunicada al señor Petion, jefe de las fuerzas francesas en el Paraná, por el señor Carril:

"Que su posición puede llegar a ser muy crítica. Que los soldados del enemigo son de una fidelidad inconcebible hacia Rosas; que lo sufren todo; y que no hay que contar con una defección. Que, por consecuencia, el ejército de Echagüe, que es tan fuerte en número como el suyo, es bastante para ocuparlo; pero que a retaguardia suya se forma otro ejército temiendo el quedar de un momento a otro entre las operaciones de ambos. Que por esto solicita saber del señor Petion, si sus buques podrán transportarlo con dos mil hombres a la otra costa."

-Y bien -dijo Daniel-, si esa era la opinión del general Lavalle antes de la batalla, mucho más lo será después de ella. ¿Cree usted que sería fácil combinar la operación simultánea de que he hablado?

-No sólo no es fácil, sino que es imposible.

-¿Imposible?

-Sí, señor, imposible. Lo que acabo de leeros, la opinión del general, se ha hecho pública, y los orientales amigos de Rivera, que es más enemigo de Lavalle que el mismo Rosas, hacen valer aquella opinión como una traición de Lavalle a compromisos que ellos inventan, pues que el verdadero compromiso de todos es el de operar en sentido de la ruina de Rosas. El general Rivera, que no quiere que termine el mal gobierno de la República Argentina, no sólo no consentiría que fuerzas orientales operasen contra Buenos Aires en

combinación con Lavalle, sino que pondría obstáculos a la sola invasión de éste, si en su mano estuviera.

-¡Pero están locos, señor!

El señor Martigny se encogió de hombros.

-¡Pero están locos! -continuó Daniel-. ¿No sabe el general Rivera que en esta cuestión se juega la vida de su país más que la de la República?

-Sí, lo sabe.

-¿Y entonces?

-¡Entonces! Eso es menos grave para el general Rivera que un triunfo del general Lavalle sobre Rosas. Es una escisión espantosa, señor, la que hay entre cierto círculo de orientales amigos de Rivera, y la emigración argentina. Explotan las susceptibilidades de ese general, lo irritan y lo exasperan sus amigos; oíd este fragmento de carta de un joven de gran talento, pero muy apasionado en esta cuestión; es una carta al general Rivera:

"Aquí estamos agobiados, y en cierto modo tiranizados por una reunión de hombres entre los que hay algunos orientales que toleran y autorizan el descrédito del país en cambio de ensalzar a los honrados caballeros que pisan la fe de los tratados y se ocupan en infames seducciones y en desleales manejos. Esto no es exageración, general, nosotros vemos que aquí, el que puede hacerlo, de todo se ocupa, menos del crédito y de los intereses del país.

"Nosotros vemos aquí, que los agentes franceses no oyen más que a los argentinos alborotadores como..., etc., y que de nuestra parte no hay nadie que haga ni la tentativa de defenderlo a usted, En fin, general, lo vemos todo, menos lo que deseáramos. Los que se irán a vivir a Buenos Aires son los que dan el tono y la dirección."

-Vos lo veis -continuó el señor Martigny-, los intereses generales, lejos de estar asociados en estos países, están en anarquía permanente, y no hay que contar sino con el esfuerzo parcial de cada fracción. La Francia, a su vez, se prepara a desentenderse de esta cuestión; las instrucciones que me sirven de regla tienen su límite; y toda la confianza que me inspira el talento del señor Thiers me la desvanece la situación de la Francia, que presta toda su atención a la cuestión de Oriente, al mismo tiempo que la guerra de Africa la distrae de nuevo.

Daniel estaba pálido como un cadáver.

-Pero, ¿quién manda en Montevideo, señor? -preguntó el joven.

-Rivera.

-Sí, Rivera es el presidente, pero está en campaña, hay un gobierno delegado, ¿no manda este gobierno?

-No; manda Rivera.

-¿Y la asamblea?

-No hay asamblea.

-¿Pero hay pueblo?

-No hay pueblo; los pueblos no tienen voz todavía en la América; hay Rivera, nada más que Rivera. Hay algunos hombres de talento como Vásquez, Muñoz, etc., y hay muchas inferioridades que rodean al general Rivera y hostilizan a aquéllos, porque son amigos de los porteños.

El telón de un escenario nuevo se levantaba a los ojos de Daniel. Por su cabeza jamás había pasado ni una sombra de las realidades que le refería el señor Martigny. El, cuyo sueño de oro era la asociación política, como la asociación en todo; él, que hacía poco creía que Montevideo, con todos los hombres que lo habitaban, no encerraba sino un solo cuerpo con una sola alma política para la guerra a Rosas; él, que creía llegar a una ciudad donde los intereses del pueblo tenían voz más poderosa que los intereses de caudillo y de círculo, se encontraba de repente con que todas sus ilusiones se evaporaban, y que no debía conservar otra esperanza sobre la ruina de Rosas que aquélla que le inspiraban los últimos esfuerzos que haría el ejército que mandaba el general Lavalle, destinado a convertirse en una cruzada de héroes o de mártires.

-Bien, señor -dijo Daniel-; yo soy hombre que jamás pierdo el tiempo en discurrir contra los hechos establecidos. Recapitulemos: el general Rivera no quiere marchar de acuerdo con el general Lavalle; no se podrá conseguir que se efectúe una operación combinada sobre Buenos Aires; una batalla se ha perdido; la opinión del general Lavalle es de invadir la provincia de Buenos Aires ¿no son éstos los hechos?

-Verdaderamente.

-Entonces, yo os digo que es necesario trabajar en el ánimo del general Lavalle para persuadirlo a que invada a Buenos Aires sobre el punto más próximo a la ciudad; que marche sobre ésta inmediatamente; que no se distraiga sino el tiempo necesario en la provincia para deshacer las pequeñas fuerzas que tiene Rosas en ella; que ataque la ciudad y juegue allí la vida o la muerte de la patria: la reacción será operada por la audacia misma de la empresa; y yo me comprometo, con cien de mis amigos, a ser de los primeros que salgan a las calles, a abrir paso a las tropas libertadoras, o a apoderarme del parque, de la fortaleza, o de la plaza que se indique.

-Sois un valiente, señor Bello -dijo señor Martigny, apretando la mano de Daniel-, pero vos sabéis que mi posición oficial me impone una circunspección tal en estos momentos indecisos, que, para una operación así, sólo podría dar mi opinión al general Lavalle. Puedo, sin embargo, hacer más que esto: hablaré con algunas personas de la comisión argentina y si, como ya lo creo, la batalla se ha perdido y el general Lavalle se decide a invadir la provincia de Buenos Aires, yo sostendré con vuestra opinión las ventajas probables de un ataque rápido sobre la capital.

-Eso es todo, señor, eso es todo; en ella está Rosas, en ella está su poder, en ella están todas las cuestiones pendientes de la actualidad; no hay que equivocarse: Buenos Aires es la República Argentina para la libertad como para la tiranía, para el triunfo como para la derrota: subamos un día al gobierno de Buenos Aires, y habremos dado en tierra con el poder de Rosas para siempre.

El señor Martigny iba a responder, cuando un criado entró a la sala y dijo:

-Los señores Agüero y Varela.

-Que pasen adelante -contestó el señor Martigny.

-Me retiro, señor -dijo Daniel.

-No, no, al contrario; os quedaréis.

-Una palabra, ante todo.

-Hablad.

-Yo no conozco de estos caballeros sino el talento; ¿conocéis vos su circunspección?

-Yo respondo de ella.

-Entonces no hay inconveniente en nombrarme, porque yo respondo de la seguridad que me dais -dijo Daniel, poniéndose de pie junto a la chimenea, habiendo acabado de ganarse la voluntad del agente francés con la cortesía que encerraron sus últimas palabras.

III. Continuación del anterior

Por la primera vez de su vida, Daniel sintió cierta timidez en su espíritu, cierto no sé qué de desconfianza en sí mismo al ver entrar a la sala del señor Martigny aquellos dos personajes cuyos nombres figuraban, uno en todos los grandes acontecimientos ocurridos en la República desde 1821 hasta 1829, y el otro en los sucesos tan serios de la actualidad; el uno como hombre de Estado, el otro como literato; el uno encarnación viva del partido unitario; el otro término medio entre el partido unitario y la nueva generación, que ni era federal ni unitaria, y a que Daniel pertenecía por su edad y por sus principios.

La tradición popular por una parte, que siempre agranda los hombres y las cosas a medida que los años pasan; el espíritu de partido, por otra parte: la desgracia, en fin, que había echado por tierra y combatido tantos años ese orgulloso partido creado en el gobierno de Las Heras, organizado en la presidencia; ilustrado y altivo en el Congreso, y derrotado, sin ser vencido, entre los escombros del templo constitucional que él supo levantar, pero no sostener; todo esto contribuía a que los nombres célebres de ese partido circulasen entre la juventud a que pertenecía Daniel, con una superabundancia de exageraciones que hacía reír a los federales viejos, y que hería la imaginación de los jóvenes, siempre dispuestos a creer las epopeyas y las historias del pueblo desde que ellas glorifican a la patria, y heroifican a los que murieron por ella en el cadalso y en las batallas, o sufrieron la desgracia santa de la proscripción, que todo hombre envidia como una gloria, en la edad en que toda desgracia es una corona de poesía para el hombre.

Así los nombres de los viejos emigrados en 1829, entre los que figuraban en primer línea los Varela, los Agüero, eran los favoritos de la admiración y del respeto de todos los jóvenes de Buenos Aires, no tanto por lo que habían hecho ya, sino por lo que eran capaces de hacer, según la opinión popular, llegado el día de la regeneración argentina.

La legislación, la literatura, la política, todo tenía sus representantes legítimos entre los emigrados unitarios; y con el candor característico de su edad, creían los jóvenes que de la boca de aquéllos no se desprendía una palabra que no fuese una sentencia, una ley en política, o en literatura, o en ciencia; todos deseaban conocer de cerca a esos varones monumentales de la ilustración argentina, y todos temían, sin embargo, el caso de tener que habérselas con ellos en cualquier asunto que hiciese relación a los intereses de su país, o más bien, todos temían el tener que pronunciar una palabra delante de ellos; tan persuadidos estaban de su indisputable suficiencia. Tales eran las creencias populares de la juventud argentina en la época de nuestra historia.

Daniel, espíritu fuerte e inteligencia altiva, era de los pocos que no se dejaban arrastrar fácilmente por aquel torrente de opinión; sin embargo, más o menos, él estaba seducido como los demás, y no pudo sacudir de su espíritu cierta impresión nueva, avasalladora, puede decirse, al hallarse cara a cara por primera vez de su vida con el señor don Julián Agüero, ministro del señor Rivadavia, y con el señor don Florencio Varela, hermano del poeta clásico de ese nombre, y el primer literato del numeroso e ilustrado partido que se llamó unitario.

Daniel miró con una rápida mirada a los dos personajes que se le presentaban.

El señor Agüero era un hombre como de setenta años de edad, de una estatura regular, no grueso, pero sí fuerte y musculoso. Su color, blanco en su juventud, estaba morenizado por los años. En su fisonomía, dura y encapotada, sus ojos se escondían bajo las salientes, pobladas y canas cejas que los cubrían, y uno de ellos especialmente, por defecto orgánico, quedaba más oculto que el otro bajo su espeso pabellón; de allí, sin embargo, despedían una mirada firme y penetrante de una pupila viva y pequeña. La frente era notablemente alta, sin ninguna arruga, y de la parte posterior de la cabeza venían a juntarse sobre la frente algunos cabellos, blancos como la nieve, que cubrían un poco la parte superior, completamente calva.

Tal era todo cuanto pudo la primera mirada de Daniel descubrir en la persona de Agüero, que entró a la sala del señor de Martigny, caminando un poco inclinado hacia la

derecha como era su costumbre, vistiendo una levita color pasa abotonada, corbata y guantes negros, con un pequeño bastón en su mano izquierda, que no le servía de apoyo, sino de juguete.

El otro personaje, el señor Varela, se presentó a la mirada de Daniel como el tipo contrario del señor Agüero: alto, delgado, una fisonomía pálida, animada y franca: una boca donde la sonrisa constante revelaba la dulzura del temperamento, al mismo tiempo que la expresión ingenua del semblante respondía por la lealtad de esa sonrisa; ojos pequeños, pero vivísimos e inteligentes; una frente poco alta, pero bien redondeada, poblada de un cabello oscuro y lacio que caía sobre unas sienes descarnadas, y que más revelaban las disposiciones del poeta que del político; tales fueron las primeras impresiones que recibió Daniel de la fisonomía del señor Varela, que entró en la sala perfectamente vestido de negro, y cuyo bien acomodado traje no hacía más elegante sin embargo, el cuerpo alto y poco airoso que le dio la Naturaleza.

-Señores -les dijo el señor Martigny, después de saludarlos cordialmente-, voy a tener el honor de presentaros un antiguo amigo de todos nosotros, y a quien, sin embargo, no habíamos visto nunca.

El señor Agüero y Varela miraron a Daniel.

-Es un compatriota vuestro -dijo el señor Martigny.

Daniel y los recién llegados se hicieron un saludo. El señor Agüero no perdió la gravedad de su fisonomía. El señor Varela, por el contrario, parecía felicitar la llegada de Daniel con su expresiva sonrisa, y dijo:

-¿Y podremos saber el nombre de este caballero?

-Poco adelantaríais con eso -continuó el señor Martigny-, pero os daré mucha luz preguntándoos si no habéis visto nunca una escritura de esta forma.

Y el señor Martigny tomó una carta de su papelera y se la presentó al señor Varela.

-¡Ah! -exclamó éste, pasando su mirada vivísima de la carta a la fisonomía de Daniel.

-El señor es nuestro amigo corresponsal -prosiguió el señor Martigny-, que por tanto tiempo hemos admirado y deseado conocer.

El señor Varela dejó la carta y sin hablar una palabra, se fue a Daniel y lo estrechó largo rato contra su pecho.

Cuando se separaron estos dos jóvenes, porque Varela tenía apenas treinta y tres años, sus ojos estaban empañados y sus semblantes más pálidos que de costumbre: cada uno había creído estrechar la patria contra su corazón.

El señor Agüero apretó fuertemente la mano de Daniel y fue a sentarse, con su tranquilidad y seriedad habitual, al lado de la chimenea, cerca de la cual tomaron asiento los otros personajes.

-¿Ha sido usted perseguido? -preguntó a Daniel el señor Varela.

-Felizmente no, y más que nunca estoy garantizado actualmente de toda persecución en Buenos Aires.

-¿Pero usted ha emigrado? -continuó Varela, mirando sorprendido a Daniel, en tanto que el señor Agüero miraba el fuego y se golpeaba la bota con el bastoncito que tenía en la mano.

-No, señor, no he emigrado; he venido a Montevideo por algunas horas solamente.

-¿Y se vuelve usted?

-Mañana sin falta.

El señor Varela miró a monsieur Martigny, quien comprendió la mirada, y le dijo:

-No comprendéis, señor Varela, y eso es bien natural. Yo os lo explicaré: hace tres días que recibí una carta de este caballero, anunciándome que hoy llegaría a Montevideo a tener conmigo una conferencia y que se volvería luego; me pedía una seña para hacerse conocer de mí, le mandé la mitad de una carta de visita; ha cumplido exactamente su palabra, hace una hora que estamos juntos, y mañana parte; ved ahí todo. Cuando habéis llegado, no he creído deber ocultaros este suceso porque conozco vuestra circunspección, y para daros una prueba

del concepto que de ella tengo, os diré que este caballero se llama Daniel Bello. Después de esta noche todos debemos olvidar este nombre por algún tiempo.

-Señor Bello -dijo Varela-, hace mucho tiempo que os admiramos; habéis hecho grandes servicios a nuestro país en la comunicación continua y segura que sostenéis con los que trabajan por su libertad, pero el interés que me inspiráis me autoriza para deciros que corréis grandísimo peligro en volver a Buenos Aires después de haber salido de él, aunque sea por tan pocas horas.

Daniel hizo un gesto, uno de esos movimientos indefinibles de la fisonomía que equivalen a veces a un discurso elocuente, y en el cual la mirada perspicaz del señor Varela comprendió que el joven le decía: "No me cuido de mí, no hablemos de mí".

-Y bien, ¿qué hay? ¿Qué hay? ¿Continúan las persecuciones? ¿Ha habido nuevas víctimas? -preguntó Varela.

-Sí, señor -respondió Daniel.

El señor Agüero volvió sus ojos a Daniel, lo miró un instante y los volvió a fijar en el fuego de la chimenea.

-¿Y son quiénes, señor Bello?

-Tened la bondad de leer esta lista -dijo Daniel entregando un papel al señor Varela. Este leyó:

"Nombre de los individuos que han sido presos en la semana anterior...

"P. Bernal, M. Sarratea, L. Martínez, S. Molina, S. Maza, Galazada, C. Codorac, Cornet, doctor Tagle, F. Elías, S. M. Achábal, F. Pico, R. Lista, S. Raya, M. Pineda, D. Pita, S. Alvarez, Viedma, S. Borches, S. M. Pizarro, C. Grimaco, S. Hesse (inglés), Chapeaurouge (hamburgués). Dos sobrinos del difunto Villafañe. A un fraile domínico se le llevó amarrado a la cárcel por haber dicho que el guardián de su convento era tan tirano como Rosas."

-¿Se dice algo sobre el motivo de esas prisiones? -preguntó el señor Agüero, luego que el señor Varela hubo acabado de leer la lista.

-Se habla algo de agio -respondió Daniel-; pero el señor Viñales no era agiotista -continuó.

-¿Viñales?

-Sí, señor Varela: el anciano don Martín Viñales, antiguo alcalde de la hermandad en Lobos, ha sido fusilado en Buenos Aires el día 15 del corriente, sin decirse por qué; pero las causas de las prisiones y de ese nuevo crimen las tenéis establecidas en toda mi correspondencia desde el mes de mayo, porque desde esa fecha, señores, no lo dudéis, ha comenzado para nuestro país la época que alguna vez se llamará del Terror; sigue su curso a medida que los acontecimientos políticos siguen el suyo, y dará sus últimos y terribles resultados cuando los sucesos se lo aconsejen a Rosas.

-Luego ¿está apurado? -preguntó Varela.

El señor Agüero meneó afirmativamente la cabeza, sin quitar los ojos del fuego, y haciendo circulitos en el aire con su bastón.

Aquella afirmativa no se escapó a Daniel, y dijo:

-No, señores, el cuerpo político de su gobierno se siente en mayor espacio, y por eso obra en aquel sentido. He llegado a comprender por vuestros periódicos, que estáis persuadidos de que Rosas hará mayor el número de sus víctimas a medida que sea mayor el peligro que lo amenace, y debo deciros que estáis equivocados.

El señor Agüero miró a Daniel: la palabra "equivocados" le sentó mal. El señor Martigny admiraba cada vez más en Daniel el tono de firme convicción con que expresaba sus ideas.

-Pero no es concebible que los triunfos irriten a un hombre -dijo el señor Varela.

-Exactamente; pero si a Rosas no le irritan los triunfos, tampoco lo irritan los reveses de su fortuna; es inirritable, señor Varela. Su dictadura es reflexiva; sus golpes todos son calculados; no calcula matar a éste o al otro hombre, pero calcula cuándo es necesario que corra sangre, y entonces le es indiferente la clase o el nombre de la víctima. Bajo este sistema

recordad su conducta después de tres años y hallaréis que durante el peligro jamás exaspera a los oprimidos, que se vale de ellos como de otros tantos elementos de solidificación, y que luego que se ha libertado del riesgo, descarga sus golpes para que no se ensoberbezcan con el apoyo que le han prestado. Así lo encontraréis antes y después de la revolución del Sur, antes y después de lo más crítico de la cuestión francesa; y así lo encontraréis hoy mismo, en que, amagado de un peligro, no hace sino preludiar el golpe formidable que dará si la fortuna lo liberta de él, hiriendo de cuando en cuando alguna cabeza, algún derecho, a medida que de cuando en cuando conquista alguna ventaja en su situación.

Y a medida que hablaba, decimos nosotros, nuestro Daniel, esa organización nerviosa, ese pedernal que, a semejanza del coronel Dorrego, la discusión era el acero que le arrancaba chispas, iba perdiendo la timidez que pocos momentos antes lo había descompuesto algo, y entraba a paso de carrera a reconquistar en la discusión la energía de su espíritu y la lucidez de sus ideas.

-Pero sucede lo contrario de lo que decís, señor Bello -dijo Varela con esa sonrisa amable con que hacía olvidar frecuentemente las heridas en el amor propio ajeno, cuando sus ideas triunfaban.

-¿Lo contrario?

-Me parece que sí: acaba de dar un golpe de autoridad sobre todos esos ciudadanos respetables que han sido presos; acaba de derramar la sangre de un anciano, y eso, ya lo veis, en los momentos en que su ejército ha sufrido un contraste.

El señor Agüero movió afirmativamente la cabeza, y se puso a tocar los hierros de la chimenea con la punta de su bastón. Varela, uno de los hombres a quien más quería, acababa, según él, de tronchar por su base el discurso de ese joven que se atrevía a pensar de diferente modo que como pensaba el señor Agüero y el señor Varela; porque unitarios y federales viejos, todos han sido lo mismo en cuanto a esa ridícula aristocracia con que han querido presentarse siempre ante los jóvenes.

-¿Conque decís que Rosas ha hecho lo que ha hecho en los momentos de un contraste?

-Claro está -contestó Varela.

-Pues bien: Rosas ha hecho lo que acabáis de saber en la tarde del 19, en cuanto a las prisiones, es decir, seis horas después de haber recibido la noticia del buen suceso de sus armas en el Sauce Grande.

-Pero venís en error, Rosas ha perdido la batalla.

-¿Conocéis el parte, señor Varela? -dijo el señor Martigny.

-¿El parte publicado por Rosas?

-Sí.

-Precisamente veníamos a hablar de él. Hace tres horas que lo hemos recibido.

-¿Y tenéis algún documento que lo desmienta?

-Lea, lea usted -dijo el señor Agüero, volviendo hacia él su cabeza y haciendo una señal al pecho de Varela. Este sacó en el acto un papel del bolsillo de su levita y dijo, dirigiéndose a monsieur Martigny:

-¿Conocéis el parte?

-Lo acabo de leer.

-Oíd entonces si puede haber una demostración más acabada de la falsedad de ese documento, en este artículo, que se publicará mañana, y que acabamos de recibir en la comisión.

Daniel y monsieur Martigny pusieron su espíritu en la más seria atención.

El señor Varela leyó:

"Dueño del campo de batalla: Esto sólo se dice cuando la batalla es en campo raso y no cuando uno es atacado en su propio campo, como Echagüe confiesa que lo ha sido él. ¿No sería ridículo que el jefe de una plaza asaltada dijera que ha quedado dueño del campo de batalla; dada en la misma plaza? Por segunda vez. Eso recuerda la primera, Don Cristóbal. Entonces dijo Echagüe que había vencido y que iba en su persecución. Ahora, a los noventa y

cinco días, salimos con que está en el Sauce, esto es, a tres leguas de su capital, habiendo de consiguiente retrocedido después de Don Cristóbal; y con que el derrotado y perseguido Lavalle ha ido y lo ha atropellado en sus poseciones. Luego Echagüe mintió al hablar de Don Cristóbal. Y si mintió entonces, ¿por qué no ahora?

"Ha vencido y, sin embargo, no sale de sus posiciones ni aun después de vencer. En efecto, nótese que no dice que va en persecución, como era natural. Dice solamente que espera acabar con el resto del enemigo. ¿Cómo es esto? ¿Lo quiere más acabado? Si habla verdad, murieron seiscientos y el resto huye, unos para el norte y otros para Montiel: esto es, la derrota y dispersión no puede ser más completa. Y, no obstante, no se atreve Echagüe a asegurar que los perseguirá, ni se atreve a decir que ha triunfado completamente.

"Según ese parte, la infantería de Echagüe no ha cargado; pues no hizo sino dejar acercar la de Lavalle para aprovechar sus tiros, como lo hicieron, y añade, que entonces huyó la de Lavalle. De aquí se deduce: 1º, que quien cargó fue nuestra infantería. 2º, que ni aun después de huir ésta cargó la enemiga, ni se atrevió a salir de sus posiciones. 3º, que no hubo entrevero de infanterías y, de consiguiente, no pudo haber mortandad por este motivo.

"Más: si los seiscientos muertos son de caballería, nuevas dificultades. Si seiscientos murieron peleando, del enemigo debe de haber muerto igual número y no el que Echagüe dice, pues en un entrevero no hay la menor razón para que caigan más de una parte que de otra. La mortandad en estos casos es en la fuga y dispersión; más: aquí no ha habido persecución; al menos lo dice Echagüe. ¿Cuándo, pues, y cómo murieron esos seiscientos? Y si murieron en las cargas y entreveros ¿cómo pudieron morir tan pocos de Echagüe? Por lo demás, Echagüe confiesa que el combate de las caballerías fue a retaguardia de él: Atentos sus posiciones, sus zanjones, sus montes, su infantería y cañones, que defienden los pasos, el haber pasado nuestra caballería a retaguardia de él, es una maniobra difícil, sabia y atrevida, que honra al ejército y a su general.

"Ya que Echagüe venció enteramente por el frente con su infantería y artillería, quiere decir que nuestra caballería quedó cortada a su retaguardia: encerrada, pues, entre la infantería de Echagüe y la costa del Paraná, y además sableada por la caballería enemiga, no ha debido escapar uno solo; ¿cómo, pues, huyen para Montiel? ¿Pasaron por el aire?

"Tomó cien fusiles; ¿cómo los ha de tomar cuando según su parte las infanterías no se han entreverado, ni la suya se ha movido de sus posiciones? Según esto, armas de caballería ha debido tomar miles; al menos debió tomar las de los seiscientos muertos. ¿Cómo, pues, no dice que haya tomado armas de caballería?

"Tampoco dice que haya tomado un solo cañón en la destrucción de la infantería; debió dejar indefensos los cañones: ni caballos, ni carretas, ni nada. Dedúcese, pues, de esto que Echagüe no se ha movido de su posición después del combate. Y si no se movió, si no persiguió ¿cómo conciliar esto con una victoria?"

Indecible es la sorpresa que causa a Daniel el ver a aquellos dos tan notables personajes empeñados en convencerse y en persuadir a los demás que el general Lavalle no había perdido la batalla del Sauce Grande, cuando el sabía, a no poder dudarlo, que el suceso era desgraciadamente cierto, y, sobre todo, el verlos empeñados en querer desvanecer un hecho con sólo el poder de la argumentación. Nada de esto era extraño, sin embargo: Daniel no era emigrado; no conocía esa vida de ilusión, de esperanza, de creaciones fantásticas que despotizan las más altas inteligencias, cuando la fiebre de la libertad las irrita y cuando viven delirando por el triunfo de una causa en cuyas aras han puesto, con toda la fe de su alma, su felicidad, su reposo y el presente y el porvenir de su vida. Daniel, además, no era unitario, usando esta voz como distintivo del partido rivadavista, y no podía comprender todo el orgullo de los miembros de ese partido, que no sirvió sino para perderlos. Pero le faltaba oír más todavía.

-Esto es poco aún -continuó el señor Varela-; oíd, señor Martigny, oíd, señor Bello, un fragmento de un diario que se lleva prolijamente en el ejército, y que hace pocas horas acabamos de recibir.

El señor Varela leyó:

"Día 14: Las guerrillas fuertes. El enemigo se movió a una distancia de media legua, y desde las cuatro de la tarde lo seguimos con ánimo de batirlo. El general en jefe, el estado mayor y todas las divisiones de caballerías mantienen sus caballos ensillados, pues todo hace creer que mañana debe darse la batalla. Hemos tenido diez y siete pasados del enemigo.

"Día 15. A las tres de la mañana marchó toda nuestra infantería y artillería, situándose a menos de tiro de cañón de la columna enemiga: antes de asomar el sol, nuestra artillería rompió el fuego sobre las baterías enemigas, y después de haberles muerto algunos individuos, fueron obligados a abandonar su primera posición, volviéndose hacia su retaguardia. Nuestra línea de batalla estaba ya formada, pero este movimiento del enemigo ha hecho que la batalla se demore hasta mañana, pues siempre se mantienen encerrados entre zanjones impasables. Creíamos que hoy sería un día de victoria, lo será mañana.

"Día 16. El fuego de nuestra artillería de ayer duró más de media tarde. Hubo una junta de guerra, y resultó que debíamos batirlos hoy en sus mismos atrincheramientos. Desde anoche lo pasó el ejército con la línea de batalla formada, esperando la aurora, que llegaba demasiado tarde.

"Amaneció por fin, pero el cielo estaba nublado, no se distinguía a distancia de cien pasos. Luego que aclaró un poco, se avivó el fuego de las guerrillas y a eso de las nueve y media de la mañana se replegó cada una a su respectiva línea, y se anunció el combate por un cañoneo de nuestra artillería; la enemiga contestaba con una sostenida energía. Veinte piezas de artillería de ambas partes se contestaban sin interrupción.

"Llegó el momento de que nuestra caballería cargase, y lo hizo con el mayor denuedo, pero el enemigo estaba guardado por zanjones insuperables. El escuadrón Yeruá, el Cullen, el Maza y otros atropellaron tres zanjones, de donde casi tenían que salir uno a uno los caballos, y cargaron al enemigo lanceándolo por la espalda, como lo hizo el bravo comandante Saavedra, y Baltar, que manda el Cullen.

"El comandante Don Zacarías Alvarez, que mandaba el escuadrón Maza, quedó muerto en esta terrible carga, y nuestra caballería tuvo que retroceder a los obstáculos del terreno y al sostenido fuego de artillería e infantería que recibía de atrás de los zanjones.

"Nuestra artillería seguía sus fuegos siempre con éxito, pero nada se adelantaba, y el valiente oficial de artillería, don Jacinto Peña, tuvo la desgracia de que se inutilizase una de las dos piezas de más alcance.

"Nuestra infantería avanzó a bayoneta calada, pero tuvo también que retroceder porque le fue insuperable el obstáculo de las grandes zanjas de que estaba rodeado el enemigo.

"En fin, el fuego duró desde las nueve y media de la mañana hasta más de las cuatro de la tarde, en cuya hora se dispuso que marchásemos a Punta Gorda, tanto para remediar los daños de la artillería, como para que se nos reuniesen algunos dispersos que se habían separado en las diferentes cargas que se dieron. Nuestro ejército está entero y lleno de entusiasmo, y el enemigo permanece siempre en su escondrijo, donde no ha hecho más que sostenerse amparado de zanjones, y su caballería ha fugado la mayor parte.

"Tenemos sólo el sentimiento de que habrá pasado Echagüe el parte de que ha ganado una batalla, como es de su costumbre, pero no se pasarán muchos días sin que tenga un desmentido elocuente.

"El valor de todos los individuos del ejército no se puede expresar; era preciso haber estado en el combate."

-Siguen ahora algunos detalles personales -dijo el señor Varela, después de concluir la lectura del diario.

Un momento de silencio reinó en la sala. Daniel lo interrumpió, diciendo:

-¿Y bien, señor Varela?

-¿Y bien qué? -dijo inmediatamente el señor Agüero, haciendo un movimiento de hombros que marcaba bien su disgusto, con un poco de impertinencia.

-Quise decir, señor -respondió Daniel, dominando su fisonomía con su poderosa voluntad para no dar a conocer en ella la impresión que le había hecho la súbita pregunta del doctor Agüero y para conservar el aplomo necesario cuando se hablaba con personajes tan distinguidos por su inteligencia y con quienes todo hacía comprender al joven que se iba a entrar en una arriesgada polémica-; quise decir, señor, que no comprendo la deducción que se saca de los dos documentos que se acaban de leer.

-Es bien clara, sin embargo -respondió el señor Agüero.

-Puede ser, señor, pero repito que no la comprendo.

Todo esto, mi querido Bello -dijo el señor Varela, apresurándose a tomar parte en la conversación-, nos hace creer casi positivamente que la batalla no ha sido ganada, ni por el uno ni por el otro; esto cuando menos.

Daniel se mordió los labios.

-Señores -dijo, parándose, poniéndose de espaldas contra la chimenea, sus manos a la espalda, y paseando sobre todos su mirada tranquila, pero brillante-; señores, la batalla la ha perdido el general Lavalle. Yo no comprendo que importe menos que un triunfo para el general Echagüe la retirada de nuestro ejército de las posiciones que ha ocupado por tanto tiempo, en el día mismo de la batalla. No queramos con argumentaciones destruir los hechos: evitemos el medir los acontecimientos por los deseos que nos animan. Desgraciadamente yo estoy convencido de lo contrario que vosotros; pero convendré, si lo queréis, en que nuestras armas están vencedoras; tanto mejor. ¿Pero creéis como yo que la actualidad reclama la rápida invasión del general Lavalle sobre la provincia de Buenos Aires? Si lo creéis, señores, he aquí entonces lo único que debe ser hoy, en cada hora, en cada instante, el móvil privilegiado del pensamiento de todos: pensar la manera cómo nuestras armas obtengan un próximo triunfo de esa invasión, sea que ellas pisen la provincia victoriosas o derrotadas. Si no sois vosotros, no sé quiénes pueden tener influencia hoy en las resoluciones del general Lavalle, y pues que de esta campaña depende la vida de nuestra patria, yo creo que no perderéis un momento en poner en acción vuestra alta inteligencia, en el sentido que la actualidad lo reclama. Perdonad, señores, que os hable así, pues debéis creer que sólo el sentimiento de la patria me da el valor necesario para emitir una opinión delante de vosotros.

El señor Varela estaba encantado; sus ojos y su fisonomía tan dulce y expresiva reflejaban la admiración y el contentamiento, más por la animación y la elocuencia de su joven compatriota, que por la novedad de sus ideas.

El señor Martigny se restregaba las manos, contento íntimamente.

El señor Agüero había alzado dos veces su altiva frente para mirar aquel joven que no era unitario y que osaba emitir tan libremente sus opiniones, marcándole al parecer, la línea de conducta que le convenía seguir.

-Señor Bello -dijo Varela-, el general Lavalle obra en campaña según sus ideas, según sus planes militares. ¿qué quiere usted que le digamos nosotros desde aquí?

-¡Oh! Señor, las guerras más complicadas del mundo, las campañas más difíciles y peligrosas se han concebido y dirigido muchas veces, desde el fondo de los gabinetes, por hombres que jamás tuvieron en sus manos otra cosa que una pluma -respondió Daniel dudando que la contestación del señor Varela tuviese alguna reserva que ignoraba y le convenía saber; y no se equivocó.

El señor Varela, en cuya alma no había sino sinceridad y franqueza, dijo con una expresión de ingenuidad completa:

-Cierto, mi querido, cierto; pero el general Lavalle obra por sí, por sí únicamente.

Daniel llevó su mano derecha a la frente, y cerrando sus ojos, se apretó dos o tres veces las sienes.

Varela comprendió perfectamente lo que pasaba en aquel momento en el espíritu del joven, y se apresuró a decirle:

-Cualquiera que sea el plan de campaña del general Lavalle en la provincia de Buenos Aires, su triunfo es infalible: no hallará resistencia, porque todo el mundo volará a su

encuentro. El triunfo es nuestro, no lo dudéis. ¿Es posible concebir que todo el mundo no se levante contra Rosas, en la campaña y en la ciudad, en el primer momento que tengan el apoyo de nuestro ejército? Vos, que llegáis de Buenos Aires, ¿no creéis que el pueblo entero va a reventar entre sus brazos el poder de Rosas, no bien se haya sentido la marcha del general Lavalle?

-No, señor, no lo creo -contestó Daniel con una admirable seguridad.

El señor Agüero alzó la cabeza y miró a Daniel.

El señor Martigny miró a Varela como diciéndole: "Contestad, señor".

-Pero lo que decís, señor Bello -respondió Varela, algo serio-, es incompatible con el patriotismo de nuestros compatriotas y, sobre todo, con la situación terrible que pesa sobre ellos, y de la que desean libertarse.

-Señor Varela, yo creo que voy a tener el disgusto de dejaros recuerdos desagradables míos, pero prefiero esto a la ligereza de hablar lo que no es cierto; en asuntos tan graves, ¿me permitiréis que os diga la verdad aun cuando ella lastime vuestras más bellas esperanzas?

-Hablad, señor Bello.

-Pues bien, señor, en nuestro Buenos Aires no se moverán los hombres, sino cuando sientan, positivamente hablando, el ruido de las armas libertadoras contra las puertas de sus casas, o cuando un centenar de hombres decididos, que puede haber quedado aún, vaya de casa en casa sacando por la fuerza a los ciudadanos para que contribuyan a la defensa de ellos mismos y de su patria.

-¡Oh! Pero eso es increíble, señor -replicó Varela, mientras que el señor Agüero hacía violentos círculos con su bastón, siendo ya su impaciencia más poderosa que su sangre fría.

-Es increíble, y sin embargo, es cierto -prosiguió Daniel-; pero la explicación de este fenómeno moral no la busquéis, señor Varela, no la busque nadie que desee encontrarla, en el más o menos alto grado de patriotismo, en el más o menos valor, no. Ni la organización de nuestros compatriotas se ha modificado, ni ha degenerado su espíritu todavía; pero hay otra causa que los tiene quietos bajo la dictadura, y que los hace impotentes para la libertad. ¿Sabéis cuál es, señor Varela?

-Proseguid, señor.

-El individualismo, no vacilo en repetirlo, ésa es la causa de la inacción de nuestros compatriotas. Rosas no encontró clases, no halló sino individuos cuando estableció su gobierno; aprovechóse de este hecho establecido, y tomó por instrumentos de explotación en él, la corrupción individual, la traición privada, la delación del doméstico, del débil y del venal, contra el amo, contra el fuerte y contra el bueno. Fundó de este modo el temor y la desconfianza en las clases aparentemente solidarias, y hasta en el recinto mismo de la familia. Un hombre en Buenos Aires desconfía de todos, porque en ninguno tiene confianza; y al andar que han tomado los sucesos en este año, antes de poco hemos de ver relajados también los vínculos de la Naturaleza, y que el hermano teme del hermano, y el esposo hasta de las confianzas con la esposa. Se tirará un cañonazo en nuestra fortaleza; se tocará la campana de alarma; se gritará ¡muera Rosas! en la plaza de la Victoria; y cada ciudadano se dejará estar en su casa esperando que su vecino salga el primero para ver si es cierta la novedad que ocurre.

El señor Varela se pasó las manos por la cara.

-¿Os afligís, señor? -prosiguió Daniel, después de un momento de silencio-; es natural, porque tenéis un corazón muy noble y muy patriota, pero dejemos el corazón y recurramos a la inteligencia solamente: ella nos dice, señor, que cuanto os acabo de referir no es otra cosa que una consecuencia de causas muy anteriores a Rosas, encarnadas en la sociedad en que hemos nacido, y a las cuales no dieron atención nuestros primeros médicos políticos. Desviémonos de esto, sin embargo, y decidme si después de lo que acabáis de oír, podremos tener esperanzas de esa cooperación súbita del pueblo de Buenos Aires, cuando el general Lavalle haya desembarcado en la provincia. Yo ya he tenido el honor de decir mis ideas al señor Martigny a este respecto.

-Repetídmelas, amigo mío -dijo el señor Varela.

-En bien pocas palabras, señor. Si el general Lavalle se distrae en el interior de la provincia, corre un gran riesgo su empresa; si se viene inmediatamente sobre la ciudad, si la ataca, si busca el combate a muerte con Rosas en las mismas calles de Buenos Aires, tiene entonces toda la probabilidad del triunfo: primero, porque Rosas no tiene un ejército de línea en la ciudad; segundo, porque la sorpresa y la presencia de los libertadores provocará la reacción pública desde que cada hombre vea, a no dudarlo, que allí está Lavalle y que no tiene para reunírsele el peligro de la delación y el aislamiento. Y si esta operación puede ser combinada con un desembarco simultáneo de orientales o de argentinos emigrados, la probabilidad del triunfo asciende entonces al grado de certidumbre. Ved ahí mis ideas, señor, ved ahí el objeto principal de mi viaje: revelaros la situación de nuestro país, desvaneceros muy bellas esperanzas, dándoos, en cambio, hechos y seguridades importantes. Ahora yo me vuelvo a mi Buenos Aires, a que los sucesos me aconsejen la conducta que yo y algunos pocos amigos debemos seguir en ellos. Quizá no nos volveremos a ver... ¡quién sabe! La vida de nuestra patria está en su momento de crisis: si triunfan nuestras armas, seré el primero, señor Varela, en daros un abrazo; si son desgraciadas, nos veremos alguna vez en el cielo -dijo Daniel, con una sonrisa llena de candor, que no pudo, sin embargo, cubrir la melancolía que bañó en ese momento su semblante.

El señor Varela estaba conmovido.

El señor Agüero, pensativo.

El señor Martigny se levantó y tocando suavemente el hombro de Daniel, le dijo:

-Si la Providencia no quiere separar sus ojos de vuestro bello país, vos viviréis mucho tiempo, señor, porque vuestra cabeza le hace falta.

-Sin embargo, temo mucho que Rosas dé con ella -dijo Daniel sonriendo, apretando la mano de monsieur Martigny, y preparándose a retirarse.

-¿Nos volveremos a ver mañana, a todas horas? -dijo el señor Varela tomando la mano de Daniel.

-No, no conviene que nos volvamos a ver: creo poder ser útil todavía, y quiero conservarme. Mañana, a las ocho de la noche, haré una visita que me falta hacer y, al salir de ella, saldré también de Montevideo. Pero nos veremos en Buenos Aires.

-Sí, sí, en Buenos Aires -dijo el señor Varela abrazando fuertemente a Daniel.

Varela lo había comprendido, pensaba como él, y aquellas dos almas grandes y generosas, parecían querer aunarse para siempre en ese abrazo sincero, dado en medio de la vida, de la desgracia y de las esperanzas.

-Adiós, pues -dijo Varela-; ¿nuestra correspondencia siempre del mismo modo?

-Siempre. ¡Adiós, adiós, señor doctor Agüero; hasta Buenos Aires!

-Adiós, señor Bello, hasta Buenos Aires -repitió el adusto anciano, apretando fuertemente la mano de Daniel, que pasó en seguida a la antesala acompañado de monsieur Martigny.

-¿Pero nosotros nos volveremos a ver? -dijo éste a Daniel, que tomaba su levitón, su capa de goma y sus pistolas.

-Tampoco, mi querido señor. Sabéis ya todo cuanto hay que saber de Buenos Aires en este momento. Conocéis ya el terreno, desenvolved, pues, vuestra política, según os lo aconsejen vuestra posición y vuestros nobles deseos. Mi correspondencia será ahora más prolija que antes.

-Sí, sí, por días, si es posible.

-No perderé ocasión. Tengo ahora que pediros un servicio.

-Pedid lo que queráis, amigo mío -dijo con prontitud el señor Martigny.

-Que mañana me mandéis una carta de introducción para el señor Don Santiago Vásquez.

-La tendréis sin falta. ¿Adónde vais a parar?

-A la Fonda del Vapor, adonde tendréis la bondad de darme un criado que me conduzca.

-Al momento.

-Pero es necesario que prevengáis al señor Vásquez a fin de que me espere solo a las ocho de la noche.

-Bien, lo haré, y así lo hará él también. Pedidme más.

-Un abrazo, señor Martigny, porque, no os riáis de lo que voy a deciros, me parece que estoy viendo por última vez en el mundo a las personas con quienes hablo en Montevideo.

-¡Oh!

-Superstición, poesía de los veintisiete años de la vida, quizá... ¡Adiós, adiós, señor Martigny!

Y Daniel pasó al patio donde el distinguido y generoso agente de la Francia, en 1840, dio orden a un criado de conducir hasta la Fonda del Vapor al caballero que salía, volviendo él al salón, donde lo esperaban, agitados por diversas, pero igualmente fuertes impresiones, los señores Agüero y Varela, después de la conferencia con aquel joven que parecía comprenderlo todo, dominarlo todo, y aventurarlo todo.

Librodot

IV. Indiscreciones

El café de don Antonio era la bolsa política de Montevideo en 1840 desde las siete hasta las once de la noche, en cuyas horas se sucedían dos géneros de concurrentes: unos que iban, de las seis a las ocho de la noche, a hablar de política y tomar café; otros, de las ocho a las once, a hablar de política, jugar y cenar.

En esa época, la época de oro de Montevideo, parecía que el metal precioso pesaba demasiado en el bolsillo de los habitantes de la capital oriental, que buscaban un lugar cualquiera donde ir a derramarlo con profusión, quedando tan tranquilos en las pérdidas como en la fortuna, pues todos sabían que la bolsa que hoy se agotaba, se llenaba mañana sin gran trabajo, en esos días del movimiento y de la riqueza de Montevideo.

A las siete de la noche del día siguiente a aquel que ha pasado ya por nuestra pluma, el café de don Antonio estaba cuajado de concurrentes, siendo la mayor parte de ellos jóvenes argentinos y orientales que iban allí a tomar su café, a hablar de política y pasar en seguida a sus visitas diarias, al teatro, al baile, contentos los primeros con la esperanza de estar al siguiente mes en Buenos Aires; y más contentos los segundos, con estar en su patria, muy convencidos de que de ella no les arrojaría jamás el vendaval de las revoluciones que estaban azotando con sus alas frenéticas las nubes que se amontonaban sobre la frente del Plata, prontas a precipitar, más o menos tarde, su abundante lluvia de lágrimas y sangre.

Pero todo esto no se veía entonces. La ciudad oriental estaba en sus quince años; bella, radiante, envanecida, su vida era un delirio perpetuo, jugando entre el jardín de sus esperanzas, cubierta con las lujosas galas de su presente. Pisando sobre el oro, deslumbrada con el mar de grana en que se mostraba su aurora sobre el magnífico horizonte que la circundaba, sus oídos parecían no buscar otra cosa que el canto de los poetas, y los halagos sinceros de sus envanecidos hijos; porque la verdad filosófica, esa triste verdad que descarna la vida social para encontrar en la savia de la existencia los principios de la vida futura, era demasiado severa, demasiado dura, para entrar al oído de la joven beldad, que cantaba llena de esa noble presunción de la edad primera de los pueblos:

> Si enemigos la lanza de Marte
> si tiranos de Bruto el puñal.

En un ángulo del gran salón del café dos hombres ocupaban una pequeña mesa.

El uno, cubierto con una capa de goma cuyo alto cuello le cubría hasta las orejas a la vez que su sombrero tocaba con las cejas, tomaba una taza de té, dando la espalda a la pared y su rostro al centro del salón.

El otro, con gorra y un capote de barragán azul, tenía por delante un gran vaso de ponche, y se entretenía en exprimir las rebanadas de limón con la pequeña cuchara de platino.

Ninguno de esos dos personajes se hablaban una palabra.

A derecha e izquierda de ellos había varias mesas, ocupadas todas por hombres que jugaban al dominó, que tomaban café o fumaban y conversaban solamente.

De estos últimos eran cinco individuos que estaban a dos pasos de los primeros que hemos descrito.

De repente abrióse la puerta del café, y cuatro personas entraron al salón.

Los ojos del personaje de la capa de goma radiaron de alegría.

-Alberdi, Gutiérrez, Irigoyen, Echeverría -dijo aquel individuo, siguiendo con los ojos a los cuatro que acababa de nombrar, no saciándose de mirarlos.

-¿Los conoce usted, señor don Daniel? -le preguntó el hombre de la gorra.

-¡Oh!, sí, sí, y crea usted, míster Douglas, que pocos esfuerzos más violentos he hecho en mi vida, que el que hago en este instante sobre mí mismo para contener mi deseo de abrazarlos.

-¡Diablo! Déjese usted estar; acuérdese usted que esta noche nos vamos, y...

-Esté usted tranquilo -dijo Daniel alzándose los cuellos de su capa para cubrirse más el rostro.

Míster Douglas iba a hablar, cuando le hizo Daniel una seña de silencio. Uno de los cuatro hombres, que estaban fumando en la mesa a su derecha, acababa de decir:

-Son porteños.

Daniel siguió tomando su té, aparentando no dar la mínima atención a lo que se hablaba.

-¿Y qué necesidad tiene usted de decirnos que son porteños? ¿Hay, acaso, otra cosa que ellos en todas partes? -dijo otro de los individuos.

-Por ellos vivimos como vivimos.

-Cabal.

-Que no nos entendemos.

-Deje que venga el viejo -dijo un militar de bigotes canos.

-¿Sabe usted a quién llaman el viejo, míster Douglas?

-A Rivera.

-¿Qué tenemos nosotros que ver con Rosas? -dijo otro-. Si no fuera por ellos no estaríamos en guerra, porque a nosotros no es a quienes busca Rosas.

-Cabal.

-Ellos no más, con los franceses, son los que meten toda esta bulla, y después se han de ir a vivir a su tierra y nos han de dejar en el pantano. ¡Porteños al fin! Si no los hubieran dejado entrar nunca, viviríamos mucho mejor. Pero el viejo, el viejo es quien tiene la culpa de todo esto.

-¡Así le han dado el pago! Véalos ahora, están furiosos con él, porque no pasa el Uruguay, y se va a hacer matar por ellos.

-¡Era lo que faltaba!

-Y ahora dicen que los franceses reclaman los cien mil pesos que le dieron para que pasase.

-¡Sí, yo les había de dar cien mil pesos!

-No pasó porque, mire usted, hizo muy bien en no pasar, porque con los porteños nadie puede entenderse, y el viejo no había de ir a ponerse a las órdenes de Lavalle.

-Claro está.

-Y ahora ya saben la falta que les ha hecho. Se los ha llevado el diablo en el Sauce Grande.

-Sí, pero todos estos de aquí han de decir que es mentira.

-¡Cabal!¡Como se han hecho dueños de la prensa!

-¡Yo había de ser el gobierno, y habían de venir a escribir diarios!

-¡Pero como tienen quien los proteja! Vásquez, por ejemplo.

-Y como Muñoz, y muchos otros.

-¡Por supuesto, orientales en el nombre!

-¡Si se han criado entre ellos!

El diálogo de los cinco personajes continuó, poco más o menos bajo ese mismo espíritu.

Daniel estaba absorto. De cuando en cuando miraba a míster Douglas, que entendía y hablaba perfectamente el español, y el buen escocés, contrabandista de emigrados y que residía indistintamente en Buenos Aires o Montevideo, se reía de la admiración de Daniel y tomaba su ponche.

-Sólo Vásquez puede enderezar esto -dijo a otro un individuo que tomaba café en una mesa, a la izquierda de Daniel.

-No, ni Vásquez, ni nadie, porque la causa del mal está en Rivera -le contestó su interlocutor.

-Pero, a lo menos la Asamblea.

-¿Y no sabe usted que los partidarios personales de Rivera se oponen a las elecciones so pretexto de que no deben hacerse sin estar él aquí?

-Ya lo sé, pero el gobierno los vencerá y las elecciones tendrán lugar.

-Esto es peor que lo otro, porque vendrá el conflicto: nuevas disidencias, nuevos enconos de partido, y entretanto los blancos se ríen, mientras nosotros nos anarquizamos en nuestro partido; nos peleamos con los argentinos, cuya causa nos es común; nos indisponemos con los franceses, y en todo y para todo perdemos tiempo, dinero y amigos, mientras Rosas marcha adelante, y los blancos esperan.

-¡Gracias a Dios que oigo un hombre racional! -dijo Daniel.

"Pero aquí hay más que espíritu de partido -dijo el joven conversando consigo mismo-, aquí hay espíritu de rivalidad nacional; ¿y por qué? Probablemente no hay porqué -se respondió Daniel, que, como todos los hijos de Buenos Aires, jamás había oído en su país hablar de Montevideo sino como se habla de cualquiera de las provincias o de las repúblicas hermanas: siempre con los mejores deseos por la felicidad de sus hijos, y sin el mínimo espíritu de celos o de encono. ¡Pero en qué momento pasan estas cosas! -se decía Daniel-. En este drama hay alguien que no lo entiende, y es probable que ése sea yo, porque no me atrevo a decir que son los otros."

-Vamos, míster Douglas, van a dar las ocho de la noche -dijo mirando la grande péndola del café.

Pero antes de dejar aquel lugar, en que según sus matemáticas acababa de ganar algunos desengaños más, miro uno por uno, con los ojos enternecidos y el corazón desconsolado, sus cuatro amigos que quedaban hablando de la patria sin sospechar que había allí uno que corría por ellos y por todos por la orilla del resbaladizo precipicio, en que estaban luchando brazo a brazo en ese instante la libertad y la tiranía, la prosperidad y la ruina de dos pueblos dormidos, el uno bajo el sopor de la desgracia, el otro bajo el beleño de una transitoria pero halagüeña felicidad; dormidos al arrullo de las salvajes ondas del gran río cuyo rumor debía pasar inapercibido en una próxima década, ahogada su poderosa voz por el estrépito de la pólvora, por el grito terrible del combate, y por el quejido lastimero de una sociedad expirante.

V. Monólogo en el mar

A las diez de la noche, la ballenera de míster Douglas partía como una flecha, o más bien se deslizaba como un pájaro acuático sobre las olas de la hermosa bahía de Montevideo, y a las once se había perdido a la vista de los buques más lejanos del puerto, sumergida allá entre el horizonte lejano del gran río, alumbrado por los rayos de plata que vertía de su tranquila frente la huérfana viajera de la noche.

Envuelto en su capa, reclinado en la popa de la ballenera, Daniel ya no fijaba sus ojos impacientes en la joven ciudad de la orilla septentrional del Plata, como lo había hecho veinticuatro horas antes; los tenía fijos en la bóveda azul del firmamento, sin ver, sin embargo, los vívidos diamantes que la tachonaban, abstraído su espíritu en las recordaciones de su corta pero aprovechada residencia en Montevideo.

"Restemos, porque la política tiene también sus matemáticas -se decía a sí mismo."

"Restemos. Creí encontrar asociados en Montevideo todos los intereses políticos de la actualidad, y los encuentro en anarquía: gano un desengaño.

"Creí hallar que el pueblo era más poderoso que las entidades que lo mandan, y encuentro que aquí el pueblo tiene también su caudillo, no sanguinario como Rosas, pero que al fin hace lo que quiere, y no lo que conviene al pueblo: gano otro desengaño, y ya son dos.

"Pensé que los viejos unitarios eran hombres prácticos, en quienes la ciencia de los hechos y de las altas vistas dominaba su espíritu, y hallo que son hombres de ilusiones como cualesquiera otros, o más bien, con más ilusiones que los demás. Gano otro desengaño, y ya son tres.

"Creí que ellos me enseñarían a conocer mi país, y veo que yo lo conozco mejor que ellos: otro desengaño, y ya son cuatro.

"Juzgué que el general Lavalle y la Comisión Argentina obraban de acuerdo; y veo que cada uno marcha por donde puede: gano otro desengaño, y ya son cinco.

"¡Malo! Son muchas ganancias para que no me vuelva loco o me lleve el diablo.

"Clasifiquemos. El señor Martigny, hombre de talento, corazón francés, lleno de entusiasmo por nuestra causa, pero gira en el círculo estrecho de sus instrucciones, y desconfía de su gobierno.

"El señor Agüero no ha hablado nada y me ha dicho mucho; es poco flexible para la democracia, y demasiado serio para la libertad. Los años del destierro habrán pasado muy lentos por su corazón; pero los años del pueblo han pasado como un relámpago por su inteligencia, y no ha visto que otra generación se ha levantado en los catorce años que cuenta ya la caída de la presidencia.

"El señor Varela, espíritu fecundo, activo, inteligencia de concepciones rápidas, corazón ingenuo y apasionado, vida colocada en los límites de dos generaciones totalmente diferentes en sus tendencias, y que de las miras de una y de otra podrá venir a ser el contemporizador algún día. Si él se separara de los principios de la nueva generación, sería necesario conquistarlo, porque su conquista sería un triunfo.

"Veamos de otra manera: don Santiago Vásquez; no olvidaré jamás nuestra conversación de esta noche; es una gran cabeza. Si la República Oriental llegase a poseer alguna vez media docena de hombres como éste, podría decir entonces que tenía cuanto le era necesario para constituir un gran todo, de tantos elementos que la Naturaleza y la revolución le han dado, y de que todavía no ha sacado partido.

"¿Qué puedo deducir de nuestra entrevista? Que Vásquez no está en su centro; que sus vistas son demasiado extensas para que puedan caber en el estrecho círculo de los pequeños partidos que se han empeñado en amontonar obstáculos donde más tarde ha de tropezar el progreso de este bello país. Que él trabaja por la unidad de intereses políticos entre las Repúblicas Oriental y Argentina y sus enemigos lo hostilizan y lo separan de los negocios, so pretexto de que es amigo de los porteños

. "Su modo de definir al general Lavalle es nuevo para mí, y me da mucha luz sobre cosas que no podía explicarme: Lavalle es valiente, caballeresco, desinteresado; pero no tiene las calidades necesarias, dice, para estar al frente de los sucesos de la época. Le falta perseverancia en sus combinaciones, y le sobra susceptibilidad cuando sus amigos quieren darle un consejo o indicarle una línea de conducta; su espíritu altivo se resiente entonces de que lo quieren gobernar, y obra luego por sí solo y bajo la inspiración de sus ideas: los obstáculos lo irritan, y cuando no puede vencerlos en el momento al golpe de su fuerte espada, cambia de ideas y de plan, separándose rápidamente del obstáculo, sin pensar en las consecuencias de tal conducta.

"Ahora me explico muchas cosas, especialmente las palabras de Varela: 'Lavalle obra por sí mismo'.

"Bien; ya están hechas mis cuentas: ¿he ganado o perdido? He ganado, pues en política un hombre está en pérdida cuando tiene ilusiones; me he desengañado de muchos errores y he ganado muchas verdades; les he pintado la situación de Rosas, ellos me han dibujado la situación de sus enemigos. Ahora, ¡Dios nos proteja, porque espero muy poco de los hombres!

"Sí, ¡Dios nos proteja! -dijo después de algunos minutos de silencio, en que sus ojos habían estado extasiados en el firmamento bordado con su luna y sus estrellas, y en que sus ideas parecían que habían tomado diferente rumbo en aquella alma espontánea, impetuosa, y al mismo tiempo tierna y sensible; y después de esa exclamación continuó, en el silencio de su pensamiento, reclinada su cabeza en la popa de la ballenera, y fijos sus ojos en la bóveda espléndida del cielo- Dios, que es la Sabiduría y la Unidad del universo; Dios, que sostiene pendientes en las hebras impalpables de su voluntad soberana esos mundos espléndidos que giran, como chispas de su inteligencia, en esa bóveda infinita y diáfana, que parece formada con el aliento de los ángeles.

"¡Esos astros, eternos como la mirada que los ilumina, esos astros verán alguna vez sobre estas olas la realización de los bellos ensueños de mi mente! Sí. El porvenir de la América está escrito en la obra de Dios mismo: es en una magnífica y espléndida alegoría en que ha revelado los destinos del Nuevo Mundo, el Gran Poeta de la creación universal.

"Esas inmensas praderas donde brota una flor de cada gota de rocío que cae en ellas.

"Estos ríos inmensos como el mar, que se cruzan como arterias del cuerpo gigantesco de la América, y refrescan por todas partes sus entrañas, abrasadas con el fuego de sus metales.

"Esos espesos bosques donde la salvaje orquesta de la Naturaleza está convidando a la armonía del arte y de la voz humana.

"Esta brisa suave y perfumada que pasa por la frente de estas regiones como el suspiro enamorado del genio protector que las vigila.

"Estas nubes matizadas siempre con los colores más risueños y suaves de la Naturaleza.

"Sí, todos esos magníficos espectáculos son palabras elocuentes del lenguaje figurado de Dios, con que revela el porvenir de estas regiones.

"Las generaciones se suceden en la humanidad, como las olas de este río inmenso como el mar.

"Cada siglo cae sobre la frente de la humanidad como un torrente aniquilador que se desprende de las manos del tiempo, sentado entre los límites del principio y el fin de la eternidad; se desprende, arrasa, arrebata en su cauce las generaciones, las ideas, los vicios, las grandezas y las virtudes de los hombres, y desciende con ellos al caos eterno de la nada. Pero la creación, esa otra potencia que vive y lucha con el tiempo, va sembrando la vida donde el tiempo acaba de sembrar la muerte.Ese torrente indestructible arrebatará de las riberas de este río esta generación amasada con el polvo, la sangre y las lágrimas de ella misma. Vendrán otras y otras, como las olas que se van sucediendo y desapareciendo a mis ojos.

"¡Vendrán!...

Librodot

"Cada pueblo tiene su siglo, su destino y su imperio sobre la tierra. Y los pueblos del Plata tendrán al fin su siglo, su destino y su imperio, cuando las promesas de Dios, fijas y escritas en la Naturaleza que nos rodea, brillen sobre la frente de esas generaciones futuras, que verterán una lágrima de compasión por los errores y las desgracias de la mía. Sí, tengo fe en el porvenir de mi patria. Pero se necesita que la mano del tiempo haya nivelado con el polvo de donde hemos salido la frente de los que hoy viven.

"Sí; tengo fe, pero fe en tiempos muy lejanos de los nuestros. ¡Patria! ¡Patria! ¡La generación presente no tiene sino el nombre de sus padres!... ¡Y tú, Florencia, ídolo amado de mi corazón; tú, ángel conciliador de mi alma con la vida, de mi corazón con los hombres, de mi destino con mi patria; tú, hebra de luz que me pones en la relación con Dios, extendida desde el cielo al lodo terrenal en que me ahogo; tú, tú eres el único ser de todos los que he visto sobre la tierra a quien quisiera volver a hallar en el cielo, para que nuestras almas volviesen de cuando en cuando, entre los rayos pálidos de la luna, a contemplar la tierra que fue testigo de nuestro amor, como es testigo de tanto desengaño, de tanta virtud mentida; de tanto crimen y miserias reales!"

La luna escondió en este momento su faz de nácar entre los velos de una parda nube, y Daniel inclinó su cabeza sobre el pecho, embriagado en el éxtasis de su espíritu, y cerró sus ojos arrullado por las olas del poderoso Plata, soñolientas y perezosas bajo el tranquilo e iluminado pabellón del cielo.

Librodot

VI. Doña María Josefa Ezcurra

Después del cuadro político que acaba de leerse, y que la necesidad de dejar dibujada a grandes rasgos la época en que pasan los acontecimientos de esta historia, con sus hombres, sus vicios y sus virtudes, nos obligó a delinearlo y distraer a nuestros lectores, separándolos un momento de nuestros conocidos personajes, justo es que volvamos ahora en busca de ellos, retrocediendo algunos días, hasta volver a encontrarnos con aquel de que nos separamos ya.

El lector querrá acompañarnos a una casa donde ha entrado otra vez en la calle del Restaurador; y por cierto que habrá de encontrar allí escenas de que la imaginación duda y de que la historia responde.

La cuñada de su Excelencia el Restaurador de las Leyes estaba de audiencia, en su alcoba; y la sala contigua, con su hermosa estera de esparto blanco con pintas negras, estaba sirviendo de galería de recepción, cuajada por los memorialistas de aquel día.

Una mulata vieja, y de cuya limpieza no podría decirse lo mismo que del ama, por cuanto es necesario siempre decir que las amas visten con mas aseo que las criadas, aun cuando la regla puede ser accesible a una que otra excepción acá o allá, hacía las veces de edecán de servicio, de maestro de ceremonias y de paje de introducción.

Parada contra la puerta que daba a la alcoba, tenía asido con una mano el picaporte, en señal de que allí no se entraba sin su correspondiente beneplácito, y con la otra mano recibía los cobres o los billetes que, según su clase, le daban los que a ella se acercaban en solicitud de obtener la preferencia de entrar de los primeros a hablar con la señora doña María Josefa Ezcurra. Y jamás audiencia alguna fue compuesta y matizada de tantas jerarquías, de tan varios colores, de tan distintas razas.

Estaban allí, reunidos y mezclados, el negro mulato, el indio y el blanco, la clase abyecta y la clase media, el pícaro y el bueno, revueltos también entre pasiones, hábitos, preocupaciones y esperanzas distintas.

El uno era arrastrado allí por el temor, el otro por el odio; uno por la relajación, otro por una esperanza y otros, en fin, por la desesperación de no encontrar a quién ni en dónde recurrir en busca de una noticia, o de una esperanza sobre la suerte de alguien caído en la desgracia de Su Excelencia. Pero el edecán de aquella emperatriz de un nuevo género, si no es en nosotros una profanación escandalosa el aplicar ese cesáreo nombre a la señora doña María Josefa, tenía fija en la memoria su consigna, y cuando salía de la alcoba la persona a quien hacía entrar, elegía otra de las que allí estaban, siguiendo las instrucciones de su ama, sin cuidarse mucho de las súplicas de unos, y de las reclamaciones de otros, que habían puesto en su mano alguna cosa para conquistar la prioridad en la audiencia y era de notarse que, precisamente, la audiencia no se daba a aquellos que la solicitaban, sino a los que nada decían ni pedían, por cuanto estos últimos habían sido mandados llamar por la señora, en tanto que los otros venían en solicitud de alguna cosa.

El pestillo de la puerta fue movido de la parte interior, y en el acto la mulata vieja abrió la puerta y dio salida a una negrilla como de dieciséis a dieciocho años, que atravesó la sala, tan erguida como podría hacerlo una dama de palacio que saliera de recibir las primeras sonrisas de su soberana en los secretos de su tocador.

Inmediatamente la mulata hizo señas a un hombre blanco, vestido de chaqueta y pantalón azules, chaleco colorado que estaba contra una de las ventanas de la sala, con su gorra de paño en la mano.

Ese hombre pasó lentamente por en medio de la multitud, se acercó a la mulata; habló con ella, y entró a la alcoba, cuya puerta se cerró tras él.

Doña María Josefa Ezcurra estaba sentada en un pequeño sofá de la India, al lado de su cama, tapada con un gran pañuelo de merino blanco con guardas punzó, y tomaba un mate de leche que la servía y la traía por las piezas interiores una negrilla joven.

-Entre, paisano; siéntese -dijo al hombre de la gorra de paño, que se sentó, todo embarazado, en una silla de madera de las que estaban frente al sofá de la India.

-¿Toma mate amargo o dulce?

-Como a Usía le parezca -contestó aquél, sentado en el borde de la silla, dando vuelta a su gorra entre las manos.

-No me diga "Usía". Tráteme como quiera, nomás. Ahora todos somos iguales. Ya se acabó el tiempo de los salvajes unitarios, en que el pobre tenía que andar dando títulos al que tenía un frac o sombrero nuevo. Ahora todos somos iguales, porque todos somos federales. ¿Y sirve ahora, paisano?

-No, señora. Hace cinco años que el general Pinedo me hizo dar de baja por enfermo, y después que sané, trabajo de cochero.

-¿Usted fue soldado de Pinedo?

-Sí, señora; fui herido en servicio, y me dieron de baja.

-Pues ahora, Juan Manuel va a llamar a servicio a todo el mundo.

-Así he oído; sí, señora.

-Dicen que va a invadir Lavalle, y es preciso que todos defiendan la Federación, porque todos son sus hijos. Juan Manuel ha de ser el primero que ha de montar a caballo, porque él es el padre de todos los buenos defensores de la Federación. Pero se han de hacer sus excepciones en el servicio, porque no es justo que vayan a las fatigas de la guerra los que pueden prestar a la causa servicios de otro género.

-¡Pues!

-Ya tengo una lista de más de cincuenta a quienes he de hacer que les den papeletas de excepción por los servicios que están prestando. Porque ha de saber, paisano, que los verdaderos servidores de la causa son los que descubren las intrigas y los manejos de los salvajes unitarios de aquí adentro, que son los peores; ¿no es verdad?

-Así dicen, señora -contestó el soldado retirado, volviendo el mate a la negrita que lo servía.

-Son los peores, no tenga duda. Por ellos, por sus intrigas es que no tenemos paz, y los hombres no pueden trabajar y vivir con sus familias, que es lo que quiere Juan Manuel; ¿no le parece que ésta es la verdadera Federación?

-¡Pues no, señora!

-Vivir sin que nadie los incomode para el servicio.

-Pues.

-Y ser todos iguales, los pobres como los ricos, eso es Federación, ¿no es verdad?

-Sí, señora.

-Pues eso no lo quieren los salvajes unitarios; y por eso, todo el que descubre sus manejos es un verdadero federal, y tiene siempre abierta la casa de Juan Manuel y la mía para poder entrar y pedir lo que le haga falta; porque Juan Manuel no niega nada a los que sirven a la patria, que es la Federación; ¿entiende, paisano?

-Sí, señora, y yo siempre he sido federal.

-Ya lo sé, y Juan Manuel también lo sabe; y por eso lo he hecho venir, segura de que no me ha de ocultar la verdad si sabe alguna cosa que pueda ser útil a la causa.

-¿Y yo qué he de saber, señora, si yo vivo entre federales nada más?

-¡Quién sabe! Ustedes los hombres de bien se dejan engañar con mucha facilidad. Dígame, ¿dónde ha servido últimamente?

-Ahora estoy conchabado en la cochería del inglés.

-Ya lo sé, ¿pero antes de estar en ella, dónde servía?

-Servía en Barracas, en casa de una señora viuda.

-¿Que se llama doña Amalia, no es verdad?

-Sí, señora.

-¡Oh, si por aquí todo lo sabemos, paisano! ¡Pobre del que quiera engañar a Juan Manuel o a mí! -dijo doña María Josefa clavando sus ojitos de víbora en la fisonomía del pobre hombre, que estaba en ascuas sin saber qué era lo que le iba a preguntar.

-Por supuesto -contestó.

-¿En qué tiempo entró usted a servir en esa casa?

-Por el mes de noviembre del año pasado.

-¿Y salió usted de ella?

-En mayo de este año, señora.

-¿En mayo, eh?

-Sí, señora.

-¿En qué día, lo recuerda?

-Sí, señora; salí el 5 de mayo.

-¿El 5 de mayo, eh? -dijo la vieja meneando la cabeza, y marcando palabra por palabra.

-Sí, señora.

-El 5 de mayo... ¿Conque ese día? ¿Y por qué salió usted de esa casa?

-Me dijo la señora que pensaba economizar un poco sus gastos, y que por eso me despedía, lo mismo que al cocinero, que era un mozo español... Pero antes de despedirnos nos dio una onza de oro a cada uno, diciéndonos que tal vez más adelante nos volvería a llamar, y que fuésemos a ella siempre que tuviésemos alguna necesidad.

-¡Qué señora tan buena; quería hacer economías y regalaba onzas de oro! -dijo doña María Josefa con el acento más socarrón posible.

-Sí, señora, doña Amalia es la señora más buena que yo he conocido, mejorando la presente.

Doña María Josefa no oyó estas palabras; su espíritu estaba en tirada conversación con el diablo.

-Dígame, paisano -dijo de repente-, ¿a qué hora lo despidió doña Amalia?

-De las siete a las ocho de la mañana.

-¿Y ella se levantaba a esas horas siempre?

-No, señora; ella tiene la costumbre de levantarse muy tarde.

-¿Tarde, eh?

-Sí, señora.

-¿Y usted vio alguna novedad en la casa?

-No, señora, ninguna.

-¿Y sintió usted algo en la noche?

-No, señora, nada.

-¿Qué criados quedaron con ella cuando usted y el cocinero salieron?

-Quedó don Pedro.

-¿Quién es ése?

-Es un soldado viejo que sirvió en las guerras pasadas, y que ha visto nacer a la señora.

-¿Quién más?

-Una criada que trajo la señora de Tucumán, una niña, y dos negros viejos que cuidan de la quinta.

-Muy bien: en todo eso me ha dicho usted la verdad; pero, cuidado, mire usted que le voy a preguntar una cosa que importa mucho a la Federación y a Juan Manuel ¿ha oído?

-Yo siempre digo la verdad, señora -contestó el paisano, bajando los ojos, que no pudieron resistir la mirada encapotada y dura con que acompañó doña María Josefa sus últimas palabras.

-Vamos a ver; en los cinco meses que usted estuvo en casa de doña Amalia ¿qué hombres entraban de visita todas las noches?

-Ninguno, señora.

-¿Cómo ninguno?

-Ninguno, señora. En los meses que he estado, no he visto entrar a nadie de visita de noche.

-¿Y estaba usted en la casa a esas horas?

-No salía de casa, porque muchas noches, si había luna, enganchaba los caballos y llevaba a la señora a la Boca, donde se bajaba a pasear a orillas del riachuelo.

-¿A pasear? ¡Qué señora tan paseandera!

-Sí, señora, llevaba la niña doña Luisa y paseaba con ella sola.

-¡La niña doña Luisa! ¿Y la cuida mucho a esa niña doña Luisa?

-Sí, señora, como si fuera de la familia.

-¿Será de la familia, pues?

-No, señora, no es nada de ella.

-No; pues las malas lenguas dicen que es su hija.

-¡Jesús, señora! Si doña Amalia es muy moza, y la niña tiene doce años.

-Muy moza ¿eh? ¿Y cuántos años tiene?

-Ha de tener de veintidós a veinticuatro años.

-¡Pobrecita! Fuera de los que mamó y anduvo a gatas. Bien ¿y con quién decía usted que paseaba?

-Sola con la niña.

-Con ella sola ¿eh? ¿Y a nadie encontraba por allí?

-A nadie, señora.

-Y las noches que no paseaba ¿no recibía visitas?

-No, señora; no iba nadie.

-¿Estaría rezando?

-Yo no sé, señora, pero en casa no entraba nadie -respondió el antiguo cochero de Amalia, que, a pesar de toda la vocación por la santa causa, estaba comprendiendo que se trataba de algo relativo a la honradez o a la seguridad de Amalia, y se estaba disgustando de que le creyeran capaz de querer comprometerla, por cuanto él estaba persuadido de que en el mundo no había una mujer más buena ni generosa que ella.

Doña María Josefa reflexionó un rato.

"Esto echa por tierra todos mil cálculos" -se dijo a sí misma.

-Y dígame usted ¿de día tampoco no entraba nadie? -preguntó.

-Solían ir algunas señoras, una que otra vez.

-No, de hombres le pregunto a usted.

-Solía ir el señor don Daniel, un primo de la señora.

-¿Todos los días?

-No, señora, una o dos veces por semana.

-¿Y después que ha salido usted de la casa ha vuelto a ella a ver a la señora?

-He ido tres o cuatro veces.

-Vamos a ver: cuando usted ha ido ¿a quién ha visto en ella, además de la señora?

-A nadie.

-¿A nadie, eh?

-No, señora.

-¿No había algún enfermo en la casa?

-No, señora, todos estaban buenos.

Doña María Josefa reflexionaba.

-Bueno, paisano; Juan Manuel tenía algunos informes sobre algo de esa casa; pero yo le diré cuanto usted me ha dicho, y si es la verdad, usted le habrá hecho un servicio a la señora, pero si usted me ha ocultado algo, ya sabe lo que es Juan Manuel con los que no sirven a la Federación.

-Yo soy federal, señora; yo siempre digo la verdad.

-Así lo creo: puede retirarse nomás.

Inmediatamente a la salida del ex cochero de Amalia, doña María Josefa llamó a la mulata de la puerta y le dijo:

-¿Está ahí la muchacha que vino ayer de Barracas?

-Está, sí, señora.

-Que entre.

Un minuto después entró a la alcoba una negrita de dieciocho a veinte años, rotosa y sucia.

Doña María Josefa la miró un rato, y le dijo:

-Tú no me has dicho la verdad: en casa de la señora que has denunciado, no vive hombre ninguno, ni ha habido enfermos.

-Sí, señora, yo le juro a Su Merced que he dicho la verdad. Yo sirvo en la pulpería que está en la acera de la casa de esa unitaria; y de los fondos de casa, yo he visto muchas mañanas un mozo que nunca usa divisa y que anda en la quinta de la unitaria cortando flores. Después yo los he visto a él y a ella pasear del brazo en la quinta muchas veces; y a la tarde suelen ir a sentarse bajo de un sauce muy grande que hay en la quinta, y allí les llevan café.

-¿Y de dónde ves eso, tú?

-Los fondos de casa dan a los de la casa de la unitaria, y yo los suelo ir a espiar de atrás del cerco, porque les tengo rabia.

-¿Por qué?

-Porque son unitarios.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque nunca que pasa doña Amalia por la pulpería nunca saluda al patrón, ni a la patrona, ni a mí; porque los criados de ella nunca van a comprar nada a casa, cuando ellos saben que el patrón y todos nosotros somos federales; y porque la he visto muchas veces andar con vestido celeste por la quinta. Y cuando vi estas noches que el ordenanza del señor Mariño, y otros dos más, andaban rondando la casa, y tomando informes en la pulpería, yo vine a contarle a Su Merced lo que sabía, porque soy buena federala. Es unitaria, sí, señora.

-¿Y qué más sabes de ella, para decir que es unitaria?

-¿Qué más sé?

-Sí ¿qué más sabes?

-Mire, Su Merced: una comadre mía supo que doña Amalia buscaba lavandera, fue a verla, pero no la quiso y le dio la ropa a una gringa.

-¿Cómo se llama?

-No sé, señora; pero si Su Merced quiere, yo lo preguntaré.

-Sí, pregúntalo.

-Y también tengo que decir a Su Merced que yo le he oído tocar el piano y cantar a medianoche.

-¿Y qué hay con eso?

-Yo digo que ha de ser la canción de Lavalle.

-¿Y por qué lo crees?

-Yo digo nomás.

-¿Y no puedes pasar de noche a la quinta y acercarte a la casa, para oír lo que canta?

-Veré a ver; sí, señora.

-Mira; si puedes entrarte a la casa, escóndete y no te muevas de allí hasta que venga el día.

-¿Y qué hago, señora?

-¿No dices que allí hay un mozo?

-¡Ah! Sí, señora, ya entiendo.

-¡Pues!

-Yo creo que se ha de entrar desde temprano.

-No; si entra a las piezas de ella, ha de ser tarde, y ha de salir antes que venga el día.

-Yo los he de espiar, sí, señora.

-¡Cuidado con no hacerlo!

-Sí, lo he de hacer.

-¿Y qué más has visto en esa casa?

-Ya le dije ayer a Su Merced todo lo que había visto. Va casi siempre un mozo que dicen que es primo de la unitaria; y estos meses pasados iba casi todos los días el médico Alcorta, y por eso le dije a Su Merced que allí habla algún enfermo.

-¿Y recuerdas algo más que me hayas dicho ayer?

-Ah, sí, señora: le dije a Su Merced que el enfermo debía ser el mozo que anda cortando flores, porque al principio yo lo veía cojear mucho.

-¿Y cuándo es el principio? ¿Qué meses hará de esto?

-Hará cerca de dos meses, señora; después ya no cojea, y ya no va el médico; ahora pasea horas enteras con doña Amalia, sin cojear.

-¿Sin cojear, eh? -dijo la vieja con la expresión más cínica en su fisonomía.

-Sí, señora; está bueno ya.

-Bien: es necesario que espíes bien cuanto pasa en esa casa, y que me lo digas a mí, porque con eso haces un gran servicio a la causa, que es la causa de ustedes los pobres, porque en la Federación no hay negros ni blancos, todos somos iguales ¿lo entiendes?

-Sí, señora; y por eso yo soy federal y cuanto sepa se lo he de venir a contar a Su Merced.

-Bueno, retírate nomás.

Y la negra salió muy contenta de haber prestado un servicio a la santa causa de negros y blancos, y por haber hablado con la hermana política de Su Excelencia el padre de la Federación.

Sucesivamente entraron a la presencia de doña María Josefa varias criadas de toda edad y de todo linaje de malignidad, a deponer oficiosamente cuanto sabían, o se imaginaban saber de la conducta de sus amos, o de los vecinos a sus casas, dejando en la memoria de aquella hiena federal una nomenclatura de individuos y familias distinguidas, que debían ocupar más tarde un lugar en el martirologio de ese pueblo infeliz, entregado por el más inmoral de los gobiernos al espionaje recíproco, a la delación y la calumnia, armas privilegiadas de Rosas para establecer el aislamiento y el terror en todos.

En seguida de las delatoras, entró en esa oficina del crimen una pequeñísima parte de los que habían llegado ese día con ruegos y solicitudes al gobierno; a cuyo invisible despacho querían que llegasen por conducto de la hermana política del gobernador, que a todos ofrecía su interposición, no obstante que jamás solicitud alguna pasaba de sus manos a las de Rosas; por cuanto ella sabía que su digno cuñado sólo le prestaba su atención para escuchar los informes que le interesaban saber sobre el estado del pueblo, de las familias y de los individuos; no siendo esto, sin embargo, un obstáculo para que doña María Josefa tomase los regalos de cuanto pobre y rico se le acercaba en busca de su protección, diciendo a todos que don Juan Manuel iba a despachar de un momento a otro la solicitud muy favorablemente, por los empeños de ella.

La pluma del romancista no puede entrar en las profundidades filosóficas del historiador; pero hay ciertos rasgos, leves y fugitivos, con que puede delinear, sin embargo, la fisonomía de toda una época, y este pequeño bosquejo de la inmoralidad en que ya se basaba el gobierno de Rosas en el año 1840, fácilmente podrá explicar, lo creemos, los fenómenos sociales y políticos que aparecieron en pos de esa fecha en lo más dramático y lúgubre de la dictadura.

Los abogados del dictador han presentado siempre al extranjero la parte ostensible de su gobierno, y han dicho: si el general Rosas fuese un tirano; si su gobierno fuese tal como lo pintan sus enemigos, no hubiese sido soportado por el pueblo después de tantos años.

Pero ¿cómo ha existido? ¿Cómo se ha sostenido contra el torrente de la voluntad de todos? He ahí la cuestión; he ahí el estudio filosófico de ese gobierno.

Una labor inaudita, empleada con perseverancia en el espacio de muchos años para relajar todos los vínculos sociales, poniendo en anarquía las clases, las familias y los individuos, estableciendo y premiando la delación como virtud cívica en la clase ignorante e inclinada al mal de sus semejantes; escudándose siempre con esa palabra Federación, encubridora de todos los delitos, de todos los vicios, de todas las subversiones morales, es el sistema de Rosas; tales han sido los primeros medios empleados por él para debilitar la fuerza sintética del pueblo, cortando en él todos los lazos de comunidad, y dejando una sociedad de individuos aislados para ejercer sobre ellos su bárbaro poder.

La fortuna quiso también que ese hombre funesto encontrase en su propia familia caracteres a propósito para ayudarlo en su diabólico plan. Y entre ellos, el de doña María Josefa Ezcurra era un veneno inagotable de recursos para la facilitación de sus fines.

La historia, más que nosotros, sabrá pintar a esa mujer y a otras personas de la familia del tirano con las tintas convenientes para hacer resaltar toda la deformidad de su corazón, de sus habitudes y de sus obras.

Librodot

VII. La pareja

Ya doña María Josefa Ezcurra se disponía para hacer a su Juan Manuel la segunda visita de las tres que le hacía diariamente, y de las cuales mucho era que consiguiese hablarle una sola, contentándose con haber estado en las piezas interiores de la casa y poder salir de ellas aparentando que dejaba el gabinete de Su Excelencia, a los ojos de los servidores de segundo orden que cuajaban el zaguán del patio, haciéndose ante ellos, por esa ficción grosera, la agente intermediaria y necesaria a los infelices que tenían algo que suplicar, o a los pícaros que tenían algo que contar; recibiendo oblaciones de los primeros, y atando a los segundos al yugo de su servicio personal por esa esclavitud que la prostitución se labra a sí misma desde el momento en que se descubre a los ojos de un superior; ya llegaba el momento, decíamos, de salir de su casa cuando entró muy familiarmente en ella el comandante Mariño, redactor de la Gaceta Mercantil, vasto albañal por donde pasaban todas las inmundicias de la dictadura y de su partido; pasquín diario donde se difamaba individualmente, hasta en lo más recóndito de la vida privada, a cuanto hombre se había pronunciado contra la tiranía de Rosas; inventando las más torpes calumnias hasta sobre los hombres jóvenes que no tenían un sólo antecedente público en su vida.

La dueña de la casa no se hizo esperar mucho tiempo de su digna visita, y salió a la sala a recibirla diciéndole:

-Sólo a usted lo recibo, porque ya me iba a lo de Juan Manuel y empiezo por decirle que estoy muy enojada.

-Yo también -le contestó Mariño, sentándose en el sofá de la sala, al lado de ella.

-Sí, pero usted no ha de tener los motivos que yo.

-También lo creo; empiece usted por los suyos, que yo después explicaré los míos -le contestó el redactor, hombre a quien la Naturaleza había tenido el capricho de envolverle el alma entre un velo negrísimo, tejido con las peores fibras de que brotan las malas pasiones en las degeneraciones de la raza humana, al mismo tiempo que salpicándole la inteligencia con algunas brillantes chispas de imaginación y de talento.

-¿Que empiece los míos?

-Eso he dicho.

-Pues bien: tengo motivos de queja contra usted, porque nos está sirviendo a medias solamente.

-¡Nos está sirviendo! ¿A quiénes, señora doña María Josefa?

-¡A quiénes! A Juan Manuel, a la causa, a mí, a todos.

-¡Ah!

-¡Pues! Y a Juan Manuel, no le puede gustar esto.

-Respecto a eso yo me entiendo con el señor gobernador -contestó Mariño, mirando a la vieja, aun cuando nadie lo hubiera creído, por cuanto sus ojos miraban siempre al sesgo.

-Sí ¡como ahora lo ve usted todas las noches!

-Mientras usted lo ve tres o cuatro veces al día, señora -contestó Mariño, queriendo lisonjear a doña María Josefa, pues, aun cuando Mariño no la quería, por la razón de que a nadie quería en el mundo, sabía cuánto importaba estar a bien con ella siempre, y especialmente en esos momentos en que interés individual le aconsejaba buscar su auxilio.

-¿Cuatro? No; tres veces nomás lo suelo ver.

-Es mucha suerte. Pero vamos a esto; ¿en qué sirvo yo a medias?

-En que está usted predicando en la Gaceta el degüello de los unitarios y se olvida de las unitarias, que son peores.

-Pero es preciso empezar por los hombres.

-Es preciso empezar y acabar por todos, hombres y mujeres; y yo empezaría por las mujeres, porque son las peores, y después hasta por sus inmundas crías, como ha dicho muy bien el juez de paz de Monserrat, don Manuel Casal Gaete, que es un modelo de federal.

-Bien, hemos de tratar a su tiempo de las unitarias, pero por ahora es preciso que yo le diga a usted que también hay damas federales que no son buenas amigas.

-No, pues por lo que hace a mí...

-Precisamente es a usted a quien me refiero.

-¡Vaya! Esa es broma.

-No, señora, es serio: yo le confié a usted un secreto hace quince días, ¿recuerda usted?

-¿Lo de Barracas?

-Sí, lo de Barracas; y en alma y cuerpo se lo ha "embutido" usted a mi mujer.

-¡Qué! Si fue una broma que yo tuve con ella.

-Pero una broma que me cuesta caro, pues mi mujer me saca los ojos.

-¡Bah!

-No, no ¡bah! La cosa es seria.

-¡Qué!

-Muy seria.

-No diga eso.

-Sí; lo repito, muy seria, porque no tenía usted para qué dar este disgusto a mi señora, ni a mí.

-¡Qué! Mire usted... ¡qué ocurrencia, Mariño!... Como ella lo había de saber por otro conducto, yo le dije que a usted le parecía muy buena moza la viuda de Barracas, pero nada más; ¡qué ocurrencia!... ¿Cómo cree usted que había de querer yo indisponerlos?

-Bien, ya el mal está hecho y olvidémoslo -dijo Mariño revolviendo los ojos, proponiéndose sacar partido de la traición de esa mujer, para quien no había tales hombres ni mujeres unitarias en el mundo, sino hombres y mujeres a quienes quería hacer mal.

-Bueno, suponga usted que esté hecho el mal, Mariño, pero también es preciso que usted sepa que ya está hecho el bien.

-¿Cómo?

-¡Toma! ¿Qué me dijo usted?

-Dije a usted que me interesaba saber algo sobre tal señora que vivía en Barracas: qué especie de vida era la suya, quién la visitaba, y sobre todo, quién era un hombre que vivía con ella y que parecía estar oculto, porque no salía a la calle, ni se asomaba siquiera a las ventanas; y dije a usted, también, que yo no tenía en todo esto sino un interés político; es decir, un interés de nuestra causa.

-¡Pues, un interés político!

-Cierto.

-Ya.

-¿Porqué lo duda usted?

-¿Yo?

-Sí; usted, se sonríe maliciosamente.

-¡Qué! Si yo soy así.

-Sí, señora; es usted así.

-Mire; yo soy como soy.

-La conozco.

-Y yo también lo conozco.

-¿Es decir que nos conocemos?

-Pues, prosiga, Mariño.

-Eso fue lo único que dije a usted, creyendo que no me rehusaría usted este servicio; usted, que todo lo sabe y que todo lo puede.

-Pues bien, ahora va usted a oír todo lo que yo he hecho y conocerá usted si soy su amiga. Hace mucho tiempo que sé que esa mujer de Barracas vive muy retirada y, por consiguiente, debe ser unitaria.

-¡Oh, quién sabe!

-No, unitaria, fijo.

-Bien, prosiga usted.

-Me dijo usted que creía que había un hombre oculto.

-Lo sospeché solamente.

-No, claro, oculto; yo sé lo que me digo.

-Adelante.

-Mandé una de las personas de mi servicio a indagar por el barrio con ciertas instrucciones mías. En la acera de la casa hay una pulpería, en la pulpería una negrilla criolla; mi emisario habló con ella; le dijo que la casa de la viuda era sospechosa; que se fijase que de noche andaba gente vigilando la casa.

-¿Y cómo lo sabía su emisario de usted?

-Porque yo se lo dije.

-Pero usted, ¿cómo lo sabía?

-¡Bah! Porque yo lo conozco a usted, y desde que vi que usted tenía interés "político" en ese asunto -dijo doña María Josefa, marcando irónicamente las últimas palabras-, me presumí que no se había de estar usted durmiendo en las pajas.

-Prosiga usted -dijo Mariño, admirando en su interior la astucia de aquella mujer.

-Mi emisario dijo a la negrilla, pues, que la casa era sospechosa, que la vigilaban, y que si ella sabía alguna cosa, se congraciaría mucho conmigo viniendo a avisármela; pudiendo decir después que era más federal que muchas blancas que tratan de humillar a la pobre gente de color, sin prestar ningún servicio a la Federación. La negrilla no se hizo de esperar: se vino a verme y, como si la cosa naciera de ella misma, me refirió cuanto sabía.

-¿Y qué es lo que sabe?

-Que allí hay un hombre joven y muy buen mozo -contestó Doña María Josefa, poniendo de su parte aquellas calidades para no perder la ocasión de mortificar al prójimo.

-¿Y bien?

-Que es muy buen mozo; que se pasea por la quinta abrazado con la viuda.

-¿Abrazado o del brazo?

-Abrazado o del brazo, no me acuerdo cómo dijo la negrilla. Que toman café juntos bajo de un sauce, que él mismo le tiene la taza para que ella lo tome; y que allí se están hasta que viene la noche, y...

-¿Y qué? -dijo Mariño, ardiéndole la sangre e inyectados de ella sus oblicuos ojos.

-Y que...

-Prosiga usted, señora.

-Pues viene la noche y...

-¿Y?

-Y que después ya no los ve más -dijo doña María Josefa, con una expresión de un contentamiento indefinible.

-Bien -dijo Mariño-, pero hasta ahora no sacamos en limpio sino que en esa casa hay un hombre, y es lo mismo que yo dije a usted hace quince días.

-Eso de que nada sacamos en limpio, no es del todo cierto. Hace quince días que usted deseaba saber algo de esa casa y quién era ese hombre; usted sólo era el interesado, pero desde ayer el asunto es de los dos, la mitad mío y la mitad de usted.

-Desde ayer, ¿y por qué?

-Porque desde ayer he tomado varios informes, y se me ha fijado una idea en la cabeza; no sé por qué me parece que voy a dar con cierto pájaro; en fin, éste es un asunto mío, y por mí, por mí sola, lo he de saber y pronto.

-Pero más que saber quién es ese hombre, me interesa saber qué especie de relación tiene con la viuda, y éste es el servicio que yo espero de usted; porque es preciso que usted sepa que esa casa es un convento; no se ven jamás ni las puertas ni las ventanas abiertas y, para mayor misterio, los criados parecen mudos. En tres semanas no han entrado a ella más personas que la joven de Dupasquier, tres veces; Bello, el primo de la viuda, casi todas las tardes, y Agustina cuatro veces.

-¿Y por qué no se ha hecho usted amigo de Bello?

-Es un muchacho buen federal, pero muy orgulloso; no me gusta.

-¿Y por qué no ha visto usted a Agustina para que lo lleve?

-No quiero dar tanta publicidad a este asunto. Es una ganancia política que yo quiero hacer con usted sola.

-¿Política, eh? ¡Ah, tunante! Pero hace bien; tiene buen gusto; dicen que la viudita es preciosa.

-Ah, señora, no hablemos de eso.

-¿Y qué más quiere la zonza?

-¡Oh!

-¡Bah! Es usted un pobre hombre lleno de melindres. Vamos a ver: ¿se contenta usted con que ella venga a pedirme algún servicio dentro de pocos días, y con que yo se la recomiende a usted y se la envíe a la imprenta o a alguna casita por ahí?

-¿Me habla usted de veras? -preguntó Mariño acercándose más a la vieja, relampagueándole los ojos.

-¡Ah, picarón, cómo se alegra! Así ha de ser, y nada será más fácil si yo no me he equivocado en cierta sospechita que tengo. Déjeme usted hacer solamente y, dentro de tres o cuatro días, asunto concluido, o salimos bien o salimos mal.

-Mi amiga -dijo Mariño con un tono lleno de amabilidad-, yo sólo quería de usted el que, con su poderosa influencia, con su talento que no tiene rival, se hiciera usted necesaria a esa señora, y usted parece que ha adivinado mis deseos. Hoy por mí, y mañana por ti, como dice el refrán.

-No, pues mire usted, Mariño: en este asunto me parece que voy a hacer menos por usted que por mí; si me sale cierto lo que sospecho, creo que le voy a dar un golpe de muerte a Victorica en la opinión de Juan Manuel.

-¿Luego aquí hay algo serio? -dijo Mariño un poco intrigado.

-Puede ser, pero no tema usted nada por la viudita, la hemos de sacar en palmas; entretanto, ¿con qué va usted a pagarme mi servicio?

-¿Quiere usted que le mande desde mañana cien ejemplares de la Gaceta, para distribuirlos entre nuestros buenos servidores?

-Ya lo entiendo, picaruelo, me ha comprendido usted, y les va a dar duro a ellos y a ellas,¿eh?

-Creo que quedará usted contenta.

-Y si no, no me contente.

-Otra cosa, hágame usted el favor, señora, de no hablarle una palabra de estos asuntos a mi mujer.

-¡No sea criatura! Si son bromas mías -y soltó una de aquellas estrepitosas carcajadas que el diablo la inspiraba, haciéndola gozar del mal que hacía.

-Bien, bromas o no bromas, es mejor que no se repitan: yo se lo suplico a usted -dijo Mariño, quien, a pesar del favor en que estaba con el dictador, creía muy conveniente el suplicar a aquella mujer, cuyas armas eran generalmente irresistibles.

-Bueno: vaya nomás, no tenga cuidado, si yo doy con cierta cosa, usted ha de dar con la viuda; pero con una condición.

-Póngala usted.

-¿Palabra de honor?

-Palabra de honor.

-Pues bien; si yo doy con cierta cosa con que no ha podido dar Victorica, yo se la mando a usted a su cuartel de serenos, y usted la recibe, ¿entiende usted?

-¿A quién? ¿A la viudita?

-¡No, qué a la viuda!

-Pues ¿a quién mandará usted a mi cuartel?

-A la cosa que ando buscando, y que espero hallar.

-!Ah!

-¿Entiende usted ahora?

-Entiendo -contestó Mariño con una sonrisa indefinible, comprendiendo que se trataba de alguna víctima, pues que el hombre que entraba a su cuartel de serenos, no salía de allí sino para la eternidad.

-¿No digo? Si hemos de ser muy amigos, Mariño.

-Hace tiempo que lo somos -contestó éste levantándose.

-Sí, y de todo corazón. ¿Conque se va?

-Y volveré, ¿cuándo?

-Dentro de cuatro o cinco días.

-Hasta entonces, pues.

-Adiós, Mariño, hasta entonces; memorias a su mujer, y no haga caso de las zonceras que le diga.

-Adiós, señora -le dijo el redactor casi admirado de no ver salir de aquellos labios sino palabras empapadas en algún veneno diferente.

Librodot

VIII. Preámbulo de un drama

Después de la noche del 24 de mayo en que cerramos la segunda parte de los acontecimientos de esta historia, los asuntos individuales y los sucesos políticos de sus personajes y de su época hasta los últimos días de julio habían sufrido cambios progresivos.

Con el tiempo, este agente poderoso del trastorno de cuanto hay creado, la poética quinta de Barracas había ido, poco a poco, arrojando de su recinto de flores las incertidumbres y las supersticiones, y convirtiéndose en un edén cuyas puertas, cerradas algún tiempo, se abrieron lentamente, pero al fin se abrieron, a los dos ángeles sin alas arrodillados ante ellas.

Solos, entre el misterio y el peligro, entre la naturaleza y la soledad, almas formadas para lo más sublime y tierno de la poesía y del amor; noble, valiente y generosa la una; tierna, poética y armoniosa la otra, Eduardo y Amalia habían atado para siempre su destino en el mundo con las fibras más íntimas y sensibles de su corazón; y si la felicidad en la tierra no es un sueño con el cielo, que domina la imaginación en el tránsito fugitivo de la cuna a la tumba, la felicidad, con todo el esmalte caprichoso con que la engalana la fantasía, había aletargado el espíritu de los dos jóvenes, y hécholes oír, ver, tocar, en los raptos de poesía y entusiasmo, todo cuanto la mente concibe que puede encontrarse en la existencia soñada de la felicidad eterna, porque en medio de la ventura, Eduardo había respetado a Amalia y Amalia no veía una sombra en el cristal purísimo de su conciencia.

Sin embargo, estaba convenido entre ambos, que Eduardo volvería a la ciudad, debiendo dentro de pocos meses reunirse para siempre. Pero él no estaba perfectamente bueno de su herida en el muslo. Podía caminar sin dificultad, pero conservaba aún gran sensibilidad en la herida, y esto y los ruegos de Daniel habían demorado un poco más el día de la separación, si cabía separación en quienes debían volverse a ver a cada instante.

Madama Dupasquier y su hija sentían por Amalia el cariño que ella inspiraba a cuantos tenían la felicidad de acercársele y comprenderla; pero el riguroso invierno de 1840, que había puesto intransitables los caminos, impedía que madama Dupasquier fuese a Barracas tan a menudo como lo deseaba.

Por su parte, Daniel, el hombre para quien no había obstáculos en la naturaleza, ni en los hombres, veía a su prima y a su amigo casi todos los días; y era en Barracas y en lo de su Florencia donde su corazón y su carácter podían explayarse tales como la Naturaleza los hizo; allí era tierno, alegre, espirituoso, burlón y mordaz a veces; fuera de allí Daniel era el hombre que conocemos en política.

Por último, la señora doña Agustina Rosas de Mansilla había repetido su visita a Barracas cuatro veces, teniendo la indulgencia de aceptar las disculpas de Amalia por no haberle pagado ninguna de sus visitas todavía. Amalia no buscaba esta relación, le disgustaba al principio, pero últimamente había conocido que Agustina era una mujer inofensiva, cuya amistad en nada la comprometía, en tanto que Agustina la divertía, al mismo tiempo que le daba ocasión para admirar una obra casi perfecta de la Naturaleza, porque el sentimiento de lo bello era el más desenvuelto en el espíritu de Amalia.

Para el carácter circunspecto de Amalia era una diversión ver a Agustina revolviéndole las cómodas, sacando y mirando cosa por cosa de cuantas allí había, y exigiéndole la historia de cada una, desde su fábrica hasta su precio; poniéndose en seguida cuanta capa, cuanto chal, cuanto encaje, cuanto chiche y cuanta alhaja guardaba en sus gavetas la bella tucumana, y pasando luego a mirarse y contonearse en los grandes espejos del tocador; siendo para Amalia una verdadera curiosidad el ver aquella mujer tan linda de fisonomía y de formas, entregada, como una niña de ocho años, a los placeres más pueriles y ajenos de su edad, pues que Agustina era tres o cuatro años mayor que Amalia. Sin embargo, esto la divertía, y sin la mínima violencia le regalaba lo que más veía que había llamado su atención. En cambio de todo esto Agustina había enviado a Amalia un enorme gallo de porcelana. Pero a los tres días de habérselo regalado, le escribió pidiéndoselo bajo pretexto de que no se hallaba sin él.

Librodot

En cuanto a los acontecimientos políticos, hasta el 16 de julio en que tuvo lugar la batalla de Sauce Grande, no se había alterado la situación pública: situación de expectativa para Rosas, de inacción en Entre Ríos, de preparativos lentos en las provincias de Cuyo, de irresolución en los agentes franceses, de intrigas locales en la República Oriental.

Daniel, entretanto, había tenido un tristísimo desengaño: el 15 de junio, en que debió tener lugar la segunda reunión de jóvenes en la casa de doña Marcelina, se encontró con que el número de los asistentes no pasaba de siete. La mayor parte de los que concurrieron a la primera reunión, ya no estaba en Buenos Aires, sino en Montevideo, o en el ejército L¿libertador.

Daniel sufría mucho por el modo con que sus amigos entendían sus deberes patrios; lo dejaban solo; pero en su aislamiento esa alma de privilegiado temple, lejos de desmayar, parecía cobrar nuevas fuerzas con los reveses, y trabajaba con una febril actividad por precipitar el desborde sangriento de los odios de la Mazorca, contenidos por el dique de una primera señal que le faltaba. Y he ahí lo que buscaba Daniel: que rompiera la Mazorca por en medio de la voluntad de Rosas, a ver si de esa prematura erupción, resultaba una reacción del pueblo al sentir el puñal de algunas docenas de bandidos sobre la garganta de tantos inocentes. Pero Daniel no podía con esos lebreles, atados con cadena de fierro a la voluntad de su amo, y sólo conseguía ganar en la opinión de ellos el título del más entusiasta y decidido federal.

Fue en este estado de cosas, y al siguiente día de recibirse la noticia de la batalla, que Daniel se embarcó para Montevideo, donde tuvieron lugar las entrevistas que se conocen ya. Y es, pocos días después de su regreso a Buenos Aires, que vamos a encontrarnos con él en la encantada quinta de Barracas, cuyos dos habitantes ignoraban aquella partida, aun cuando Daniel se había despedido de ellos por tres días, llegándola a saber solamente cuando los estrechó en sus brazos, libre ya de los peligros que había corrido, y de cuya penosa incertidumbre quiso libertar a sus amigos ocultándoles su arriesgadísimo viaje. El secreto había sido revelado a su Florencia solamente, de quien los ruegos, como los de un ángel, habían subido hasta Dios, y acompañado al bien amado de su alma en los momentos en que arriesgaba la vida por su patria.

Eran las cinco de una tarde fría y nebulosa, y al lado de la chimenea, sentado en un pequeño taburete a los pies de Amalia, Eduardo le traducía uno de los más bellos pasajes del Manfredo, de Byron; y Amalia, reclinado su brazo sobre el hombro de Eduardo y rozando con sus rizos de seda su alta y pálida frente, lo oía, enajenada, más por la voz que llegaba hasta su corazón que por los bellos raptos de la imaginación del poeta; y de cuando en cuando Eduardo levantaba su cabeza para buscar en los ojos de su Amalia un raudal mayor de poesía que el que brotaban los pensamientos del águila de los poetas del siglo XIX.

Ella y él representaban allí el cuadro vivo y tocante de la felicidad más completa: felicidad de ellos, que se escondía en los misterios de su corazón, que a nadie costaba una lágrima en el mundo, y que no dejaba en sus almas el torcedor secreto de los remordimientos, que tan frecuentemente trae consigo esa dicha vulgarizada o comprada a costa de alguna mala acción entre los hombres.

El mundo se encerraba, para ellos, en ellos solos y al contemplarlos, se hubiera podido decir que la desgracia tendría compasión de echar una gota de acíbar en la copa purísima de la felicidad que gozaban aquellos dos seres que a nadie habían hecho mal en la vida, y que respondían, amándose, a las leyes de una providencia superior a ellos mismos.

De repente, un coche paró a la puerta, y un minuto después madama Dupasquier, su hija y Daniel entraron a la sala.

Amalia y Eduardo habían conocido el coche a través de las celosías de las ventanas, y como para los que llegaban no había misterios, Eduardo permaneció al lado de Amalia, lo que sólo una vez había hecho en las visitas de Agustina.

Librodot

Daniel entró, como entraba siempre, vivo, alegre, cariñoso, porque al lado de su Florencia o de su prima su corazón sacudía sus penas y sus ambiciones de otro género, y daba expandimiento a sus afectos y a su carácter, en lo que él llamaba su vida de familia.

-Café, mi prima, café, porque nos morimos de frío; nos hemos levantado de la mesa para venirlo a tomar contigo; pero ha sido inspiración mía, no tienes que agradecer la visita ni a la madre ni a la hija, sino a mí -dijo.

-Pides tan poco por el servicio, que bien merecerías no ser pago por no saber conocer la importancia de lo que haces -le contestó Amalia, después de haber cambiado besos bien sinceros con sus amigas.

-No le crea usted, Amalia, yo he sido quien he dispuesto este paseo, el perezoso se habría dejado estar hasta mañana al lado de la chimenea -dijo madama Dupasquier, señora de cuarenta a cuarenta y dos años, de una fisonomía y de un aire de los más distinguidos; pero en cuyo semblante había algo de enfermizo y melancólico, que en la época del terror se descubría muy generalmente en las señoras de distinción que, soterradas en sus casas, y temblando siempre por la suerte de los suyos o de sus amigos, su salud se alteraba por la excitación moral en que vivían.

-Está bien, yo diré menos verdad que madama Dupasquier, pero no hay lógica humana que de ahí deduzca que yo no deba tomar café los viernes.

-Amalia, yo me empeño en que se lo haga usted servir -dijo la madre de Florencia-; de lo contrario, no nos va a hablar sino de café toda la tarde.

-Sí, Amalia, déle café, déle cuanto pida a ver si deja de hablar un poco, porque hoy está insufrible -dijo Florencia, a quien Eduardo estaba mostrando los grabados que ilustran las obras completas de lord Byron.

Amalia, entretanto, había tirado el cordón de la campanilla y ordenado al criado de Eduardo que sirviera café.

-¿Qué obra es ésa, Eduardo? -preguntó Daniel.

-La de uno que en ciertas cosas tenía tanto juicio como tú.

-¡Ah! ¡Es Voltaire, porque este buen señor decía que una taza de café valía más que un vaso de agua del Hipocrene!

-No, no es Voltaire -dijo Amalia-, adivina.

-¡Ah! Entonces es Rousseau, porque el buen ginebrino tenía el exquisito gusto de pararse a respirar el olor del café tostado, donde quiera que lo percibía.

-Ya usted ve, está empeñado en buscar similitudes con los grandes hombres por medio del café -dijo madama Dupasquier.

-Pero no adivina -observó Amalia.

-No me doy por vencido.

-¿A ver, pues?

-Napoleón, de quien la enfermedad de familia se le agravó a causa de los toneles de café que había tomado en su vida.

-Nada, nada; no adivinas.

-¡Vaya! No adivinaré quién es el autor de ese libro, pero, ¿a que adivino quién no es el autor?

-¿A ver? -dijo Florencia desde la ventana a cuya luz estaba viendo los grabados.

-Don Pedro de Angelis, porque este autor no puede parecerse a mí desde que no toma café; toma agua de pozo, la más indigesta de todas las aguas de este mundo, razón por la cual no ha podido digerir todavía el primer volumen de sus documentos históricos; ¿acerté?

-Es Byron, loco, es Byron -le dijo Eduardo, enseñando a Florencia el retrato de la hija del poeta.

-¡Ah, Byron! Ese no tomaba café por la razón que era la bebida favorita de Napoleón; porque has de saber, mi Amalia, que Byron no aborrecía a Napoleón, pero tenía celos de su gloria, por cuanto sabía el taimado inglés que con él y con Napoleón debían morir las dos

Librodot

grandes glorias de su siglo, y con toda su alma hubiese querido que no muriese más gloria que la suya. ¿Me parece que he hablado con juicio?

-Por la primera vez esta tarde -contestó Florencia.

-Cosa que no le sucedía con frecuencia al tal poeta; pues si en vez de querer tanto a su mujer, hubiese tenido el juicio de quererla más cuando ello lo tuvo por loco, no hubiese pasado después la miserable vida que llevó en este mundo.

-No he entendido -dijo Florencia.

-Ni nadie -agregó Amalia.

-Quise decir -dijo Daniel, hamacándose en el sillón en que estaba-, que si a mí me tuviese mi mujer por loco, por sólo la ocurrencia de echar un reloj al fuego en un rato de delirio poético, y se me escapase, como hizo la mujer de Byron, en vez de escribirle cartas como él hizo, haría...

-¿Qué? -preguntó Florencia con viveza.

-Haría lo que cualquier buen hijo de España, que son los que mejor entienden las materias de hecho; pero antes, a ver ¿qué harías tú, Eduardo?

-¿Yo?

-Sí, tú. ¿Si tu mujer se te escapase, y tú la quisieras?

-¿Qué había de hacer? Lo que hizo Byron, escribirle, querer traerla al buen sendero de que se había extraviado en un momento de ilusión.

-¡Bah! Eso no vale nada.

-¿Y qué harías tú?

-¿Yo? Montar en un coche, y si no había coche, a caballo, y si no había caballo, sobre mis propias botas; irme muy tranquilo a la casa donde estaba mi fugitiva, tomarla del brazo muy cariñosamente y decir a los que allí estuvieran: paso, señores, que ésta es mi mujer y me la llevo a mi casa.

-¿Y si no quería ir, caballero? -dijo Florencia.

-Entonces..., claro está, entonces me quedaría donde ella estuviese. Toda la dificultad estaría en que me echasen los dueños de casa, pero entonces me salía con mi mujer, y asunto concluido. Pero... el café, mis queridas señoras -dijo Daniel, levantándose y señalando con su mano el gabinete contiguo a la sala donde acababan de servirlo y donde entraron todos.

El criado, al servir el café, había colocado una hermosa lámpara solar en la mesa redonda del gabinete, y cerrado los postigos de la ventana que daba a la calle Larga, pues que ya comenzaba a anochecer.

Sentados alrededor de la mesa, todos se entretenían en ver a Daniel saborear el café como un perfecto conocedor.

-¡Es una lástima -dijo madama Dupasquier- que nuestro Daniel no haya hecho un viaje a Constantinopla!

-Es cierto, señora -contestó el joven-; allí se toma el café por docenas de tazas; pero hace poco tiempo que he jurado no hacer más viajes en mi vida.

-Y especialmente, si para ir a Constantinopla fuera necesario hacer el viaje en una ballenera -dijo Amalia.

-Y pasar media noche con el agua hasta el cuello para volver a su casa -agregó Florencia, mirando con ojos de reconvención a Daniel.

-Y exponerse a ser recibido por algún oficioso guardacosta que lo tome por contrabandista -observó Eduardo.

-¡Hola! ¿También tú, mi querido? ¡Por supuesto, tú el más circunspecto de los hombres para hacer viajes, que eres capaz de embarcarte sin que te cueste un alfilerazo!

-En todo caso contaría contigo -respondió Amalia a su primo, mirando tiernamente a Eduardo.

-Por aviso de la Providencia, se entiende, que en cuanto a los que había de recibir de él, tengo mis antecedentes a este respecto.

-Sí, tiene razón Daniel -dijo madama Dupasquier.

-Pero, Daniel, siempre ha sido para nosotros un misterio cómo apareciste cerca de tu amigo en aquella terrible noche -dijo Amalia.

-¡Vaya! Hoy estoy de buen humor, y te lo diré, hija mía. Es muy sencillo.

Todos se pusieron a escuchar a Daniel, que prosiguió:

-El 4 de mayo, a las cinco de la tarde, recibí una carta de este caballero en que me anunciaba que esa noche dejaría Buenos Aires. "Entró en la moda", dije para mí; pero, como yo tengo algo de adivino empecé a temer alguna desgracia. Fui a su casa; nada, cerrada la puerta. Fui a diez o doce casas de amigos nuestros; nada tampoco. A las nueve y media de la noche ya no podía estar en casa de esta señora, primera vez de mi vida en que he pecado contra el buen gusto. Me salí, pues, exponiéndome... exponiéndome, etc., esta señorita concluirá mi frase. Salí, pues, y fui a dar por las barrancas de la Residencia en donde vive cierto escocés amigo mío, que parece ha hecho sociedad con Rosas en cuanto a querer dejarnos sin hombres en Buenos Aires: él llevando unos a Montevideo, y Rosas mandando otros a otra parte. Pero mi escocés dormía como si estuviese en sus montañas, esperando a que viniese a describirle Walter Scott. Esa noche era de asueto para él. ¿Qué hacer entonces? Acudí a la lógica: nadie se embarca sino por el río; es así que Eduardo va a embarcarse, luego por la costa del río puedo encontrarlo; y después de este silogismo que envidiaría el señor Garrigós, que es el más lógico de nuestros representantes, bajé la barranca y me eché a andar por la costa del río.

-¡Y solo! -exclamó Florencia, empezando a palidecer.

-¡Vaya! Si no, me callo.

-No, no, siga usted -dijo la joven, esforzándose por sonreírse.

-Bien, pues; empecé a andar hacia el Retiro, y al cabo de algunas cuadras, cuando ya me desesperaba la soledad y el silencio, percibí primero un ruido de armas, me fui en esa dirección, y a pocos instantes conocí la voz del que buscaba. Después..., después ya se acabó el cuento -dijo Daniel, viendo que Amalia y Florencia estaban excesivamente pálidas.

Eduardo se disponía a dar un nuevo giro a la conversación cuando al ruido que se sintió en la puerta de la sala, dieron vuelta todos. y la través del tabique de cristales que separaba el gabinete vieron entrar a las señoras doña Agustina Rosas de Mansilla y doña María Josefa Ezcurra, cuyo coche no se había sentido rodar en el arenoso camino, distraídos como estaban todos con la narración de Daniel.

Eduardo, pues, no tuvo tiempo de retirarse a las piezas interiores, como era su costumbre cuando llegaba alguien que no era de las personas presentes.

Librodot

IX. El primer acto de un drama

De todos cuantos allí había, Amalia era la única que no conocía a doña María Josefa Ezcurra; pero cuando al pasar al salón vio de cerca aquella fisonomía estrecha, enjuta y repulsiva; aquella frente angosta sobre cuyo cabello alborotado estaba un inmenso moño punzó, armonizándose diabólicamente con el color de casi todo el traje de aquella mujer, no pudo menos de sentir una impresión vaga de disgusto, un no sé qué de desconfianza y temor que la hizo dar apenas la punta de sus dedos cuando la vieja le extendió la mano. Pero cuando Agustina la dijo: "Tengo el gusto de presentar a usted a la señora doña María Josefa Ezcurra", un estremecimiento nervioso pasó como un golpe eléctrico por la organización de Amalia, y sin saber por qué, sus ojos buscaron los de Eduardo.

-¿No me esperaría usted con esta tarde tan mala? -prosiguió Agustina, dirigiéndose a Amalia, mientras todos se sentaban en alrededor de la chimenea.

Pero, fuese casual o intencionalmente, doña María Josefa quedó sentada al lado de Eduardo, dándole la derecha. Amalia se guardó bien de presentar a Eduardo.

Todos los demás se conocían desde mucho tiempo.

-En efecto, es una agradable sorpresa -contestó Amalia a la señora de Mansilla.

-Misia María Josefa se empeñó en que saliéramos; y como ella sabe cuán feliz soy cuando vengo a esta casa, ella misma le dio orden al cochero de conducirnos aquí.

Daniel empezó a rascarse una oreja, mirando el fuego, como si el fuego absorbiese toda su atención.

-Pero, vamos -prosiguió Agustina-, no somos nosotras solas las que se acuerdan de usted; aquí está madama Dupasquier, que hace más de un año que no me visita; aquí está Florencia, que es una ingrata conmigo y, por consiguiente, aquí está el señor Bello. Además, aquí tengo el gusto de ver también al señor Belgrano, a quien hace años no se le ve en ninguna parte -dijo Agustina, que conocía a toda la juventud de Buenos Aires.

Doña María Josefa miraba a Eduardo de pies a cabeza.

-Es una casualidad; mis amigos me ven muy poco -respondió Amalia.

-Y si yo no la veo a usted, Agustina, a lo menos no negará usted que mi hija hace mis veces muy frecuentemente -dijo madama Dupasquier.

-Desde el baile, no la he visto sino dos veces.

-Pero usted vive aquí tan perfectamente, que casi es envidiable su soledad -dijo doña María Josefa, dirigiéndose a Amalia.

-Vivo pasablemente, señora.

-¡Oh, Barracas es un punto delicioso! -prosiguió la vieja-, especialmente para la salud.

Y señalando a Eduardo, dijo a Amalia:

-¿El señor se estará restableciendo?

Amalia se puso encendida.

-Señora, yo estoy perfectamente bueno -le contestó Eduardo.

-¡Ah! Dispense usted. Como lo veía tan pálido...

-Es mi color natural.

-Además, como lo veía a usted sin divisa; y con esa corbata de una sola vuelta, en un día de tanto frío, creí que vivía usted en esta casa.

-Mire usted, señora -se apresuró a decir Daniel para evitar una respuesta que, por fuerza, o había de ser una mentira, o una declaración demasiado franca, que convenía evitar-, en esto de frío, es según uno se acostumbra; los escoceses viven en un país de hielo y andan desnudos hasta medio muslo.

-Cosas de gringos; pero como aquí estamos en Buenos Aires... -replicó doña María Josefa.

-Y en Buenos Aires, donde este invierno es tan riguroso -agregó madama Dupasquier.

-¿Ha hecho usted poner chimenea, misia María Josefa? -preguntó Florencia que, como todos, parecía empeñarse en distraerla de la idea que había tenido sobre Eduardo, y que todos parecían adivinar.

-Demasiado tengo que hacer, hija, para ocuparme de esas cosas; cuando ya no haya unitarios que nos den tanto trabajo pensaremos un poco en nuestras comodidades.

-Pues yo no hago poner una chimenea en cada cuarto, porque Mansilla se resfría al salir del lado del fuego -dijo Agustina.

-Demasiado calor ha de tener hoy Mansilla -continuó doña María Josefa.

-¿Cómo? ¿Está enfermo el señor general? -preguntó Amalia.

-El nunca está sano -contestó Agustina-, pero hoy no lo he sentido quejarse.

-No, no tiene calor de enfermedad -repuso la vieja-, tiene calor de entusiasmo. ¿No saben ustedes que hace tres días se está festejando la derrota de los inmundos unitarios en Entre Ríos? Pues no hay un solo federal que no lo sepa.

-Precisamente hablábamos de eso cuando ustedes entraron -dijo Daniel-; ha sido una terrible batalla.

-¡En que bien las han pagado!

-¡Oh! De eso yo le respondo a usted -dijo Daniel.

-Y yo también -agregó Eduardo-; y si no hubiera sido que la noche era tan oscura...

-¿Cómo, la noche? Si la batalla fue de día, señor Belgrano -observó doña María Josefa.

-Eso es; fue de día, pero quiso decir mi amigo que si no hubiera sido la noche, no se escapa ninguno.

-¡Ah! Por supuesto. ¿Y ha asistido usted a alguna de las fiestas, señor Belgrano?

-Hemos paseado juntos las calles admirando la embanderación -contestó Daniel, que temblaba de que Eduardo hablase.

-¡Y qué lindas banderas hay! ¿De dónde sacarán tantas, señora? -dijo la picaruela de Florencia, dirigiéndose a doña María Josefa.

-Las compran, niña, o las hacen las buenas federales.

-Sí, pues yo soy muy buena federal, y me guardaré muy bien de emplear mis manos en eso. Cuando Mansilla me lo pidió el año pasado, se las mandé pedir prestadas al señor Mandeville, y desde entonces las tengo, y son las que uso; ni se las vuelvo más. ¿Y usted ha puesto, Amalia?

-No, Agustina; ¡esta casa está tan retirada!

-¡Bien hecho, hacen un ruido las malditas banderas! Y después de eso, los muchachos: Eduardita casi se cayó hoy de la azotea por querer subir hasta una bandera.

-¡Oh, esta casa no está tan lejos! -dijo doña María Josefa.

-Pero como las del teatro, no hay ninguna; ¿ha ido usted al teatro, doña María Josefa?

-No, Florencita, yo no voy al teatro. Pero he sabido que ha habido mucho entusiasmo: ¿ha estado usted, señor Belgrano?

-Pues mire usted, el día que yo vaya, por fuerza la voy a usted a buscar, y hemos de ir, ¿no es verdad?

-No te incomodes, niña, yo no voy al teatro -contestó la vieja con un gesto de mal humor al ver que nadie, y especialmente Florencia, la dejaba conversar con Eduardo.

-El teatro es el centro más a propósito para expresa el entusiasmo de los pueblos -dijo Daniel.

-Sí, pero con tanta gritería no dejan oír la música -agregó Agustina.

-Esa grita es la más bella música de nuestra santa causa -dijo Daniel con una cara la más seria del mundo.

-Cabal, eso es hablar, -dijo la vieja.

-Florencia, ¿por qué no toca usted el piano un momento?

-Ha tenido usted una buena idea, Amalia. Florencia, ve a tocar el piano.

-Bien, mamá. ¿Qué le gusta a usted, doña Josefa?

-Cualquiera cosa.

Librodot

-Pues bien, venga usted. Yo canto muy mal, pero por usted voy a cantar delante de gente mi canción favorita, que es el Natalicio del Restaurador. Venga usted junto al piano -y Florencia se puso de pie delante de doña María Josefa, para dar más expresión a su invitación.

-¡Pero, hija, si ya me cuesta tanto levantarme de donde me siento!

-¡Vaya, que no es así! Venga usted.

-¡Qué niña ésta! -dijo la vieja con una sonrisa satánica-. Vaya, vamos pues: dispense usted, señor Belgrano.

Y al decir estas palabras la vieja, fingiendo que buscaba un apoyo para levantarse, afirmó su mano huesosa y descarnada sobre el muslo izquierdo de Eduardo, haciendo sobre él tal fuerza con todo el peso de su cuerpo, que transido de dolor hasta los huesos, porque la mano se había afirmado precisamente en lo mas sensible de la profunda herida, Eduardo echó para atrás su cabeza, sin poder encerrar entre sus labios esta exclamación:

-¡Ay, señora! -quedando en la silla casi desmayado y pálido como un cadáver.

Daniel llevó su mano derecha a los ojos y se cubrió el rostro.

Todos, a excepción de Agustina, comprendieron al momento que en la acción de doña María Josefa podía haber algo de premeditación siniestra, y todos quedaron vacilantes y perplejos.

-¿Le he hecho a usted mal? Dispense usted, caballero. Si yo hubiera sabido que tenía usted tan sensible el muslo izquierdo, le hubiera a usted pedido su brazo para levantarme. ¡Lo que es ser vieja! Si hubiera sido una muchacha, no le habría dolido a usted tanto su muslo izquierdo. Dispense usted, buen mozo -dijo mirando a Eduardo con una satisfacción imposible de ser definida por la pluma de un hombre; y fue luego a sentarse junto al piano, donde ya estaba Florencia.

Por una reacción natural en su altiva organización, Amalia se despejó súbitamente de todo temor, de toda contemporización con la época y con las personas de Rosas que allí estaban; levantóse, empapó su pañuelo en agua de Colonia; se lo dio a Eduardo, que empezaba a volver en sí del vértigo que lo había trastornado un momento; y, separando bruscamente la silla en que había estado sentada doña María Josefa, tomó otra y ocupó el lugar de aquélla al lado de su amado, sin cuidarse de que daba la espalda a la cuñada y amiga del tirano.

Agustina nada había comprendido, y se entretenía en hablar con madama Dupasquier sobre cosas indiferentes y pueriles, como era su costumbre.

Florencia tocaba y cantaba algo sin saber lo que hacía. Doña María Josefa miraba a Eduardo y a Amalia, y sonreía y meneaba la cabeza.

Daniel,de pie, dando la espalda a la chimenea, tenía en acción todas las facultades de su alma.

-No es nada; ya pasó, no es nada -dijo Eduardo al oído de Amalia, cuando pudo reanimarse un poco.

-¡Pero, está endemoniada esta mujer! Desde que ha entrado no ha hecho otra cosa que hacernos sufrir -le contestó Amalia, bañando con su mirada tan tierna y amorosa la fisonomía de Eduardo.

-Muy bueno está el fuego -dijo Daniel alzando la voz, y mirando con algo de severidad a Amalia.

-Excelente -dijo madama Dupasquier-, pero...

-Pero, perdone usted, señora, los disfrutaremos solamente hasta las diez o las once -la interrumpió Daniel, alcanzando que madama Dupasquier iba a hablar de retirarse, dirigiéndole al mismo tiempo una mirada que la inteligente porteña comprendió con facilidad.

-Justamente, ésa es mi idea -repuso la señora-; es preciso que saboreemos bien el gusto de esta visita, ya que tan pocas veces nos damos este placer.

-Gracias, señora -dijo Amalia.

-Tiene usted razón -agregó Agustina-, y yo también me estaría hasta esas horas, si no tuviera que ir a otra parte.

-Es muy justo -dijo Amalia, cambiando con madama Dupasquier una mirada bien inteligente sobre la razón algo impertinente que acababa de dar Agustina.

-¿Qué tal, lo he hecho bien? -preguntó Florencia a doña María Josefa, levantándose del piano.

-¡Oh, muy bien! ¿Se le pasó a usted el dolor, señor Belgrano?

-Ya, sí, señora -respondió Amalia con prontitud y sin dar vuelta la cabeza para mirar a doña María Josefa.

-No me vaya usted a guardar rencor, ¿eh?

-Si no hay de qué, señora -dijo Eduardo, violentándose para dirigirle una palabra.

-Lo que prometo es no decir a nadie que tiene usted tan sensible el muslo izquierdo, a lo menos a las muchachas, porque si lo saben todas van a querer pellizcarle ahí para verlo desmayarse.

-¿Quiere usted sentarse, señora? -dijo Amalia girando la cabeza hacia doña María Josefa, sin alzar los ojos y señalando una silla que había en el extremo del círculo que formaban derredor de la chimenea.

-No, no -dijo Agustina-, ya nos vamos, tengo que hacer una visita y estar en mi casa antes de las nueve de la noche.

Y la hermosa mujer del general Mansilla se levantó ajustándose las cintas a su gorra de terciopelo negro, que hacía resaltar la blancura y la belleza de su rostro.

En vano quiso Amalia violentarse; no pudo conseguir despejar su ánimo de la prevención que la dominaba ya contra doña María Josefa Ezcurra: aún no había traslucido la maldad de sus acciones, pero le era bastante la grosería de la parte ostensible de ellas para hacérsele repugnante su presencia; y jamás despedida alguna fue hecha con más desabrimiento a esa mujer todopoderosa en aquel tiempo: Amalia la dio a tocar apenas la punta de sus dedos, y ni le dio gracias por su visita, ni le ofreció su casa.

Agustina no pudo ver nada de esto, entretenida en despedirse y mirarse furtivamente en el grande espejo de la chimenea, tomando en seguida el brazo de Daniel, que las condujo hasta el coche. Pero todavía desde la puerta de la sala, doña María Josefa volvió su cabeza y dijo, dirigiéndose a Eduardo:

-No me vaya a guardar rencor, ¿eh? Pero no se vaya a poner agua de Colonia en el muslo, porque le ha de hacer mal.

El coche de Agustina había partido ya, y aún duraba en el salón de Amalia el silencio que había sucedido a la salida de ella y de su compañera.

Amalia fue la primera que lo rompió, mirando a todos, y preguntando con una verdadera admiración:

-Pero, ¿qué especie de mujer es ésta?

-Es una mujer que se parece a ella misma -dijo madama Dupasquier.

-¿Pero qué le hemos hecho? -preguntó Amalia-. ¿A qué ha venido a esta casa, si debía ser para mortificar a cuantos en ella había, y esto cuando no me conoce, cuando no conoce a Eduardo?

-¡Ah, prima mía! ¡Todo nuestro trabajo está perdido; esta mujer ha venido intencionalmente a tu casa; ha debido tener alguna delación, alguna sospecha sobre Eduardo y, desgraciadamente, acaba de descubrirlo todo!

-Pero ¿qué, qué ha descubierto?

-Todo, Amalia; ¿crees que haya sido casual el oprimir el muslo izquierdo a Eduardo?

-¡Ah! -exclamó Florencia-, ¡sí, sí, ella sabía de un herido en el muslo izquierdo!

Las señoras y Eduardo se miraron con asombro.

Daniel prosiguió tranquilo y con la misma gravedad.

-Cierto, esa era la única seña que ella tenía del escapado en los asesinatos del 4 de mayo. Ella no ha podido venir a esta casa sin algún fin siniestro. Desde el momento de llegar ha examinado a Eduardo de pies a cabeza; sólo a él se ha dirigido, y cuando ha comprendido que todos le cortábamos la conversación, ha querido, de un solo golpe, descubrir la verdad, y

Librodot

ha buscado el miembro herido para descubrir en la fisonomía de Eduardo el resultado de la presión de su mano. Sólo el demonio ha podido inspirarle tal idea, y ella va perfectísimamente convencida de que sólo habiendo oprimido una herida mal cerrada aún, ha podido originar en Eduardo la impresión que le hizo, y que ha devorado con placer.

-Pero, ¿quién ha podido decírselo?

-No hablemos de eso, mi pobre Amalia. Yo tengo perfecto conocimiento de lo que acabo de decir, y sé que ahora estamos todos sobre el borde de un precipicio. Entretanto, es necesaria una cosa en el momento.

-¿Qué? -exclamaron todas las señoras, que estaban pendientes de los labios de Daniel.

-Que Eduardo deje esta casa inmediatamente y se venga conmigo.

-¡Oh, no! -exclamó Eduardo, levantándose iluminados sus ojos por un relámpago de altivez, y poniéndose de pie al lado de su amigo junto a la chimenea. -No -prosiguió-. Alcanzo ahora toda la malignidad de las acciones de esa mujer; pero es por lo mismo que me creo descubierto, que debo permanecer en esta casa.

-Ni un minuto -le contestó Daniel con su aplomo habitual en las circunstancias difíciles.

-¿Y ella, Daniel? -le replicó Eduardo nerviosamente.

-Ella no podrá salvarte.

-Sí, pero yo puedo libertarla de una ofensa.

-Con cuya liberación se perderán los dos.

-No; me perdería yo solo.

-De ella me encargo yo.

-Pero, ¿vendrán aquí? -preguntó Amalia, toda inquieta, mirando a Daniel.

-Dentro de dos horas, dentro de una, quizá.

-¡Ah, Dios mío! Sí, Eduardo, al momento váyase usted, yo se lo ruego -dijo Amalia levantándose y aproximándose al joven; acción que, instintivamente, imitó Florencia.

-Sí, con nosotros, con nosotros se viene usted, Eduardo -dijo la bellísima y tierna criatura.

-Mi casa es de usted, Eduardo, mi hija ha hablado por mí -agregó madama Dupasquier.

-¡Por Dios, señoras! No, no. Aunque no fuera más que el honor, él me ordena permanecer al lado de Amalia.

-Yo no puedo asegurar -dijo Daniel- que ocurra alguna novedad esta noche, pero lo temo y, para ese caso, Amalia no estará sola, porque dentro de una hora yo volveré a estar a su lado.

-Pero Amalia puede venir con nosotros -dijo Florencia.

-No, ella debe quedarse aquí, y yo con ella -replicó Daniel-; si pasamos la noche sin ocurrencia alguna, mañana trabajaré yo, ya que hoy ha trabajado tanto la señora doña María Josefa. De todos modos no perdamos tiempo; toma, Eduardo, tu capa y tu sombrero y ven con nosotros.

-No.

-¡Eduardo! Es la primera cosa que pido a usted en este mundo; entréguese a la dirección de Daniel por esta noche, y mañana..., mañana nos volveremos a ver, cualquiera que sea la suerte que nos depare Dios.

Los ojos de Amalia, al pronunciar estas palabras, húmedos por el fluido de su sensibilidad, tenían una expresión de ruego tan tierna, tan melancólica, que la energía de Eduardo se dobló ante ella, y sus labios apenas modularon dos palabras:

-Bien: iré.

Florencia batió las manos de alegría y atravesó corriendo el salón a tomar del gabinete su sombrero y su chal, repitiendo al volver:

-A casa, a casa, Eduardo.

Daniel la miró encantado de la espontaneidad de su alma, y con una sonrisa llena de cariño y dulzura, le dijo:

Librodot

-No, ángel de bondad, ni a vuestra casa, ni a la de él. En todas ellas puede ser buscado. Irá a otra parte; eso está de mi cuenta.

Florencia se quedó triste.

-Pero bien -dijo Eduardo-, ¿dentro de una hora estarás al lado de Amalia?

-Sí, dentro de una hora.

-Amalia, es el primer sacrificio que hago por usted en mi vida; pero créame usted, por la memoria de mi madre, que es el mayor que podría hacer en este mundo.

-¡Gracias, gracias, Eduardo! ¿Hay alguien que pudiera creer que en su corazón de usted cabe el temor? Además, si se necesita un brazo para defenderme, usted no puede poner en duda que Daniel sabría hacer sus veces.

Felizmente Florencia no escuchó estas palabras, pues había ido al gabinete a buscar la capa de su madre.

Algunos minutos después, la puerta de la casa de Amalia estaba perfectamente cerrada; y el viejo Pedro, a quien Daniel había dado algunas instrucciones antes de partir, se paseaba desde el zaguán hasta el patio, estando perfectamente acomodadas contra una de las paredes de éste las escopetas de dos tiros de Eduardo y una tercerola de caballería, mientras a la cintura del viejo veterano de la Independencia pendía un hermoso puñal.

El criado de Eduardo, por su parte, estaba sentado en un umbral de las puertas al patio, esperando las órdenes del soldado, quien, según las instrucciones de Daniel, no debía abrir a nadie la puerta de la calle hasta su regreso.

X. Una noche toledana

Por muy de prisa que anduviese Daniel, le era imposible volver a Barracas en el término de una hora, teniendo que ir en coche a dejar a la señora Dupasquier y a su hija; conducir a Eduardo muy lejos de la calle de la Reconquista, y a pie para no poner al cochero en el secreto de su refugio; volver a su casa, dar algunas órdenes a su criado, hacer ensillar y volver a Barracas.

Así es que eran ya las nueve y media de la noche, es decir, hora y media después de dejar a su prima, cuando descendía por la barranca de Balcarce reflexionando y convenciéndose de que la visita de doña María Josefa había sido el resultado de alguna delación sobre aquello que por tanto tiempo se había velado entre el misterio, y que la vieja, espía de su hermano político, había adquirido el convencimiento de la verdad que le habrían revelado.

-En la pérdida de Eduardo está interesado Rosas, porque ha sido el primero que ha burlado una resolución suya en esta época -se decía Daniel. Está interesado Cuitiño y, por consiguiente, la Mazorca, porque con la cabeza de Eduardo dan una prueba de su celo, que fue burlado por el valor de éste.

"Está interesada Doña María Josefa, por el espíritu endemoniado que anima sus acciones, cuando se obstina en labrar el mal que le han evitado por algún tiempo.

"Para todos, pues, Eduardo es un delincuente puesto fuera de la ley.

"Pero ese delincuente tiene sus cómplices. Esos cómplices son Amalia, los que rodean a Amalia; yo, quizá también la señora Dupasquier y Florencia.

"¡Cómo conjurar, Dios mío, esta tormenta!" -exclamaba Daniel en el interior de su alma, inquieto y con miedo por la primera vez en su vida, al considerar en peligro los seres más amados de su corazón.

Por un contraste original de la Naturaleza, los corazones de voluntad poderosa, inconmovibles para los grandes arrojos en la lid de la política o de las armas, suelen ser débiles en los inconvenientes de la vida íntima, tímidos hasta el afeminamiento en los peligros que amenazan los seres ligados a su vida por los vínculos del amor o de la amistad. Y Daniel, alma templada para arrostrar serena todos los azares de la vida política en una época de revolución y de sangre, o la metralla de un campo de batalla, sufría en aquel momento inquietud y temor por las personas cuya suerte o cuya existencia peligraba.

-Pero, en fin, dejemos venir los acontecimientos y chispearé a sus golpes, porque si ellos son de acero, yo soy de pedernal -dijo y, como sacudiendo las impresiones nuevas que lo asaltaban, dio riendas a su brioso corcel en dirección a la quinta, y en medio de una de esas noches frías, nebulosas, en que las nubes parecen tener algo de fatídico que impresiona al espíritu.

Pero, al llegar al camino que viene de la Boca a Santa Lucía, vio doblar hacia la calle Larga seis hombres que la enfilaron a todo el galope de sus caballos.

Un presentimiento secreto pareció anunciarle que aquellos hombres tenían algo de relación con sus asuntos; y por una combinación de su pensamiento, vivo como la luz, tiró la rienda a su caballo y los dejó pasar en el momento de enfrentarse a ellos. Pero, apenas se había adelantado cincuenta pasos, cuando volvió a tomar el galope, llevándolos siempre a esa distancia.

Y era de ver y de admirar, en medio a la solitaria calle Larga, y bajo el manto oscuro de la noche, de improviso alumbrada de vez en cuando por algún súbito relámpago, aquel joven sin más garantía que sus pistolas, corriendo a disputar quizá una víctima al poderoso asesino que la Federación tenía a su frente y los federalistas sobre su espalda.

-¡Ah! No me engañé -exclamó al ver a los seis jinetes sentar sus caballos a la puerta de Amalia, desmontarse y dar fuertes golpes en ella, con el llamador, y con el cabo de los rebenques.

Aún no habían tenido tiempo de repetir los golpes, cuando Daniel pasó por entre el grupo de caballos, y con voz entera y resuelta preguntó:

-¿Qué hay, señores?

-¿Qué hay? ¿Y quién es usted?

-Yo soy el que puede hacerles a ustedes esa pregunta. Ustedes vienen en comisión ¿no es cierto?

-Sí, señor, en comisión -dijo uno de ellos acercándose a Daniel y mirándolo de pies a cabeza, en los momentos en que el joven bajó resueltamente de su caballo, y gritó con una voz imperiosa:

-Pedro, abra usted.

Los seis hombres tenían rodeado a Daniel, sin saber qué hacer, esperando cada uno que otro tomase la iniciativa.

La puerta abrióse en el acto, y separando a los dos que estaban contra ella, pasó Daniel resueltamente, diciéndoles:

-Adelante, señores.

Todos entraron bruscamente tras él.

Daniel abrió la puerta de la sala y entró en ella.

Los seis hombres entraron también, arrastrando sus sables sobre la rica alfombra en la que hacían surcos con las rodajas de sus espuelas.

Amalia, de pie junto a la mesa redonda, pálida al abrirse la puerta de la sala, quedó de repente colorada como el carmín, al ver acercarse a ella aquellos hombres con el sombrero puesto, y estampado en su fisonomía el repugnante sello de la insolencia plebeya. Pero una rápida mirada de Daniel le hizo comprender que debía guardar el más profundo silencio.

El joven se quitó su poncho, lo tiró sobre una silla, y haciendo ostentación del chaleco punzó que en esa época comenzaba a usarse entre los más entusiastas federales, y la gran divisa que traía en el pecho, dijo, dirigiéndose a los seis hombres que todavía no podían formar una idea completa de lo que debían hacer:

-¿Quién manda esta partida?

-Yo la mando -dijo uno de aquéllos, acercándose a Daniel.

-¿Oficial?

-Ordenanza del comandante Cuitiño.

-¿Vienen ustedes a prender a un hombre en esta casa?

-Sí, señor; venimos a registrar la casa, y a llevarlo.

-Bien; lea usted -dijo Daniel al ordenanza de Cuitiño, sacando un papel de su bolsillo y entregándoselo.

El soldado desdobló el papel, lo miró, vio por todos lados un sello que había en él, y dándoselo a otro de los soldados, le dijo:

-Lee tú que sabes.

El soldado se acercó a la lámpara y deletreando sílaba por sílaba leyó al fin:

"¡Viva la Federación!

"¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes!

"¡Mueran los inmundos asquerosos unitarios!

"¡Muera el pardejón Rivera y los inmundos franceses!

"Sociedad Popular Restauradora

"El portador, don Daniel Bello, está al servicio de la Sociedad Popular Restauradora, y todo lo que haga debe ser en favor de la Santa Causa de la Federación, porque es uno de sus mejores servidores.

"Buenos Aires, junio 10 de 1840.

"Julián González Salomón.- Presidente.

"Boneo.- Secretario."

-Ahora -dijo Daniel, mirando a los soldados de Cuitiño, que estaban ya en la más completa irresolución-, ¿qué hombre es el que buscan en esta casa, que es como si fuera la mía, y en la que nunca se han escondido salvajes unitarios?

El ordenanza de Cuitiño iba a responder, cuando todos volvieron la cabeza al oír el gran ruido que hicieron cuatro o seis caballos que entraron de improviso al zaguán enlosado, produciendo un ruido infernal con las herraduras sobre las losas, y con los sables y espuelas de los jinetes, que se desmontaron, y entraron en tropel en la sala.

Maquinalmente Amalia vino a ponerse al lado de Daniel, y la pequeña Luisa se agarró del brazo de su señora.

-Vivo o muerto -gritó al entrar a la sala el que venía delante de todos.

-Ni vivo ni muerto, comandante Cuitiño -dijo Daniel.

-¿Se ha escapado?

-No, los que se escapan, señor comandante -contestó Daniel-, son los unitarios, que no pudiendo mostrársenos de frente, están trabajando para enredarnos e indisponernos a nosotros mismos. Con sus logias y con sus manejos, que están aprendiendo de los "gringos", ya la casa de un federal no está segura; y al paso que vamos, mañana han de avisar al Restaurador que en la casa del comandante Cuitiño, la mejor espada de la Federación, se esconde también algún salvaje unitario. Esta es mi casa, comandante, y esta señora es mi prima. Yo vivo aquí la mayor parte del tiempo, y no necesito jurar para que se me crea que donde estoy yo, no puede haber unitarios escondidos. Pedro, lleve usted a todos esos señores, que registren la casa por donde quieran.

-Ninguno se mueva de ahí -gritó Cuitiño a los soldados que se disponían a seguir a Pedro-; la casa de un federal no se registra -y continuó- usted es tan buen federal como yo, señor don Daniel. Pero dígame, ¿cómo es que doña María Josefa me ha engañado?

-¿Doña María Josefa? -dijo Daniel, fingiendo que no comprendía ni una palabra.

-Sí, doña María Josefa.

-Pero ¿qué le ha dicho a usted, comandante?

-Me acaba de mandar decir que aquí estaba escondido el unitario que se nos escapó aquella noche; que ella misma lo ha visto esta tarde, y que se llama Belgrano.

-¡Belgrano!

-Sí, Eduardo Belgrano.

-Es verdad. Eduardo Belgrano ha estado de visita esta tarde, porque suele visitar de cuando en cuando a mi prima; pero ese mozo, a quien yo conozco mucho, lo he visto en la ciudad sano y bueno durante todo este tiempo; y el de aquella noche no debió quedar para andarse paseando muy contento -dijo Daniel con cierta sonrisa muy significativa para Cuitiño.

-Y entonces, ¿cómo diablos es esto? Pues qué ¿yo soy hombre para que se jueguen conmigo?

-Son los unitarios, comandante, nos quieren enredar a los federales; y le han de haber metido algún cuento a doña María Josefa, porque las mujeres no los conocen como nosotros que tenemos que estar lidiando con ellos todos los días. Pero no importa, usted busque a ese mozo que vive en la calle del Cabildo, y si él es el unitario de aquella noche, no le ha de faltar cómo conocerlo. Entretanto, yo he de ver a doña María Josefa y al mismo don Juan Manuel, para saber si ya nos andamos registrando las casas unos a otros.

-No, Don Daniel, no dé paso ninguno, si son los unitarios, como usted ha dicho -le contestó Cuitiño, que creía a Daniel hombre de gran influencia en la casa de Rosas.

-¿Qué quiere tomar, comandante?

-Nada, don Daniel. Lo que yo quiero es que esta señora no se quede enojada conmigo, porque nosotros no sabíamos qué casa era ésta.

Amalia hizo apenas un ligero movimiento con la cabeza, porque estaba completamente atónita, menos por la presencia de Cuitiño, que por el inaudito coraje de Daniel.

-¿Entonces, se retira, comandante?

-Sí, don Daniel, y ni la contestación le voy a llevar a doña María Josefa.

-Hace bien; son cosas de mujeres y nada más.

-Señora, muy buenas noches -dijo Cuitiño saludando a Amalia, y marchando, con toda su comitiva, acompañado de Daniel, a tomar sus caballos.

XI. Continuación del anterior

Amalia permanecía parada aún junto a la mesa, cuando Daniel, después de haberse retirado Cuitiño, entró a la sala riéndose como un muchacho, dirigiéndose a su prima, a quien abrazó con el cariño de un hermano.

-Perdóname, mi Amalia -la dijo-, son herejías políticas y morales que tengo que cometer a cada paso en esta época de comedia universal, en que yo hago uno de sus más extraordinarios papeles. ¡Pobre gente! Ellos tienen toda la fuerza del bruto, pero yo tengo la inteligencia del hombre. Ahora ya están extraviados, mi Amalia; y, sobre todo, ya están en anarquía; Cuitiño ya no le hará caso a doña María Josefa sobre este asunto, y la vieja se va a enojar con Cuitiño.

-¿Pero dónde está Eduardo?

-Perfectamente seguro.

-¿Pero van a ir a su casa?

-Por supuesto que irán.

-¿Tiene papeles?

-Ninguno.

-Pero tú y yo ¿cómo quedamos?

-Mal.

-¿Mal?

-Mal, malísimamente estamos ya desde esta tarde. Pero, ¿qué hemos de hacer, sino esperar los sucesos y buscar en ellos mismos los medios de salvarnos de cualquier peligro?

-¿Pero bien, cuando veré a Eduardo?

-Dentro de algunos días.

-¡De algunos días! ¿Pero no hemos quedado en que mañana nos volveríamos a ver?

-Sí, pero no habíamos quedado en que Cuitiño nos visitase esta noche.

-No importa, si él no viene aquí, yo quiero ir adonde él esté.

-Despacio. Nada puedo prometerte ni negarte. Todo dependerá de los resultados que tenga la visita del diablo que hemos tenido esta tarde. No creas que la vieja quede satisfecha con lo que le ha sucedido a Cuitiño; al contrario, va a irritarse más e incomodarnos a todos. Hay una cosa, sin embargo, que me tranquiliza.

-¿Y cuál es, Daniel?

-Que a estas horas tienen mucho en que pensar Rosas y todos sus amigos.

-¿Y qué hay? ¡Acaba, por Dios!

-Nada, una friolera, mi querida Amalia -dijo Daniel alisando los cabellos sobre la frente de su prima, sentada al lado suyo, junto a la chimenea.

-¿Pero qué hay? Estás insufrible.

-Gracias.

-Lo mereces. Te estás riendo.

-Es que estoy contento.

-¿Contento?

-Sí.

-¿Y tienes valor de decírmelo?

-Sí.

-¿Pero contento de qué? ¿De que todos estemos sobre un volcán?

-No: estoy contento... óyeme bien lo que voy a decirte.

-Te oigo.

-Bien; pero antes, Luisa, di al criado de Eduardo que ya que no está su amo, yo tomaré por él una taza de té.

-Te lo repito, estás insufrible -dijo Amalia, después de haber salido Luisa.

-Ya lo sé; pero te decía que estaba contento, y quedé en explicarte el porqué, ¿no es así?

-No sé -dijo Amalia con gesto de mal humor.

-Pues bien: estoy contento, primero, porque Eduardo está escondido en una buena casa; y segundo, porque Lavalle está a la vista y paciencia de todo el mundo en la buena villa de San Pedro.

-¡Ya! exclamó Amalia, radiantes sus ojos de alegría, y tomando entre las suyas la mano de su primo.

-Sí, ya. Ya ha pisado la provincia de Buenos Aires el ejército libertador. Está a treinta leguas solamente del tirano, y me parece que éste es un asunto bien importante para no llamar la atención de nuestro Restaurador.

-¡Ah, pero vamos a estar libres entonces! -exclamó Amalia, sacudiendo la mano de su primo.

-¡Quién sabe, hija mía, quién sabe! Eso dependerá del modo como se opere.

-¡Oh, Dios mío! ¡Pensar que dentro de pocos días ya no hay peligros para Eduardo! ¿Es verdad, Daniel, que dentro de tres días puede estar Lavalle en Buenos Aires?

-No, no tan pronto. Pero puede estarlo dentro de ocho, dentro de seis. Pero puede también no estarlo nunca, Amalia mía.

-¡Oh, no, por Dios!

-Sí, Amalia, sí. Si se aprovecha la impresión de este momento, y la ciudad es invadida por cualquier punto de ella, Rosas no sale a la campaña a ponerse al frente de las pocas fuerzas que lo sostienen. No: si la ciudad es atacada, Rosas se embarca y huye. Pero, si el general Lavalle se demora en operaciones en la campaña, entonces la suerte puede serle adversa. ¿Quieres oír unos fragmentos de la orden de] ejército?

-Sí, sí -exclamó Amalia llena de entusiasmo.

Daniel sacó un papel de su cartera y leyó:

"Cuartel general de San Pedro.

"El ejército va a decidir en estos días la suerte de todos los pueblos de la República; va a resolver el gran problema de la libertad de veinte pueblos, cuyas ansiosas miradas se dirigen a las lanzas de sus bravos soldados.

"El general en jefe exhorta a todos los jefes, oficiales y soldados del ejército, para que se penetren de la importante y gloriosa misión que están llamados a cumplir en su patria

"Señores jefes, oficiales y soldados del ejército libertador, en estos días se va a decidir la suerte de la República. Dentro de poco nos veremos bendecidos por seiscientos mil argentinos, y cubiertos de gloria, o moriremos en los cadalsos del tirano, o arrastraremos una vida infeliz en países extranjeros, mientras la rabia del déspota se satisface con nuestros padres, esposas e hijos. Elegid, mis bravos compañeros. Media hora de coraje es bastante para la gloria y felicidad de la República.

"En la próxima batalla el enemigo nos presentará, probablemente, un ejército numeroso. Es preciso no sorprenderse.

"Si el general en jefe manda atacar, la victoria es segura. Para ello es preciso que los libertadores desplieguen todo su coraje. Que la caballería cargue con ímpetu a estrellarse contra el enemigo, el cual no resistirá. Las legiones que el general en jefe señale es preciso que se reúnan luego que el enemigo haya dado la espalda; las demás perseguirán.

El general en jefe tiene una gran confianza en su ejército. - Juan Lavalle."

-¡Sublime, sublime! -exclamó la entusiasta Amalia, luego que Daniel hubo acabado de leer la orden del ejército.

-Sí, mi Amalia; yo he encontrado siempre que todas las proclamas y órdenes de ejército se parecen mucho, y que son sublimes; pero lo que yo deseo ver siempre es la sublimidad de las acciones; será sublime la empresa del general Lavalle, si él viene a estrellar sus escuadrones sobre las calles de Buenos Aires.

-Pero vendrá.

-Dios lo quiera.

-Y dime ¿cómo tienes, imprudente, este papel en tu bolsillo?

Librodot

-Lo acabo de recibir en la misma casa donde he dejado a Eduardo.

-Pero ¿qué casa es ésa?

-Oh, nada menos que la de un empleado.

-¡Dios mío! ¿En la casa de un empleado de Rosas has puesto a Eduardo?

-No, señora: en la casa de un empleado mío.

-¿Tuyo?

-Sí, pero, silencio... un caballo ha parado a la puerta... ¡Pedro! -gritó Daniel saliendo al zaguán.

-¿Señor? -contestó el fiel veterano de la independencia.

-Hay gente en la puerta.

-¿Abro, señor?

-Sí, llaman ya: abra usted -y Daniel volvió a sentarse al lado de su prima.

Amalia empalideció.

Daniel, tranquilo, fiado en sí mismo como siempre, esperó la nueva ocurrencia que parecía venir a complicar la situación de sus amigos y la suya propia; porque a esas horas, cerca ya de las doce de la noche, nadie podía venir a aquella casa, sino haciendo relación a los sucesos que lo preocupaban.

El fiel Pedro entró a la sala con una carta en la mano.

-Un soldado trae esta carta para la señora -dijo.

-¿Viene solo? -preguntó Daniel.

-Solo.

-¿Ha mirado usted al fondo del camino?

-No hay nadie.

-Bien, vuelva usted y observe.

-Abrela -dijo Amalia entregando la carta a su primo.

-¡Ah! -exclamó Daniel, después de abrirla-. Mira, esta firma es de un gran personaje, conocido tuyo.

-¡Mariño! -exclamó Amalia, poniéndose colorada como el carmín.

-Sí, Mariño. ¿Debo leerla aún?

-Lee, lee.

Daniel leyó:

"Señora: Acabo de saber que se halla usted complicada en un asunto muy desagradable y peligroso hasta cierto punto para su tranquilidad. Las autoridades tienen aviso de que ha ocultado usted en su casa, largo tiempo, a un enemigo del gobierno, perseguido por la justicia.

"Se sabe que esa persona ya no está en casa de usted; pero, como es de suponer que sepa usted su paradero, no tengo dificultad en creer que va usted a ser el objeto de muy serios requerimientos de la autoridad.

En tan difícil situación, yo no dudo que tendrá usted necesidad de un amigo; y como en mi posición yo tengo algunos amigos de valor, me apresuro a ofrecer a usted mis servicios, en la entera confianza de que, una vez que sean aceptados, ya no correrá usted ningún peligro.

Para conseguir esto último, bastará que deposite usted en mí su confianza, dignándose decirme a qué horas me concederá usted mañana el honor de pasar a combinar con usted lo que debermos hacer en el caso presente. Advirtiendo a usted que su carta, como mi visita y las que en adelante le hiciere, serán cubiertas por el mayor misterio..."

-¡Eh, basta, basta! -exclamó Amalia, haciendo acción de arrebatar la carta.

-No, no, espera. Hay algo más.

Daniel continuó:

"Hace tiempo que motivos muy poderosos, que su talento habrá comprendido quizá, me han hecho buscar, pero en vano, la ocasión que hoy se me presenta de poder prestar a usted mis servicios con la más profunda sumisión y respeto, y con la amistad con que saluda a usted su affmo. S.Q.B.S.P. - Nicolás Mariño.

-No hay más -dijo Daniel, mirando a su prima con la expresión más burlona que puede estamparse en la fisonomía humana.

-¡Pero es de sobra para decir que ese hombre es un insolente! -exclamó Amalia.

-Así será. Pero como toda carta requiere una respuesta, será bueno saber qué se contesta a este hombre.

-¿Qué se contesta? A ver, dame esa carta.

-No.

-Oh, dámela.

-Y bien ¿para qué?

-Para contestarle con los pedazos de ella.

-¡Bah!

-¡Oh, Dios mío, insultada también! ¡Pedirme cartas y visitas en secreto! -exclamó Amalia cubriéndose los ojos con sus lindas manos.

Daniel se levantó, pasó al gabinete contiguo a la sala, y algunos minutos después volvió al lado de Amalia y le dijo:

-Esto es lo que tenernos que hacer, oye:

"Señor: Autorizado por mi prima, la señora doña Amalia Sáenz de Olabarrieta, para responder a su carta, me complazco en decir a usted que todos sus temores relativos a la seguridad de mi prima deben dejar de alarmarlo en adelante, porque ella está ajena a todo cuanto se le atribuye; y perfectamente tranquila en la justicia de Su Excelencia el señor gobernador, a quien yo tendré el honor de hacer presente mañana todo cuanto ha ocurrido esta noche, sin ocultarle cosa alguna, en el caso de que se lleve adelante esta desagradable ocurrencia.

"Con este motivo saluda a usted respetuosamente, etc.

-Pero esa carta...

-Esta carta lo dejará sin dormir el resto de esta noche, temblando de que vaya mañana a parar a manos de Rosas; y, para evitarlo, trabajará mañana porque no se toque más este negocio. Y es de este modo que hago que nuestros propios enemigos se conviertan en nuestros mejores servidores.

-¡Oh, bien, sí! Manda esa carta.

Daniel cerró el billete, y lo hizo llegar al soldado que esperaba a la puerta.

Media hora después, Daniel se recostaba sin desvestirse en el aposento de Eduardo; y Amalia oraba de rodillas delante de su crucifijo de oro incrustado en ébano y rogaba al Dios de las bondades eternas por la seguridad de los que amaba y por la libertad de su patria.

XII. De cómo se leen cosas que no están escritas

En la mañana siguiente a la noche en que ocurrieron los sucesos que acaban de conocerse, es decir, en la mañana del 6 de agosto, la casa del dictador estaba invadida de una multitud de correos de la campaña que se sucedían sin interrupción.

A ninguno de ellos se le detenía en la "oficina". El general Corvalán tenía orden de hacer entrar a todos al despacho de Rosas. Y el edecán de Su Excelencia, con la faja a la barriga, las charreteras a la espalda, y el espadín entre las piernas, iba y venía por el gran patio de la casa, cayéndose de sueño y de cansancio.

La fisonomía del dictador estaba sombría como la noche lóbrega de su alma. El leía los partes de sus autoridades de campaña, en los que le anunciaban el desembarco del general Lavalle, los hacendados que pasaban a encontrarlo con sus caballadas, etc., y daba las órdenes que creía convenientes para la campaña, para su acampamento general de Santos Lugares, y para la ciudad. Pero la desconfianza, esa víbora roedora en el corazón de los tiranos, infiltraba la incertidumbre y el miedo en todas sus disposiciones, en todos los minutos que rodaban sobre su vida.

Expedía una orden para que el general Pacheco se replegase al sur, y media hora después hacía alcanzar al chasque, y volaba una orden contraria.

Ordenaba que Maza marchase con su batallón a reforzar a Pacheco, y diez minutos después ordenaba que Maza se dispusiese a marchar con toda la artillería a Santos Lugares.

Nombraba jefes de día para el comando interior de las fuerzas de la ciudad, y cada nombramiento era borrado y sustituido veinte veces en el trascurso de un día; todo era así.

Su pobre hija, que había pasado en vela toda la noche, se asomaba de cuando en cuando al gabinete de su padre, a ver si adivinaba en su fisonomía algún suceso feliz que lo despejase del mal humor que lo dominaba después de tantas horas.

Viguá había asomado dos veces su deforme cabeza por la puerta del gabinete que daba al cuarto contiguo al angosto pasadizo que cortaba el muro, a la derecha del zaguán de la casa; y el bufón de Su Excelencia había conocido en la cara de los escribientes que ese no era día de farsas con el amo; y se contentaba con estar sentado en el suelo del pasadizo comiéndose los granos de maíz que saltaban hasta él del gran mortero en que la mulata cocinera del dictador machacaba el que había de servir para la mazamorra; que era de vez en cuando uno de los manjares exquisitos con que regalaba el voraz apetito de su amo.

Rosas escribía una carta, y los escribientes muchas otras, cuando entró Corvalán, y dijo:

-¿Su Excelencia quiere recibir al señor Mandeville?

-Sí, que entre.

Un minuto después el ministro de Su Majestad Británica entró haciendo profundas reverencias al dictador de Buenos Aires que, sin cuidarse de responder a ellas, se levantó y le dijo:

-Venga por acá -pasando del gabinete a su alcoba.

Sentóse Rosas en su cama, y Mandeville en una silla a su izquierda.

-¿La salud de Vuestra Excelencia está bien? -le preguntó el ministro.

-No estoy para salud, señor Mandeville.

-Sin embargo, es lo más importante -contestó el diplomático pasando la mano por la felpa de su sombrero.

-No, señor Mandeville, lo más importante es que los gobiernos y sus ministros cumplan lo que prometen.

-Sin duda.

-¿Sin duda? Pues el gobierno de usted y usted y su gobierno no han hecho sino mentir y comprometer mi causa.

-¡Oh, Excelentísimo señor, eso es muy fuerte!

-Eso es lo que usted merece, señor Mandeville.

-¿Yo?

-Sí, señor, usted. Hace año y medio que me está usted prometiendo, a nombre de su gobierno, mediar o intervenir en esta maldita cuestión de los franceses. Y es su gobierno, o usted, el que me ha engañado.

-Excelentísimo señor, yo he mostrado a Vuestra Excelencia los oficios originales de mi gobierno.

-Entonces será su gobierno el que ha mentido. Lo cierto es que ustedes no han hecho un diablo por mi causa; y que por culpa de los franceses hoy está Lavalle a veinte leguas de aquí y toda la República en armas contra mi gobierno.

-¡Oh, es inaudita la conducta de los franceses!

-No sea usted zonzo. Los franceses hacen lo que deben, porque están en guerra conmigo. Son ustedes los ingleses los que me han hecho traición. ¿Para qué son enemigos de los franceses? ¿Para qué tienen tanto barco y tanta plata, si cuando llega el caso de proteger a un amigo, les tienen miedo?

-Miedo no, Excelentísimo Señor; es que la conveniencia de la paz europea, los principios del equilibrio continental...

-¡Qué equilibrio, ni qué diablos! Usted y sus paisanos pierden a menudo el equilibrio y nadie les dice nada. Traición y nada más que traición, porque todos son unos, o quizá porque usted y todos sus paisanos son también unitarios como los franceses.

-Eso no, eso no, Excelentísimo señor. Yo soy un leal amigo de Vuecelencia y de su causa. Y la prueba de ello la tiene Vuecelencia en mi conducta.

-¿En qué conducta, señor Mandeville?

-En mi conducta de ahora mismo.

-¿Y qué hay ahora mismo?

-Ahora mismo estoy acá para ofrecer a Vuecelencia mis servicios personales en cuanto quisiera ocuparme.

-¿Y qué haría usted si llegase el caso en que yo me viese perdido?

-Haría desembarcar fuerzas de los buques de Su Majestad para venir a proteger la persona de Vuecelencia y su familia.

-¡Bah! ¿Y usted cree que los treinta o cuarenta ingleses que bajasen habrían de ser respetados por el pueblo si se levantase contra mí?

-Pero si no fueran respetados, las consecuencias serían terribles.

-¡Sí! ¡Y a mí me habría de importar mucho que los ingleses bombardeasen la ciudad después que me hubiesen fusilado! Así no se protegen los amigos, señor Mandeville.

-Sin embargo...

-Sin embargo, si yo fuera ministro inglés, si fuera Mandeville, y usted Juan Manuel Rosas, lo que yo haría sería tener una ballenera a todas horas a la orilla del bajo de la casa en que viviera, para cuando mi amigo Rosas llegase a ella, poder embarcarlo con facilidad.

-Oh, bien, bien, así lo haré.

-No, si yo no le digo que lo haga. Yo no necesito a ustedes para nada. Yo digo lo que haría en lugar de usted.

-Bien, Excelentísimo Señor. Los amigos de Vuecelencia velarán por su seguridad, mientras el genio y el valor de Vuecelencia velan por los destinos de este hermoso país y de la causa tan justa que sostiene. ¿Vuecelencia ha tenido noticias de las provincias del interior?

-¿Y qué me importan las provincias, señor Mandeville?

-Sin embargo, los sucesos en ellas...

-Los sucesos en ellas no me importan un diablo. ¿Usted cree que si yo venzo a Lavalle y lo echo derrotado a las provincias, tengo mucho que temer de los unitarios que se han levantado allá?

-Que temer, no; ¡pero la prolongación de la guerra!...

-Es lo que me daría el triunfo, señor Mandeville; contra mi sistema no hay más peligros que los inmediatos a mi persona; pero los que están lejanos y duran mucho, esos me hacen bien, lejos de hacerme mal.

-Vuecelencia es un genio.

-A lo menos valgo más que los diplomáticos de Europa. ¡Pobre de la Federación si hubiera de ser defendida por hombres como ustedes! ¿Usted sabe por qué a los unitarios se los llevó el diablo?

-Creo que sí, Excelentísimo Señor.

-No, señor; no lo sabe.

-Puede que esté equivocado.

-Sí, señor; lo está. Se los llevó el diablo porque se habían hecho franceses e ingleses.

-¡Ah, las guerras locales!

-Las guerras nuestras, diga usted.

-Pues las guerras americanas.

-No, las guerras argentinas.

-Pues las guerras argentinas.

-Esas requieren hombres como yo.

-Indudablemente.

-Si yo venzo a Lavalle aquí, me río de todo el resto de la República.

-¿Vuestra Excelencia sabe que el general Paz ha marchado para Corrientes?

-¿No ve? ¿No ve si son zonzos los unitarios?

-Cierto, el general Paz no hará nada.

-No, no es que no hará nada. Puede hacer mucho. Son zonzos por otra cosa. Son zonzos porque uno se va por un lado, otro se va por otro, y todos están divididos y peleados, en vez de juntarse todos y venírseme encima como lo ha hecho Lavalle.

-Es la Providencia, Excelentísimo señor.

-O el diablo. Pero usted quiso decirme algo de las provincias.

-Es verdad, Excelentísimo señor.

-¿Y qué hay?

-Vuestra Excelencia no puede perder su tiempo en esas cosas.

-¿Pero en qué cosas, señor Mandeville?

-¿Vuestra Excelencia no ha tenido noticias de Lamadrid ni de Brizuela?

-Son viejas las que tengo.

-Yo he recibido algunas por Montevideo.

-¿Cuándo?

-Anoche.

-¿Y viene usted a las doce del día a decírmelo?

-No, señor. Son las diez.

-Bueno, las diez.

-Yo siempre soy perezoso para lo que no tiene relación con la prosperidad de Vuestra Excelencia.

-Luego ¿son malas las noticias?

-Exageraciones de los unitarios.

-¿Y qué hay? Acabe usted -dijo Rosas con una inquietud malísimamente disimulada en su semblante.

-En mi correspondencia particular se me dice lo siguiente -dijo Mandeville sacando unos papeles de su bolsillo-. Pero antes ¿quiere Vuestra Excelencia que lea? -agregó.

-Lea, lea.

El señor Mandeville leyó:

"A principios de julio el general Lamadrid pisó el territorio de Córdoba.

"Una carta datada el 9 de julio, en Córdoba, da el siguiente resumen de las operaciones del ejército de los unitarios:

"Lamadrid viene a la cabeza de tres mil quinientos hombres y diez piezas de artillería.

"El coronel Acha a la cabeza de novecientos catamarqueños ha campado en la Loma Blanca, estancia del finado Reynafé, limítrofe con Catamarca.

"El coronel Casanova se ha alzado con las milicias de Río Seco y el Chañar.

"El coronel Sosa, con los coraceros de Santa Catalina, ha hecho igual movimiento."

-Hasta aquí lo que hay en la carta relativo a las provincias.

-No es poco. Pero están muy lejos -contestó Rosas, a quien en efecto los sucesos de las provincias inquietaban poco, por cuanto tenía a sus puertas un peligro mayor en esos momentos.

-¡Oh, muy lejos! -contestó el señor Mandeville.

-¿Y qué más le escriben a usted?

-Me adjuntan esta proclama de Brizuela.

-A ver: léala.

"¡Dios y libertad!

El Gobernador y Capitán General de la provincia de la Rioja, Brigadier D. T. Brizuela, a sus compatriotas:

"¡Hermanos y compatriotas! Las heroicas provincias de Tucumán, Salta, Jujuy y Catamarca, irritadas con la presencia de los males que el tirano de Buenos Aires hace pesar sobre la república entera, y queriendo preservarla para siempre de las perfidias y asechanzas de aquél, han levantado su tremenda voz, y dicho: ¡Viva la libertad argentina! ¡Muera el usurpador Rosas! Este grito tan análogo al corazón de los riojanos fue la chispa eléctrica que los inflamó, y el 5 del corriente mes de América, por el órgano de sus R. R. respondieron y han jurado no permitir que los malvados osen poner su inmunda planta sobre el altar santo de la patria.

"¡Compatriotas! El usurpador don J. M. Rosas, allá en el sangriento laboratorio de una alma depravada, tenía decretado el exterminio de la República: todas las provincias debían ser convertidas en hordas de salvajes habitantes del desierto. Los campeones de la libertad, los que dieron patria a tantos pueblos con su espada y su saber, los que hicieron clásica la tierra del sol, presentarían un espectáculo admirable al mundo viejo: por la perfidia del tirano Rosas quedarían errantes y sin término; y donde sobran recursos a las fieras y a las aves de rapiña, nuestros valientes, sus esposas y sus hijos no encontrarían un solo árbol que los consolase con su sombra. Entretanto, volved la vista hacia el tirano: él ríe cuando la naturaleza y la humanidad lloran a su lado. El duerme tranquilo cuando la injusticia y el puñal alevoso le hacen la centinela; él por fin se divierte y entretiene creando escarapelas y divisas de la sangre misma que hace verter. Esta pintura es horrible pero exacta.

"¡Paisanos! No permitamos que el sol de América, su Dios en otro tiempo, desde su alto cenit nos diga: 'Dejad esa tierra que no debéis pisar, no merecéis que os alumbre: los sepulcros que ha más de trescientos años abristeis son más dignos que vosotros de mi claridad y esplendor'. Amigos: no, no es posible; hagamos por no merecer tan humillante como justa reconvención; principiemos por ser libres, abramos las puertas a todos los desgraciados, enjuguemos las lágrimas de tantas madres y esposas abandonadas a la orfandad y miseria, consolémoslas en su amargo llanto; pero enristremos nuestras lanzas contra los desnaturalizados que intentan sofocar en nuestro corazón tan dulce sentimiento. No confiemos más la suerte de nuestra patria a los caprichos y venganzas de un hombre solo, carguemos sobre nuestros propios hombros el peso grave de nuestros destinos. Nos falta mucho, es verdad; pero sabed que la sinceridad y la buena fe son preferibles a las letras dolosas y a la filosofía armada: adornados con aquellas cualidades, arrojémonos a plantar el árbol santo de la libertad, garantizada por una constitución, ante la cual el grande, el pequeño, el fuerte, el débil, queden asegurados en sus derechos y propiedades.

Tales son los votos que animan a vuestro compatriota y amigo. - Tomás Brizuela.

Está conforme - Ersilvengoa.

-¡Bah, palabras bonitas de los unitarios!

-¡Oh, nada más! -contestó el dócil ministro de la Gran Bretaña.

-¿Sabe algo más?

-La anarquía entre Rivera y los emigrados argentinos, entre Rivera y Lavalle, entre los amigos del gobierno delegado y Rivera, y entre todo el género humano continúa haciendo prodigios en la república vecina.

-Ya lo sé; ¿y de Europa?

-¿De Europa?

-Sí, no hablo en griego.

-Creo, Excelentísimo señor, que la cuestión de Oriente se ha complicado más, y que las oficiosidades del gobierno de mi soberana darán una pronta y feliz solución a la injusta cuestión promovida por los franceses al gobierno de Vuecelencia.

-Eso mismo me decía usted hace un año.

-Pero ahora tengo datos positivos.

-Los de siempre.

-La cuestión de Oriente...

-No me hable más de eso, señor Mandeville.

-Bien, Excelentísimo señor.

-Que se los lleve el diablo a todos es lo que yo deseo.

-Los negocios están muy gravemente complicados.

-Sí, está bueno ¿y no sabe más?

-Por ahora nada más, Excelentísimo señor. Espero el paquete.

-Entonces usted me dispensará porque tengo que hacer -dijo Rosas levantándose.

-Ni un minuto quiero que pierda Vuecelencia su precioso tiempo.

-Sí, señor Mandeville, tengo mucho que hacer, porque mis amigos no me saben ayudar en nada.

Y Rosas salió del cuarto llevando en pos de sí al señor Mandeville, más débil y sumiso y humillado que el último lacayo de la Federación de entonces.

Más por un efecto de distracción que por civilidad, Rosas acompañó al ministro hasta la puerta de su antegabinete, que daba al pasadizo, donde encontraron a Manuela dando órdenes a la mulata cocinera, que continuaba en su faena del maíz.

Se deshacía Mandeville en cortesías y cumplimientos a la hija del Restaurador, cuando Rosas, por una de esas súbitas inspiraciones de su carácter, mitad tigre y mitad zorro, mitad trágico y mitad cómico, con los ojos y con las manos hacía violentas señas a su hija, que con trabajo pudo, al fin, comprender la pantomima de su padre.

Pero la perplejidad quedó pintada en el semblante de la joven cuando comprendió lo que se le ordenaba hacer; no sabiendo ni lo que contestaba al señor Mandeville, ni si debía o no ejecutar la voluntad de su padre. Una mirada de él, sin embargo, amilanó el espíritu domeñado de Manuela; y esta primera víctima de su padre tomó de manos de la mulata la maza con que machacaba el maíz, y, enrojecido su semblante y trémulas sus manos, continuó en el mortero la operación de la criada.

-¿Usted sabe para qué es ese maíz que pisa mi hija, señor Mandeville?

-No, Excelentísimo señor -respondió el ministro paseando sus ojos alternativamente de Manuela a su padre y de la cocinera a Viguá, sentado al pie del mortero.

-Eso es para hacer mazamorra -dijo Rosas.

-¡Ah!

-¿Usted no ha comido mazamorra?

-No, Excelentísimo señor.

-Pero esta muchacha no tiene fuerzas. Toda la mañana se la ha llevado en eso, y el maíz todavía está entero. Mírela, ya no puede de cansada. ¡Vaya!, levántese Su Reverencia, padre Viguá, y ayude un poco a Manuela, porque el señor Mandeville tiene las manos muy delicadas, y es ministro.

Librodot

-¡Oh, no, señor Gobernador! Yo ayudaré con mucho gusto a la señorita Manuelita -dijo Mandeville, acercándose al mortero y tomando la maza de manos de Manuela, que a una seña de su padre se la entregó sin vacilar, comprendiendo entonces la idea que había tenido, y sonriendo de ella.

El ministro de Su Majestad Británica, caballero Mandeville, se dobló los puños de batista de su camisa, y empezó a machacar el maíz a grandes golpes.

-Así; nadie diría que es inglés, sino criollo; así se pisa, ¿ves, Manuela? Aprende -decía Rosas, saltándole el alma y la risa en el cuerpo.

-¡Oh, es una ocupación muy fuerte para una señorita! -exclamó el señor Mandeville, siempre machacando y haciendo saltar una lluvia de fragmentos de maíz sobre el padre Viguá, que se los devoraba con mucho gusto.

-Más fuerte, señor Mandeville, más fuerte. Si el maíz no se quiebra bien, la mazamorra sale muy dura.

El ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de Su Majestad la reina del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda continuaba machacando el maíz para la mazamorra del dictador argentino.

-¡Tatita!

Rosas le tiró del vestido a su hija para que se callase y prosiguió:

-Si se cansa, deje no más.

-¡Oh, no, señor Gobernador, no! -le contestó Mandeville, dando cada vez más fuerte, y empezando a sudar por todos sus poros.

-¿A ver? Espérese un poquito -dijo Rosas acercándose al mortero y revolviendo los granos con su mano-.

Ya está bueno -prosiguió después de examinar el maíz-, esto es saber hacer las cosas.

Y a tiempo de concluir esas palabras, doña María Josefa Ezcurra apareció en la escena.

-¿Le parece bien a Vuecelencia? -preguntó Mandeville desdoblándose sus puñitos de batista, después de haber saludado a la recién venida.

-Muy bueno está, señor ministro. Manuela, acompaña al señor Mandeville, o llévalo a la sala, si quiere. Conque, hasta siempre, mi amigo. Estoy muy ocupado, como usted sabe, pero yo siempre soy su amigo.

-Tengo mucho honor en creerlo así, Excelentísimo señor, y yo no olvidaré lo que Vuecelencia haría en mi lugar si yo estuviera en lugar de Vuecelencia -dijo el ministro marcando sus palabras para recordar a Rosas que tenía presente su proyecto de la ballenera,

-Haga usted lo que quiera. Buenos días.

Y Rosas se volvió a su gabinete acompañado de su cuñada, mientras el señor Mandeville daba el brazo a Manuela y pasaba con ella al gran salón de la casa.

-Buenas noticias -le dijo doña María Josefa al entrar.

-¿De quién?

-De aquella ánima que se nos había escapado el 4 de mayo.

-¿Lo han "agarrado"? -preguntó Rosas, resplandeciéndole los ojos.

-No.

-¿No?

-Pero la "agarraremos". Cuitiño es un bruto.

-Pero, ¿dónde está?

-A sentarnos primero -dijo la vieja.

-A sentarnos primero -dijo la vieja, pasando con Rosas del gabinete a la alcoba.

Librodot

XIII. Cómo sacamos en limpio que Don Cándido Rodríguez se parecía a Don Juan Manuel Rosas

En esa misma mañana en que su señoría el señor ministro plenipotenciario de Su Majestad Británica machacaba el maíz para la mazamorra de Rosas, nuestro antiguo amigo don Cándido Rodríguez se paseaba en el largo zaguán de su casa, cerca de la Plaza Nueva, metido entre su sobretodo color pasa, que lo había acompañado en sus sustos del año de 1820; con un gorro blanco metido hasta las orejas, dos grandes hojas de naranjo pegadas con sebo en las sienes, unos viejos zapatos de paño que le servían de pantuflas, y las manos en los bolsillos del sobretodo.

Lo irregular de su paso, las ojeras que bordaban sus párpados y las gesticulaciones repentinas en su fisonomía daban a entender que había pasado mala noche y que se hallaba en momentos de un diálogo elocuente consigo mismo.

Dos golpes dados a la puerta lo pararon súbitamente en sus paseos.

Se acercó a ella, miró por la boca llave antes de preguntar quién estaba, y no viendo sino el pecho de una persona, se atrevió a interrogar con una voz notablemente trémula:

-¿Quién es?

-Soy yo, mi querido maestro.

-¡Daniel!

-Sí, Daniel; abra usted.

-¿Que abra?

-Sí, con todos los santos del cielo, eso es lo que he dicho.

-¿Eres tú, en efecto, Daniel?

-Creo que sí, hágame usted el favor de abrir y me verá.

-Oye: pon tu cara en línea recta horizontal con el ojo de la llave, pero separado a una tercia o media vara de él, para que yo pueda dirigir mi visual y conocerte.

Daniel tuvo intención de dar una patada a la puerta y hacer saltar el picaporte, pero no pasó de intención, y tuvo que hacer lo que su intransigible maestro le ordenaba.

-¡Ah, eres tú, en efecto! -dijo don Cándido, y abrió la puerta.

-Sí, señor, yo soy; yo, que tengo demasiada paciencia con usted.

-Espera, detente, Daniel, no sigas más adelante -exclamó don Cándido tomando la mano a su discípulo.

-¿Qué diablos significa esto, señor don Cándido? ¿Por qué no puedo seguir más adelante?

-Porque quiero que entres aquí, en este cuarto de Nicolasa -respondió don Cándido, señalando la puerta de una habitación que daba al zaguán.

-Ante todas cosas, ¿ha sucedido algo?

-Nada, pero ven al cuarto de Nicolasa.

-¿Es usted el quien va a hablarme ahí?

-Yo, yo mismo.

-Malo.

-Cosas muy serias.

-Peor.

-Ven, Daniel.

-Con una condición.

-Impón, ordena.

-Que la conversación no pasará de dos o tres minutos.

-Ven, Daniel.

-¿Acepta usted?

-Acepto, ven.

-Vamos allá.

Y Daniel, llevado por la mano de su antiguo maestro, entró al cuarto de la provinciana sirvienta de él, y sentóse sobre una vieja silla de vaqueta.

Don Cándido se paró a su lado, y extendiendo el brazo dijo:

-Tómame el pulso, Daniel.

-¿Yo?

-Sí, tú.

-¿Y qué diablo quiere usted que haga yo con su pulso?

-Ver la fiebre que me devora, que me consume, que me abrasa desde anoche. ¿Qué quieres hacer de mí, Daniel? ¿Qué hombre es éste que has metido en mi casa?

-¡Ahora salimos con ésas! ¿No lo conoce usted ya?

-Lo conocí de niño, como te conocí a ti y a tantos otros, cuando era infante, tierno, e inocente como todos los niños. Pero, ¿sé yo acaso cuál es su vida actual, cuáles sus opiniones, cuáles sus compromisos? ¿Puedo creer que es un inocente cuando me lo traes entre el lóbrego misterio de la noche, y cuando me ordenas que nadie lo vea y que a nadie hable de este asunto? ¿Puedo creer que es un amigo del gobierno cuando lo veo sin una sola de las divisas federales, y con una corbata blanca y celeste? ¿No debo deducir de todo esto, por una lógica concluyente, que aquí hay alguna intriga política, alguna conspiración, algún complot, alguna revolución en que yo estoy tomando parte sin saberlo y sin quererlo; yo, un hombre pacífico, tranquilo y sosegado; yo, que por mi grave y circunspecta posición actual como secretario de Su Excelencia el señor ministro Arana, que es un hombre excelente como su señora y toda su respetabilísima familia y hasta sus criados, debo ser por fuerza, por necesidad, circunspecto y leal a mis deberes oficiales? ¿Te parece?...

-Me parece que usted ha perdido el juicio, señor don Cándido, y como yo no quiero perder el mío, ni perder mi tiempo, bueno será que demos por concluida nuestra conferencia y me permita usted pasar a ver a Eduardo.

-Pero, ¿hasta cuándo va a estar en mi casa?

-Hasta que Dios quiera.

-Pero eso no puede ser.

-Eso será, sin embargo.

-¡Daniel!

-Señor don Cándido, mi distinguido maestro, recapitulemos en dos palabras la posición de todos.

-Sí, recapitulemos.

-Oigame usted: para evitar los peligros que la federación le pudiera hacer correr a usted en la época actual lo he colocado de secretario privado del señor Arana ¿no es cierto?

-Exactamente.

-Bien, pues; el señor Arana y todos sus secretarios, es muy probable que sean colgados de un día a otro, no por orden de las autoridades, sino por orden del pueblo que puede levantarse contras Rosas de un momento a otro.

-¡Oh! -exclamó don Cándido, abriendo tamaños ojos.

-Colgados, sí, señor -repitió Daniel.

-¿Los secretarios también?

-También.

-¿Sin ser por equivocación?

-Sin ser por equivocación.

-¡Es espantoso!

-Los secretarios junto con el ministro.

Librodot

-De manera que si dejo mi empleo de secretario, la Mazorca me degüella; y si no lo dejo, el pueblo me ahorca; y todavía, en cualquiera de los dos casos, me puede suceder una desgracia por equivocación.

-Exactamente, eso sí es lógica.

-¡Lógica de los infiernos, Daniel; lógica que me va a costar la vida, por tu causa!

-No, señor, no le costará a usted nada, si usted hace cuanto yo quiero.

-¿Y qué he de hacer? Habla.

-Voy a ponerle a usted el dilema en otro sentido: estamos en el momento de crisis; en ella, o Rosas ha de triunfar de Lavalle, o Lavalle de Rosas, ¿no es así?

-Cierto, así es.

-Bien, pues: en el primer caso, usted tiene en don Felipe Arana un apoyo para continuar en su próspera fortuna; y en el segundo, usted tiene en Eduardo la mejor tijera para cortar la soga del pueblo.

-¿En Eduardo?

-Sí, y no hay más que hablar sobre esto, ni repetirlo.

-De modo que...

-De modo que usted tiene que guardar a Eduardo en su casa hasta que yo determine.

-Pero...

-Otro hombre menos generoso que yo compraría el secreto de usted, diciéndole: Señor don Cándido, muy buena está la orden del ejército de Lavalle que me ha dado usted anoche copiada de su puño y letra, y a la menor indiscreción suya ese documento irá a manos de Rosas, señor don Cándido...

-¡Basta, basta, Daniel!

-Bien, basta. ¿Entonces estamos de acuerdo?

-De acuerdo. ¡Oh, Dios mío, yo estoy como Rosas; soy igual a él en organización; está visto! -exclamó don Cándido paseándose precipitadamente por el cuarto de Nicolasa, y apretándose contra las sienes los parches de naranjo.

-¿Que usted es igual a Rosas en organización?

-Sí, Daniel, idéntico.

-¡Diablo! ¿Me hace usted el favor de explicarme eso, señor don Cándido? Porque, si es así, entre Eduardo y yo podríamos hacer ahora mismo un gran servicio a la humanidad.

-Sí, Daniel, igual -dijo don Cándido, sin comprender la burla de Daniel.

-Pero, ¿igual en qué?

-En que tengo miedo, Daniel, miedo de cuanto me rodea.

-¡Hola! ¿Y usted sabe que el señor gobernador tiene miedo?

-Sí, lo sé. Ayer a la oración, mientras yo escribía, es decir, mientras sacaba copias de los documentos que te enseñé más tarde, porque siguiendo tus órdenes saco siempre una copia de más, el señor ministro conversaba muy quedito con el señor Garrigós, y ¿sabes lo que le decía?

-Si usted no me lo dice, no creo que podré adivinarlo.

-Le decía que el señor gobernador había hecho poner a bordo de la Acteon cuatro cajones de onzas; y que estaba viendo el momento en que Su Excelencia se embarcaba porque tiene miedo de la situación que lo rodea.

-¡Hola!

-Esas son las palabras textuales del señor ministro.

-¡Diablo!

-Y eso es lo mismo que siento yo: miedo de la situación que me rodea.

-¿También, eh?

-También, sí. Y es por eso por lo que he dicho que me parezco a Su Excelencia, porque es muy explicativo, muy elocuente, muy terminante, que, en unos mismos momentos él y yo sintamos unas mismas impresiones.

-Cierto -dijo Daniel pensando en las palabras de don Cándido.

Librodot

-Y ese fenómeno no tendría lugar si él y yo no tuviésemos organizaciones idénticas, iguales, igualmente impresionables.

-¿Conque cuatro cajones de onzas, a bordo de la Acteon?

-Cuatro cajones.

-¿Y que tiene miedo?

-Miedo, eso fue lo que dijo.

-¿Y el señor Arana, no dijo alguna cosa relativa a él?

-Claro está que dijo, porque el señor ministro tiene una lógica tan concluyente como la mía: "Es preciso que pensemos también en nosotros, amigo mío -le dijo a Garrigós. Nosotros no hemos hecho mal a nadie; al contrario, hemos hecho todo el bien que hemos podido; pero será bueno que tratemos de embarcarnos inmediatamente que el señor gobernador lo haga." Y esto es lógico, Daniel: así como yo digo que si siento que el ministro se embarca, me embarco yo, aunque sea por el Riachuelo, y para ir a la isla de Casajema.

-¿Y Garrigós dijo algo?

-Fue de distinta opinión.

-¿Opinaba el quedarse?

-No; trató de demostrar a don Felipe, al señor ministro quise decir, que lo más prudente era no esperar a que el gobernador se embarcase, en el caso de que la situación se fuera haciendo más peligrosa. Pero a lo último continuaron hablando tan despacio que no pude oír más.

-Sin embargo, es preciso que otra vez tenga usted los oídos más abiertos.

-¿Estás incomodado, mi querido y estimado Daniel?

-No, señor, no. Pero así como yo lleno a usted de garantías presentes y futuras, quiero de usted circunspección y servicios activos.

-Cuando yo pueda, Daniel. ¿Pero crees que corro peligro actualmente?

-Ninguno.

-¿Eduardo estará muchos días aquí?

-¿Tiene usted completa confianza en Nicolasa?

-Como de mí mismo. Odia a toda esta gente desde que le mataron a su hijo, a su buen, a su leal, a su tierno hijo; y desde que ha sospechado que Eduardo está escondido, le sirve con más prolijidad que a mí, con más esmero, con puntualidad, con...

-Vamos a ver a Eduardo, señor don Cándido.

-Vamos, mi querido y estimado Daniel; está en mi gabinete.

Librodot

XIV. Los dos amigos

-Vamos, pero hasta la puerta del gabinete solamente, porque yo soy el médico del alma de este hombre, y sabe usted que los médicos tienen siempre que hablar solos con sus enfermos.

-¡Ah, Daniel!

-¿Qué hay, señor?

-Nada, entra; pasa adelante; yo me voy a la sala -dijo don Cándido al entrar Daniel al lugar clasificado de gabinete, y volviendo sobre sus pasos.

-Buen día, mi querido Eduardo -dijo Daniel a su amigo, sentado en la vieja poltrona de don Cándido, delante de su mesa de escribir.

-Bien podías haberme tenido hasta mañana en esta maldita cárcel sin saber una palabra de nadie -dijo Eduardo.

-¡Ah! ¿Empezamos por reconvenciones?

-Me parece que tengo razón: son las diez de la mañana.

-Cierto, las diez.

-Y bien, ¿qué es de Amalia?

-Muy buena está, gracias a Dios, pero no gracias a ti, que haces todo lo posible porque lo pase mal.

-¿Yo?

-Tú, sí; y ahí está la prueba -dijo Daniel señalando ocho o diez pliegos de papel dispersos sobre la mesa, en cada uno de los cuales había el nombre de Amalia veinte o treinta veces escrito a lo ancho, a lo largo, al sesgo, de todos modos y con infinitas formas de letra.

-¡Ah! exclamó Eduardo poniéndose colorado y juntando todos los papeles.

-Tú te entretenías en esto, mi querido Eduardo, nada más natural; pero en tu situación es preciso que lo conveniente ceda el lugar a lo natural; y como no conviene que nadie sepa que tienes tanto amor a ese nombre, bueno será hacer esto -dijo Daniel tomando los papeles de mano de Eduardo, enrollándolos y tirándolos a una vieja chimenea que se encendía quince o veinte días en cada invierno en el gabinete de don Cándido, para secar la humedad de las paredes, según él decía, porque el fuego continuo le hacía mal; encendida ese día por consideraciones a su huésped por fuerza.

-Bien, te concedo que tienes razón, Daniel, pero yo quiero volver a Barracas, ahora mismo.

-Comprendo que lo quieras.

-Y lo haré.

-No, no lo harás.

-¿Y quién me lo impedirá?

-Yo.

-¡Oh, caballero, eso es abusar demasiado de la amistad!

-Si usted lo cree así, señor Belgrano, nada más sencillo entonces.

-¿Cómo?

-Que usted puede irse a Barracas cuando quiera, pero debo prevenirle que cuando usted llegue, se encontrará solo en la casa, porque mi prima no estará en ella.

-¡Por Dios, Daniel, por Dios, no mortifiques más mi situación! Yo no sé lo que digo.

-¡Vaya! Al cabo has dicho una cosa razonable, y ahora que has empezado a tener razón, oye todo lo que hay.

Y Daniel refirió sucintamente a Eduardo todas las ocurrencias de la noche anterior, como también la invasión del general Lavalle.

-Cierto, cierto. ¡Yo no puedo ya habitar en Barracas sin comprometerla! -dijo Eduardo, poniendo el codo sobre la mesa, reclinada su frente en la palma de su mano.

-Eso es hablar con juicio, Eduardo. Hoy no hay otro medio de salvar a Amalia que poniéndote lejos de la mano de Rosas, porque, aun cuando yo pudiera salvarla de los insultos de la Mazorca, o de una medida torpe del tirano, yo no tendría poder para libertarla de los rigores de su propia organización, si te acaeciera una desgracia. Amalia está apasionada. Su naturaleza sensible y su imaginación exaltada la llevarían al último extremo de la vida, o del infortunio, si llegase hasta su corazón una sola gota de tu sangre.

-¿Y qué hago, Daniel, qué hago?

-Desistir de la idea de verla por algunos días.

-Imposible.

-La pierdes entonces.

-¿Yo?

-Tú.

-¡Oh, no puedo, no!

-No la amas, entonces.

-¡Que no la amo! ¡Oh! Sí, sí; no la amo como ella se merece ser amada, porque para Amalia se necesita un Dios, y yo soy un hombre; ella se merece el amor del cielo y de la tierra, y yo no puedo darle sino el amor de mi alma. ¡Ah! Daniel: desde anoche me parece que falta luz, porque sus ojos no la derraman sobre los míos; me parece que me falta el aire de mi existencia, porque no lo aspiro en sus alientos. ¡Que no la amo! ¡Oh, Dios mío, Dios Mío! -exclamó Eduardo ocultando su frente entre sus manos.

Un momento de silencio se estableció entre los jóvenes. Daniel respetaba en ese momento esa noble pasión del amor, obra de Dios para las almas generosas y grandes, que él sentía también aunque sin la exaltación de su amigo; porque ni el amor por su Florencia tenía obstáculos que lo irritasen, ni su espíritu estaba ajeno a otras nobles y grandes impresiones que lo distraían; ni él tenía tampoco la organización reconcentrada de Eduardo, en la cual, por esa desgraciada condición, las pasiones, la felicidad y la desgracia, obraban sus efectos con más poder.

-Pero no; esto es ser demasiado débil. ¿Qué es lo que decías que debo hacer, Daniel? -dijo Eduardo, sacudiendo su cabeza, echando atrás las hebras de sus cabellos de ébano, que caían sobre sus sienes pálidas, y mirando tranquilamente a su amigo.

-No ver a Amalia por algunos días.

-Bien.

-Si los sucesos políticos alcanzan pronto el fin que les deseamos, entonces todo está ganado en tus negocios.

-Sí, cierto.

-Si, por el contrario, los sucesos no alcanzan ese fin, es necesario entonces que emigres.

-¿Solo?

-No, no irás solo.

-¿Irá Amalia? ¿Crees que quiera seguirme?

-Sí, lo creo perfectamente. Pero además de Amalia irán otras personas de tu relación.

-¡Oh! Sí, vamos al extranjero, Daniel, el aire de la patria mata a sus hijos, hoy nos sofoca.

-No importa; es necesario respirarlo como se pueda, hasta haber perdido toda esperanza.

-Pero, ¿y si los sucesos se demoran mucho tiempo?

-No es posible.

-Nada más fácil de suceder, sin embargo. Un contratiempo cualquiera puede detener las operaciones de Lavalle, y entonces...

-Entonces todo se habrá perdido; porque la demora es la ruina para Lavalle, en el estado actual de las cosas.

-Pero, no, amigo mío, no estará perdido; y porque no lo estará, estaremos todos los días esperando que al siguiente entre Lavalle.

-Lo esperarán otros, pero yo no, Eduardo. El personal del ejército libertador es infinitamente inferior en número al de Rosas. Y los recursos de éste son en relación de mil a uno, comparados con los de nuestro bravo general. En favor de éste, pues, no hay más que la impresión moral que ha causado su inesperada presencia en la provincia, y los antecedentes casi romancescos de su valor personal, y del entusiasmo de sus jóvenes soldados. Pero, si el momento de esa impresión se pierde, todas las probabilidades estarán entonces en contra de la cruzada.

-Pero bien, supongamos el caso de una prolongación de tiempo en la guerra; ¿cómo vivir entonces separado de Amalia tanto tiempo, Daniel?

-Si llegara ese caso, la verías, pero no en Barracas.

-¿Puedo entrar un momento, mis queridos y estimados discípulos? -dijo don Cándido, asomando la borlita de su gorro blanco por la puerta del gabinete, que entreabrió.

-Adelante, mi querido y estimado maestro -dijo Daniel.

-Hay una novedad, Daniel, una ocurrencia, una cosa...

-¿Usted me hará el favor de decírmela de una vez, señor don Cándido?

-Es el caso que yo me paseaba en el zaguán, porque cuando tengo un poco de dolor de cabeza como al presente, me hace bien pasearme, como también ponerme unos parches de hojas de naranjo. Porque habéis de saber, hijos míos, que las hojas de naranjo con sebo tienen sobre mi organización la virtud específica...

-De mejorar a usted y enfermar a los otros. ¿Qué es lo que hay? -preguntó el impaciente Daniel.

-A eso camino.

-¡Pero llegue usted de una vez, por todos los santos!

-Ya llego, genio de pólvora, ya llego. Me paseaba en el zaguán, decía, cuando sentí que alguien se paró en la puerta. Me acerqué indeciso, vacilante, dudoso. Pregunté quién era. Me convencí de la identidad de la persona que me respondió, y entonces abrí: ¿quién te parece que era, Daniel?

-No sé, pero me alegraría de que hubiese sido el diablo, señor don Cándido -dijo Daniel, dominando su impaciencia como era su costumbre.

-No, no era el diablo, porque ése parece que no se desprende de mi levita hace tiempo. Era Fermín, tu leal, tu fiel, tu...

-¿Fermín está ahí?

-Sí. Está en el zaguán, dice que quiere hablarte.

-¡Acabara usted, con mil bombas! -exclamó Daniel saliendo apresuradamente del gabinete.

-¡Qué genio! Se ha de perder, se ha de estrellar contra el destino. Oye tú, Eduardo, tú, que pareces más circunspecto, aun cuando después que saliste de la escuela en que eras quieto, tranquilo y estudioso, no he tenido la satisfacción de tratarte; es necesario que tengas mucha cautela en la situación actual. Dime: ¿por qué no entras hoy mismo a estudiar con los jesuitas y te entregas a la carrera eclesiástica?

-Señor, ¿me hace usted el favor de dejarme el alma en paz?

-¡Ay! ¡Malo! ¿También eres tú como tu amigo? ¿Y qué pretendéis, jóvenes extraviados en la carrera tortuosa, en la pendiente rápida en que os habéis lanzado?

-Pretendemos que nos deje usted solos un momento, señor don Cándido -dijo Daniel, que entraba al gabinete a tiempo que su respetable maestro de primeras letras empezaba la interrumpida frase de su valiente apóstrofe.

-¿Nos amenaza algún peligro, Daniel? -preguntó don Cándido, mirando tímidamente a su discípulo.

-Ninguno absolutamente. Son asuntos míos y de Eduardo.

-Pero es que nosotros tres estamos hoy formando un solo cuerpo indivisible.

-No importa, lo dividiremos momentáneamente. Háganos usted el favor de dejarnos solos.

Librodot

-Quedad -dijo don Cándido extendiendo su mano en el aire en dirección a los dos jóvenes y saliendo pausadamente del gabinete.

-El negocio se vuelve más serio, Eduardo.

-¿Qué hay?

-Algo de Amalia.

-¡Oh!

-Sí, de Amalia. Acaba de recibir aviso de que dentro de una hora la policía le hará una visita domiciliaria, y me lo manda decir con Fermín, a quien yo había mandado a Barracas antes de venir a verte.

-¿Y qué hacemos, Daniel? ¡Pero, oh, cómo pregunto qué hacemos!... Daniel, me voy a Barracas.

-Eduardo, no es tiempo de hacer locuras. Yo amo mucho a mi prima para permitir a nadie el que arroje sobre ella la desgracia -dijo Daniel con un tono y una mirada tan serios, que hicieron una fuerte impresión en el ánimo de Eduardo.

-Pero yo soy la causa de los insultos a que esa señora se ve expuesta, y soy yo, caballero, quien deba protegerla -contestó Eduardo con sequedad.

-Eduardo, no hagamos locuras -repitió Daniel, volviendo a la dulzura natural con que trataba a su amigo-, no hagamos locuras. Si se tratase de defenderla de un hombre, de dos hombres, de más que fuesen, con la espada en la mano, yo te dejaría muy tranquilo el placer de entretenerte con ellos. Pero es del tirano y de todos sus secuaces de quienes debemos defenderla; y para con ellos tu valor es impotente; tu presencia les daría mayores armas contra Amalia, y no conseguirías libertar ni tu cabeza ni la tranquilidad de mi prima.

-Tienes razón.

-Déjame obrar. Yo voy a Barracas en el acto, y a la fuerza yo opondré la astucia, y trataré de extraviar el instinto de la bestia con la inteligencia del hombre.

-Bien, anda, anda pronto.

-Tardaré diez minutos en llegar a mi casa a tomar mi caballo, y en un cuarto de hora estaré en Barracas.

-Bien, ¿y volverás?

-Esta noche.

-Dile...

-Que te conservas para ella.

-Dile lo que quieras, Daniel -dijo Eduardo, dándose vuelta, porque sin duda en sus ojos había algo que quería ocultar a la mirada de su amigo. Jamás un hombre apasionado como Eduardo, con su valor y su generosidad, puede haberse encontrado en situación más difícil; veía en peligro a la bien amada de su alma, en peligro por él, y no podía defenderla sin agravar su desgracia.

Cuando volvió a su primer paseo por la habitación, ya no halló a Daniel en el gabinete.

Eran las once de la mañana, y don Cándido empezó a vestirse para ir a la secretaría privada del señor don Felipe.

Librodot

XV. Amalia en presencia de la policía

Daniel llegó a su casa, montó en su soberbio alazán, partió a gran galope para Barracas, tomando las peores calles de la ciudad para no encontrar obstáculos de tránsito que lo detuviesen, pues los del terreno los salvaba sin dificultad el superior caballo que montaba; pero todo era inútil, porque iba a llegar tarde a la quinta.

Cuando a las nueve de la mañana Daniel había dejado a su prima, para dirigirse a la ciudad, había dado orden a Fermín que lo esperase en Barracas, designándole las casas en que lo encontraría, en caso que ocurriese alguna novedad.

Una ocurrió en efecto. Poco rato después de su partida llegó a la quinta una carta para Amalia, en que se le anunciaba una visita de la policía, y la joven mandó dar aviso a Daniel de este suceso, por cuanto ella desconfiaba de su prudencia en presencia del insulto que iba a hacerse en su casa.

Pasó inmediatamente al cuarto que ocupaba Eduardo. Tomó de sobre una mesa algunas traducciones del inglés, en que solía entretenerse el joven, y convencida de que no había un solo objeto que pudiese revelar en ese aposento lo que probablemente venía a buscar la policía, volvió a la sala, echó los papeles a la chimenea, y se paseaba con esa inquietud natural en los que esperan de un momento a otro ser actores en una escena desagradable, cuando sintió parar varios caballos a la puerta de la quinta. Y esto sucedió cinco o seis minutos después de la partida de Fermín; mucho antes, pues, de lo que Amalia creía.

Mujer, sola, rodeada de peligros que se extendían desde ella hasta el ser amado de su corazón, la naturaleza se expresó en ella con sinceridad: pálida y débil, se echó en un sillón, haciendo esfuerzos, sin embargo, para sobreponerse a sí misma.

Don Bernardo Victorica, un comisario de policía y Nicolás Mariño se presentaron en la sala, introducidos por Pedro.

Victorica, ese hombre aborrecido y temido de todos los que en Buenos Aires no participaban de la degradación de la época, era, sin embargo, menos malo de lo que generalmente se creía. Y sin faltar jamás a la severidad que le prescribían las órdenes del dictador, se portaba, toda vez que podía hacerlo sin comprometerse, con cierta civilidad, con una especie de semitolerancia, que hubiera sido un delito a los ojos de Rosas, pero que era empleada por el jefe de policía, especialmente cuando tenía que ejercer sus funciones sobre personas a quienes creía comprometidas por alguna delación interesada, o por el excesivo rigorismo del gobierno.

Con el sombrero en la mano, y después de hacer una profunda reverencia, dijo a Amalia:

-Señora, soy el jefe de policía: tengo el penoso deber de hacer un escrupuloso registro en esta casa: es una orden expresa del señor gobernador.

-¿Y estos otros señores vienen también a registrar mi casa? -preguntó Amalia señalando hacia Mariño y al comisario de policía.

-El señor, no -contestó Victorica indicando a Mariño-, este otro señor es un comisario de policía.

-¿Y puedo saber a quién o qué se viene a buscar a mi casa, por orden del señor gobernador?

-Dentro de un momento se lo diré a usted -respondió Victorica con una fisonomía muy seria, pues que él y sus compañeros estaban de pie, sin haber recibido de Amalia la mínima indicación de sentarse.

Ella tiró del cordón de la campanilla, y dijo a Luisa, que apareció al momento:

-Acompaña a este señor, y ábrele todas las puertas que te indique.

Victorica hizo un saludo a Amalia, y siguió a Luisa por las piezas interiores.

Acompañado del comisario pasó al gabinete de lectura y luego al suntuoso aposento de la joven. El jefe de policía no era hombre de tan delicado gusto que pudiese fijarse en todos

los primores que encerraba aquel adoratorio secreto donde había penetrado más de una vez la mirada enamorada de Eduardo, a través de las tenues neblinas de batista y tul que cubrían los cristales. Pero, al mismo tiempo, Victorica tenía muy buenos ojos dejar de ver que cuanto allí había estaba descubriendo el poco amor de los dueños de aquella casa a la santa causa de la Federación.

Tapices, colgaduras, porcelanas, todo se presentaba a los ojos del jefe de policía con los colores blanco y celeste, blanco y azul, celeste o azul solamente. Y las pobladas cejas del intransigible federal empezaban a juntarse y endurecerse.

"Bien puede ser que aquí no haya nadie oculto, como me lo asegura Mariño; pero, a lo menos, no será porque en esta casa no haya unitarios" -se decía a sí mismo.

Pasó luego al tocador de Amalia, y sus ojos quedaron deslumbrados con la magnificencia que se le presentaba.

-A ver, niña, abre esos roperos -dijo a Luisa.

-¿Y qué va usted a ver en los roperos de la señora? -preguntó la pequeña Luisa, alzando su linda cabeza y mirando cara a cara a Victorica.

-¡Hola! Abre esos roperos te he dicho.

-¡Pues es curiosidad! Vaya, ya están abiertos -dijo Luisa abriendo las puertas de los guardarropas con una prontitud y una acción de enojo que hubiera hecho sonreír a otro cualquiera que no fuese el adusto personaje que la miraba.

-Bien, ciérralos.

-¿Quiere usted ver si hay alguien escondido en los bebederos de los pájaros? -dijo Luisa, señalando las jaulas doradas de los jilgueros.

-Niña, eres muy atrevida, pero tu edad me hace perdonarte. A ver, abre esta puerta.

-¿Esta?

-Sí.

-Esta puerta da a mi aposento.

-Bien, ábrela.

-No hay nadie en él.

-No importa, ábrela.

-¿Yo? No, señor, no la abro. Abrala usted, ya que no cree en mi palabra.

Victorica miró largo rato a aquella criatura de diez u once años que osaba hablarle de ese modo y, en seguida, levantó el picaporte de la puerta, y entró al dormitorio de Luisa.

-Ven, niña -le dijo viéndola que se quedaba en el tocador.

-Iré si manda usted a este señor que vaya también con nosotros -dijo Luisa, señalando al comisario que se entretenía en examinar los pebeteros de oro.

El comisario echó sobre ella una mirada aterradora, que no consiguió, sin embargo, aterrar a la intrépida Luisa y, volviendo el pebetero a la rinconera, volvió a seguir los pasos de Victorica.

-Señor, no me revuelva usted mi cama. Después no se vaya usted a enojar si le quiero enseñar el bebedero de los pajaritos -dijo a Victorica al verlo levantando la colcha de la cama y mirando bajo de ella.

-¿Adónde da esta puerta?

-Al patio.

-Abrela.

-Tire usted no más; está abierta.

Una vez en el patio, Victorica hizo una señal al comisario, que por la verja de hierro se dirigió a la quinta; y él y Luisa se dirigieron a aquella parte del edificio en que estaban las habitaciones de Eduardo y el comedor.

-¿Quién habita en ese cuarto? -preguntó Victorica, examinando el de Eduardo.

-El señor Don Daniel cuando viene a quedarse -contestó Luisa, sin la mínima turbación.

-Y ¿cuántas veces por semana sucede eso?

-La señora me ha mandado que le enseñe a usted la casa, y no que le dé cuenta de lo que pasa en ella. Puede usted preguntárselo a la señora.

Victorica se mordió los labios no sabiendo qué hacer con aquella muchacha, y pasó a otra habitación, y por último al comedor, sin haber encontrado cosa alguna que le diese indicios de lo que buscaba.

Mientras se ejecutaba esta pesquisa policial, en el modo y forma adoptada por la dictadura, una escena bien diferente, pero no menos interesante, tenía lugar en la sala.

Luego que Victorica y el comisario pasaron a las piezas interiores, Amalia, sin levantar los ojos a honrar con su mirada la fisonomía de Mariño, le dijo:

-Puede usted sentarse, si tiene la intención de esperar al señor Victorica.

Amalia no estaba rosada, estaba punzó en aquel momento. Y Mariño, por el contrario, estaba pálido y descompuesto en presencia de aquella mujer cuya belleza fascinaba y cuyas maneras imperiosas y aristocráticas, podemos decir, imponían.

-Mi intención -dijo Mariño, sentándose a algunos pasos de Amalia-, mi intención ha sido prestar a usted un servicio, señora, un gran servicio en estas circunstancias.

-¡Mil gracias! -contestó Amalia con sequedad.

-¿Ha recibido usted mi carta esta mañana?

-He recibido un papel firmado por Nicolás Mariño, que supongo será usted.

-Bien -contestó el comandante de serenos, dominando la impresión que le causó la desdeñosa respuesta de la joven-. En esa carta, en ese papel, como usted lo llama, me apresuré a participar a usted lo que iba a ocurrir.

-¿Y puedo saber con qué objeto se tomó usted esa incomodidad, señor?

-Con el objeto de que tomase usted las medidas que su seguridad le aconsejase.

-Es usted demasiado bueno para conmigo; pero demasiado malo para con sus amigos políticos, pues que les hace usted traición.

-¡Traición!

-Me parece que sí.

-Eso es muy fuerte, señora.

-Sin embargo, ése es el nombre.

-Yo trato de hacer siempre todo el bien que puedo. Además, yo sabía que desde anoche no podía haber ningún hombre en esta casa, después de la visita de Cuitiño. Doña María Josefa Ezcurra, sin embargo, que tiene un empeño especial en perseguir esta casa, mientras yo lo tengo en protegerla, fue esta mañana a dar parte al señor gobernador de que aquí se ocultaba una persona que se busca hace mucho tiempo por la autoridad. Su Excelencia mandó llamar al señor Victorica, le dio la orden que está cumpliendo, y yo, que tuve la suerte de saber lo que ocurría, no perdí un instante en comunicárselo a usted, decidiéndome también a acompañar al señor Victorica, por si tenía la suerte de poder librar a usted de algún compromiso. Esta es mi conducta, señora; y si hago una traición a mis amigos, la causa por que así procedo me justifica plenamente. Esa causa es santa; nace de una simpatía instantánea que sentí por usted desde que tuve la dicha de conocerla. Desde entonces, mi vida entera está consagrada a buscar los medios de acercarme a esta casa; y mi posición, mi fortuna, mi influencia...

-Su posición y su influencia de usted no impedirán que yo lo deje solo, ya que no comprende usted que su presencia me fastidia -dijo Amalia, levantándose, separando la silla en que estaba sentada, y pasando al gabinete de lectura, y de éste a su alcoba, donde se sentó en su sofá, radiante de belleza y de orgullo.

-¡Ah! ¡yo me vengaré, perra unitaria! -exclamó Mariño, pálido de rabia.

Pocos momentos hacía que la altanera tucumana estaba sola en su aposento por no sufrir las impertinencias de Mariño, cuando Victorica, que volvía con Luisa por el mismo camino que había andado ya, se encontró de nuevo con Amalia.

-Señora -le dijo-, he cumplido ya la primera parte de las órdenes recibidas; y felizmente para usted podré decir a Su Excelencia que no he encontrado en esta casa la persona que he venido a buscar.

-¿Y puedo saber qué persona es ésa, señor jefe de policía? ¿Puedo saber por qué se me hace el insulto de registrar mi casa?

-¿Quiere usted decir a esta niña que se retire?

Amalia hizo una seña a Luisa, que se retiró, no sin torcerle los ojos a Victorica.

-Señora, debo tomar a usted una declaración, pero deseo evitar con usted las formalidades de estilo, y que sea más bien una conferencia leal y franca.

-Hable usted, señor.

-¿Conoce usted a don Eduardo Belgrano?

-Sí, lo conozco.

-¿Desde qué tiempo?

-Hará dos o tres semanas -contestó Amalia, rosada como una fresca rosa, y bajando la cabeza, avergonzada de tener que mentir por primera vez de su vida.

-Sin embargo, hace más tiempo que lo han visto en esta casa.

-Ya he contestado a usted, señor.

-¿Podría usted probar que don Eduardo Belgrano no ha estado oculto en esta casa, desde el mes de mayo hasta el presente?

-No me empeñaría en probar semejante cosa.

-¿Luego es cierto?

-No he dicho tal cosa.

-Pero, en fin, usted dice que no probaría que no estuvo.

-Porque es usted, señor, quien debe probar lo contrario.

-¿Y sabe usted dónde se encuentra actualmente?

-¿Quién?

-Belgrano.

-No lo sé, señor; pero si lo supiera, no lo diría -contestó Amalia alzando la cabeza, contenta y altiva porque se le presentaba la ocasión de decir la verdad.

-¿Ignora usted que estoy cumpliendo una orden del señor gobernador? -dijo Victorica empezando a arrepentirse de su indulgencia con Amalia.

-Ya me lo ha dicho usted.

-Entonces debe usted guardar más respeto en las contestaciones, señora.

-Caballero, yo sé bien el respeto que debo a los demás, como sé también el que los demás me deben a mí. Y si el señor gobernador o el señor Victorica quieren delatores, no es esta casa, por cierto, donde podrán hallarlos.

-Usted no delata a los demás, pero se delata a sí misma.

-¿Cómo?

-Que usted se olvida que está hablando con el jefe de policía, y está revelándole muy francamente su exaltación unitaria.

-¡Ah, señor, yo no haría gran cosa en serlo en un país donde hay tantos miles de unitarios!

-Por desgracia de la patria y de ellos mismos -dijo Victorica levantándose sañudo-, pero llegará el día en que no haya tantos; yo se lo juro a usted.

-O en que haya más.

-¡Señora! -exclamó Victorica mirando con ojos amenazantes a Amalia.

-¿Qué hay, caballero?

-Que usted abusa de su sexo.

-Como usted de su posición.

-¿No teme usted de sus palabras, señora?

-No, señor. En Buenos Aires sólo los hombres temen; pero las señoras sabemos defender una dignidad que ellos han olvidado.

"Cierto, son peores las mujeres" -dijo Victorica para sí mismo-. A ver, concluyamos -continuó, dirigiéndose a Amalia-, tenga usted la bondad de abrir esa papelera.

-¿Para qué, señor?

-Tengo que cumplir ese último requisito, abra usted.

-Pero ¿qué requisito?

-Tengo orden de inspeccionar sus papeles.

-¡Oh! Esto es demasiado, señor; usted ha venido en busca de un hombre a mi casa; ese hombre no está, y debo decir a usted que nada más consentiré que se haga en ella.

Victorica se sonrió y dijo:

-Abra usted, señora, abra usted por bien.

-No.

-¿No abre usted?

-No, no.

Victorica se dirigía a la papelera cuya llave estaba puesta, cuando Mariño, que había oído el interrogatorio desde el gabinete, se precipitó en el aposento para ver si con un golpe teatral conquistaba el corazón de la altanera Amalia.

-Mi querido amigo -dijo a Victorica-, yo salgo garante de que en los papeles de esta señora no hay ninguno que comprometa a nuestra causa: ni diario, ni carta de los inmundos unitarios.

Victorica retiraba su mano de la llave de la papelera, y ya Mariño creía conquistado el derecho a la gratitud de aquel corazón rebelde a sus ternuras, cuando Amalia se precipitó a la papelera, la abrió estrepitosamente, tiró cuatro pequeñas gavetas que contenían algunas cartas, alhajas y dinero, y con una expresión marcada de despecho, se volvió a Victorica, dando la espalda a Mariño, y le dijo:

-He ahí cuanto encierra esta papelera, registradlo todo.

Mariño se mordió los labios hasta hacerse sangre.

Victorica paseó sus miradas por los objetos que le descubrió Amalia, y sin tocar ninguno, dijo:

-He concluido, señora.

Amalia le contestó apenas con un movimiento de cabeza, y volvió al sofá, pues sentía que después del violento esfuerzo que acababa de hacer, una especie de vértigo le anublaba la vista.

Victorica y Mariño hicieron una profunda reverencia y salieron por el gabinete a encontrar al comisario que los estaba esperando.

Y fue en el momento en que todos montaban a caballo, que Daniel bajó del suyo, y después de un cortés saludo a Victorica y Mariño entró a la casa de su prima, diciéndose a sí mismo.

"Malo. Empiezo a llegar tarde, y es mal agüero."

A su vez Mariño decía a Victorica:

-Este lo debe saber todo. Este es unitario, a pesar de su padre y de todo lo que hace.

-Sí, es necesario poner los ojos sobre él.

-Y el puñal -agregó Mariño, y tomaron el galope para la ciudad.

XVI. Todos comprometidos

Una hora después, el soberbio alazán que había llegado a la quinta a gran galope, volvía paso a paso en dirección a la ciudad, llevando a su dueño, no con la cabeza erguida y los ojos vivísimos como una hora antes, sino con la cabeza inclinada al pecho y casi cerrados sus hermosos ojos.

Al verlo así, cualquiera diría que era un joven indolente, cuya organización voluptuosa salía a gozar de los rayos acariciadores del sol de agosto en aquel rigoroso invierno de 1840, prefiriendo el paseo a caballo, para no poner sus delicados pies sobre las húmedas arenas de Barracas.

Pero lo cierto era que Daniel no se acordaba si estaba en invierno o en verano, ni gozaban solaz alguno sus sentidos ni su espíritu.

Dominado por sus propias ideas, Daniel iba en abstracción completa de cuanto le rodeaba; meditando sobre cuanto medio le sugería su fecunda imaginación para ver de encontrar aquel que le hiciese señor de la difícil situación en que se hallaban las personas cuya suerte le estaba casi exclusivamente confiada. Situación que le mortificaba, tanto más cuanto que por ella se veía distraído a cada momento de los sucesos públicos a que quería consagrar toda la actividad de su espíritu.

Además, Daniel era supersticioso como su prima, o mejor dicho, más supersticioso que ella, por cuanto era más exaltada su imaginación y más profundas sus convicciones sobre el fatalismo de las cosas. Y una inquietud vaga se había apoderado de su espíritu desde el momento en que vio que no había llegado a tiempo para encontrarse en la visita domiciliaria de Victorica, de quien él se proponía sacar un inmenso partido en favor de Amalia.

Sin embargo, él se había manifestado contento a su prima inspirándole toda cuanta confianza sobre la suerte de Eduardo podía dar tranquilidad a su corazón. Había también convenido con ella en que, si los sucesos se prolongaban más de ocho días, se le buscaría alguna pequeña y solitaria casa sobre la costa de San Isidro, o cualquier otro punto distante, donde poder vivir retirada, sin desalojar su casa de Barracas; facilitándose de este modo la felicidad de ver a Eduardo, y la de poder embarcarse en un momento dado. Y por último, había concluido por hacerla reír, como era su costumbre cuando él sufría ocultándoselo a los demás.

Así, meditando, aceptando y desechando ideas, llegó, al fin, a la barranca del general Brown, y enfilando la calle de la Reconquista llegó a la casa de su Florencia, a respirar un poco de esencia de amor y de ventura en los alientos de aquella flor purísima del cielo, caída sobre la tierra argentina para ser velada por el amor, en la noche frígida de las desgracias de ese pueblo infeliz.

Pero ese día era fatal.

Al entrar a la sala halló a la señora Dupasquier desmayada en un sillón, y a Florencia sentada en un brazo de él, suspendiendo con su brazo izquierdo la cabeza de su madre, y humedeciendo sus sienes con agua de Colonia.

-¡Daniel, ven! -exclamó la joven.

-¿Pero, qué hay, Dios mío? -preguntó Daniel, acercándose a aquella pintura del dolor y del amor filial.

-Despacio, no hables fuerte. Es su desmayo.

Daniel se arrodilló delante del sillón y tomó la mano pálida y fría de madama Dupasquier.

-No es nada, volverá en sí -dijo después de haber observado el pulso de la señora. -Sí, empieza a transpirar. Entra a la alcoba, alcanza una capa o un pañuelo, cualquiera cosa, Daniel.

El joven obedeció, y después de cubrir él mismo a su futura madre y de arrodillarse delante de ella con su Florencia, cada uno teniéndola una mano, fijos sus ojos en aquellos

cuya primera mirada esperaban con impaciencia, Daniel se atrevió a preguntar a su Florencia, con palabras dichas casi al oído:

-¿Pero, qué ha habido? Este desmayo no le da sino después de algún disgusto.

-Lo ha habido.

-¿Hoy?

-Ahora mismo. ¿Has encontrado a Victorica?

-No.

-Acaba de salir de aquí.

-¿De aquí?

-Sí. Ha venido con un comisario y dos soldados, y ha registrado toda la casa.

-Pero ¿a quién buscaba?

-No lo ha dicho, pero creo que a Eduardo, porque ha querido hacer sobre él algunas preguntas a mamá.

-¿Y...?

-Mamá se negó a responderle.

-Bien.

-Se negó también a abrir la puerta de un cuarto interior que casualmente se hallaba cerrada, y Victorica la hizo echar abajo.

-Pero ¿por qué no se abrió esa puerta?

-Porque mamá dijo desde el principio a Victorica que no se quería prestar a conducirlo al interior de su casa; que él obrase como quisiese, pues que tenía la fuerza para hacerlo. Mamá se ha sostenido con un valor y una dignidad propios de ella. Pero luego que ha quedado sola, me ha hablado mucho de nuestro casamiento, me ha dicho que es necesario salir del país y para siempre. En mis brazos la he sentido sufrir, y la he sentido desmayarse. Mírala: parece que vuelve... Sí..., sí..., sí.

Y Florencia levantóse súbitamente, tomó la cabeza de su madre y llenó de besos aquellos ojos que acababan de derramar sobre ella la primera mirada.

Madama Dupasquier había vuelto de su desmayo.

Esa mujer, tipo perfecto de lo más delicado, de lo más culto de la sociedad bonaerense, reunía en sí todo el orgullo, toda la altivez, todo el espíritu de las nobles descendientes de los héroes de nuestra independencia, que, enorgullecidas por su origen, fueron siempre intransigentes con todo lo que no era gloria, talento o nobleza en la República; de esas mujeres que sufrían más que los hombres por la humillación que la dictadura hacía sufrir al país; y que, más que los hombres tenían el valor para afrontar los enojos del tirano y de la plebe armada e insolentada por él.

Las páginas de sangre del gobierno de Rosas revelan las víctimas de su tiranía que han caído al puñal o al plomo de los asesinos públicos. Al lado de los nombres de Rosas, de Maza, de Oribe, de todos esos famosos verdugos del pueblo argentino, se escribe continuamente el martirologio de los que se negaron a la ruina y a la degradación de su patria. Pero sólo Dios puede haber escrito en las páginas santas del libro eterno de su justicia la vasta nomenclatura de los que han muerto al influjo de los rigores de esos bandidos, ejercido sobre la organización y la moral. ¡Sólo Dios sabe cuántas madres han ido a la tumba, por las huellas ensangrentadas de sus hijos; cuántas esposas han ido al cielo a buscar el compañero de su existencia, arrebatado de ella por el plomo de Rosas, o por el cuchillo voraz de aquel mendigo de poder, que, arrojado de su patria, fue a vender su mano y su alma a un tirano extranjero, para saciar en la sangre de pueblos inocentes su instinto innato a los delitos, y cuya cabeza sabrá marcar la posteridad con el sello indeleble de su reprobación y de su desprecio!

¡Sólo Dios, sí, sabe cuántas nobles mujeres argentinas han bajado al sepulcro paso a paso, llevadas por la mano de esa época de sangre, y de impresiones rudas sobre su corazón sensible!

-Daniel -dijo madama Dupasquier-, es preciso salir del país; usted y Eduardo, mañana, si es posible. Amalia, yo y mi hija, los seguiremos pronto.

-Bien, bien, señora. Ahora no hablemos de eso. Necesita usted reposo.

-¿Y cree usted posible tenerlo en este país? ¿No cree usted que en cada minuto tiemblo por su seguridad? Además, una vez que se han fijado las sospechas de Rosas sobre mi casa, ya está sentenciada a continuos insultos; y cada persona que entre a ella, a ser espiada y perseguida también.

-Dentro de ocho días quizá estaremos libres de esta situación.

-No, Daniel, no. La mirada de Dios se ha separado de nuestra patria, y no tenemos que prever sino desgracias. No quiero ni que Amalia pise esta casa.

-Amalia acaba de sufrir la misma visita que usted.

-¿También?

-Sí; hace dos horas.

-¡Ah, ésta es doña María Josefa, mamá!

La señora Dupasquier hizo un gesto como si le hubiesen nombrado el más repugnante objeto de la tierra.

Daniel hizo entonces la relación de cuanto había ocurrido en la quinta de Barracas desde las diez de la noche anterior.

-Pero en todo esto -agregó-, no hay ningún peligro real todavía. Nadie podrá dar con Eduardo, yo respondo de ello. Voy a trabajar en sentido de prevenir el ánimo de Victorica contra las delaciones falsas que ha recibido Rosas de su cuñada, con la intención de dejar desairada la diligencia de la policía. De ese modo, doy seguridad a Amalia y a esta casa. Y en cuanto a mí, no tengo nada absolutamente que temer -dijo Daniel, queriendo inspirar a su amada y a su madre una confianza de que él empezaba a carecer.

-Mamá -dijo Florencia-, pues que ya no hay motivo para que Amalia no venga, yo querría mandarla buscar para que nos acompañase a comer; Daniel lo hará también, y así pasaremos juntos todo el día.

-Sí, sí -dijo Daniel-. Quisiera que todos estuviésemos juntos, y que no nos separásemos nunca.

Una especie de presentimiento terrible empezaba a oprimir el corazón de Daniel.

-Bien, hazlo -le contestó madama Dupasquier.

Florencia salió volando, le escribió cuatro líneas a Amalia, y dio orden de poner el coche para mandar traer a su amiga.

Florencia volvía a la sala por las piezas interiores, cuando llamaban a la puerta exterior de la sala.

Todos se inmutaron.

Daniel se levantó, abrió y dijo:

-Es Fermín. ¿Qué hay? -le preguntó a su criado sin permitirle entrar en la sala, porque no oyesen las señoras si ocurría algo desagradable en ese día en que todo parecía conspirarse contra ellos.

-Ahí está el señor don Cándido -respondió Fermín.

-¿Dónde?

-En el zaguán.

Daniel se puso de un salto al lado de su maestro.

-¿Qué hay de Eduardo? -le preguntó con la voz, con los ojos y con la fisonomía.

-Nada.

Daniel respiró.

-Nada -prosiguió don Cándido-; está bueno, tranquilo, sosegado; pero hay algo de ti.

-¿De mí?

-Sí; de ti, joven imprudente, que te precipitas en un...

-En un infierno, está bien. Pero, ¿qué hay?

-Oye.

-Pronto.

-Despacio, oye: Victorica habló con Mariño.

Librodot

-Bien.

-Mariño habló con Beláustegui.

-Adelante.

-Beláustegui habló con Arana.

-¿Y de ahí?

-De ahí resulta que Beláustegui le ha dicho a Arana que Mariño le ha dicho a él que Victorica le ha dicho en la policía que ha dicho al comisario de tu sección, que desde esta noche vigile tu casa, y te haga seguir, porque hay sospechas terribles sobre ti.

-¡Hola! Muy bien, y ¿qué más?

-¡Qué más! ¿Te parece poco el enorme, el monstruoso peligro que está pesando sobre tu frente, y naturalmente sobre la mía, desde que todos saben nuestras estrechas, íntimas y filiales relaciones? ¿Quieres?...

-Quiero que me espere usted aquí un momento, con eso seguimos esta conversación en el coche que para en este momento en la puerta, en el tránsito hasta mi casa.

-¿Yo a tu casa, insensato?

-Espere usted, mi querido amigo -dijo Daniel dejándolo en el zaguán.

-Fermín, monta en mi caballo y vete a casa -dijo a su criado que lo esperaba en el patio.

-¿Qué hay? -preguntaron madre e hija al entrar Daniel a la sala.

-Nada. Noticias de Eduardo. Está impaciente. Está loco por salirse de su escondite y volar a Barracas. Pero yo parto a casa a escribirle y ponerlo en juicio.

-Sí, no vaya usted en persona -dijo madama Dupasquier.

-Daniel, prométamelo usted -dijo Florencia, poniéndose de pie.

-Lo prometo -dijo Daniel, sonriendo y oprimiendo las manos de su Florencia.

-¿Se va usted ya?

-Sí, y me voy en el coche que está pronto para ir a buscar a Amalia, porque acabo de mandar mi caballo.

-¿Y vuelve usted?

-A las tres.

-Bien, a las tres -dijo Florencia, apretando fuertemente entre sus manos de azucena la mano que debía recibir más tarde ante el pie del altar.

Daniel besó la de madama Dupasquier y salió de la sala aparentando un contentamiento que desgraciadamente empezaba a alejarse de su corazón.

-¿Sabes, Daniel, una cosa? -dijo don Cándido, que se paseaba en el zaguán esperándolo.

-Después, después. Vamos al coche.

Daniel salió tan precipitadamente de la casa, que al bajar de la puerta dio un fuerte hombrazo sobre un hombre grueso, que a paso mesurado y con la cabeza muy erguida y el sombrero echado a la nuca pasaba casualmente en aquel momento.

-Dispense usted, caballero -dijo Daniel sin mirarle a la cara, acercándose a la portezuela del coche, abriéndola él mismo y diciendo al cochero:

-A mi casa.

-¡Hombre, esta voz!... -dijo el personaje del sombrero a la nuca, parándose y mirando a Daniel, que subía al estribo. -Caballero, ¿me hace usted el favor de oírme una palabra? -prosiguió el desconocido, dirigiéndose a Daniel.

-Las que usted quiera, señor mío -dijo el joven con un pie en el estribo y otro en tierra, dándose vuelta hacia aquel hombre cuya cara no había visto todavía; mientras don Cándido, pálido como un cadáver, se escurrió hasta el coche por entre las piernas de Daniel, y se acurrucó en un ángulo de los asientos, fingiendo limpiarse el rostro con un pañuelo, pero evidentemente enmascarándose.

-¿Me conoce usted?

-¡Ah! Me parece que es el señor cura Gaete con quien he tenido la desgracia de tropezar -contestó Daniel, con la mayor naturalidad.

Librodot

-Y yo creo que he oído la voz de usted en alguna otra parte. Y aquel otro señor que está adentro del coche será... ¿Cómo está usted, señor?

Don Cándido hizo tres o cuatro saludos con la cabeza sin despegar los labios, y sin acabar de limpiarse el rostro con el pañuelo.

-¡Ah es mudo! -prosiguió el fraile.

-¿Quería usted alguna cosa, señor Gaete?

-Me gusta mucho oír la voz de usted, señor... ¿quiere usted decirme...?

-Que tengo que hacer, señor -dijo Daniel saltando al coche y haciendo una señal al cochero, que hizo partir los caballos a trote largo en dirección a la plaza de la Victoria, mientras el reverendo cura Gaete se quedó sonriendo, con una expresión de gozo infernal en su fisonomía, y mirando el número de la casa de madama Dupasquier.